

EL CÍRCULO DE LAS ESTACIONES

Leónides Alonso Poncelas

A los ancianos,
a los que nos han dejado,
y a los que están aún entre nosotros
y siguen contando historias
porque ellos,
me han inspirado esta novela.

INTRODUCCIÓN

Aira da pedra y Campo del Agua son dos lugares distintos, separados por una legua de distancia, unidos por un mismo espíritu. El espíritu de sus habitantes, los mismos. Gentes adaptadas a la naturaleza, al clima y a las circunstancias. Agricultores y pastores trashumantes, supervivientes en una tierra hostil.

Aira da Pedra es refugio de invierno arropado por peñascos. Valle del de escarcha diamantina que duerme arrullado por el canto río.

Campo del Agua, se eleva al final del camino, sobre las cumbres de las montañas, en lo más alto, donde se acaba el mundo, donde los inviernos son fríos y las nieves tan abundantes que, dicen que en esta estación es imposible la vida.

Durante el verano, no obstante, el tiempo es agradable, la nieve se funde y de ella surgen los pastos, las cosechas y la vida como el Ave Fénix de las cenizas.

Pero en otro tiempo, hubo vida invernal en este lugar, cuando Campo del Agua y Aira da Pedra eran dos pueblos independientes. Entonces, cada uno tenía sus propios vecinos, su propio alcalde, sus propias leyes y su forma de vida.

Cuenta la tradición oral que una peste endémica mermó espectacularmente la población, arrasando familias enteras en los dos pueblos, dejando las casas vacías, los campos sin labrar y los animales sin dueño.

Fue entonces cuando decidieron unirse, formar un solo pueblo, repartirse las tierras fértiles de Aira da Pedra y las amplias veredas de Campo del Agua donde vacas, ovejas, cabras y caballos saborean el verde sabor de la libertad.

PRIMAVERA

“... Pero, ¿Qué es el tiempo? ¿Quién podría fácil y brevemente explicarlo? ¿Quién puede formar idea clara del tiempo para explicarlo después con palabras? Por otra parte, ¿qué cosa más familiar y manida en nuestras conversaciones que el tiempo? Entendemos bien lo que significa esta palabra cuando la empleamos nosotros y también cuando la oímos pronunciar a otros.

¿Qué es, pues, el tiempo? Sé bien lo que es, si no se me pregunta. Pero cuando quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Pero me atrevo a decir que sé con certeza que si nada pasara no habría tiempo pasado. Y si nada existiera, no habría tiempo presente

*Pero de esos dos tiempos, pasado y futuro, ¿cómo pueden existir si el pasado ya no es y el futuro no existe todavía? En cuanto al presente, si siempre fuera presente y no se convirtiera en pasado, ya no sería tiempo, sino eternidad. Luego, si el presente para ser tiempo es necesario que deje de ser presente y se convierta en pasado, ¿cómo decimos que el presente existe si su razón de ser estriba en dejar de ser? No podemos, pues, decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser.” **

¡Ay el tiempo! ¡Qué cosa tan extraña! Una y mil veces he leído este párrafo de San Agustín y como ahora cierro el libro de las Confesiones por esta página, lo aprieto entre mis manos con las pocas fuerzas que en mi vejez me quedan y con la mirada perdida en el lejano horizonte, intento hallar una respuesta pero una infinidad de ideas se mezclan en mi mente.

Hoy el horizonte está difuso; será por la neblina, o será porque mi vista no está ya clara. No era así el horizonte que recuerdo de niño, entonces estaba marcado por una línea divisoria clara, una línea entre el dorado y el azul. El dorado de los campos de trigo maduro y el azul del cielo limpio de Castilla.

Pero no solo el horizonte se difumina en una mezcla de colores, en mi mente de anciano los recuerdos se difuminan también, se aglutinan, luchan entre sí por adquirir protagonismo, en una guerra ígnea por

* San Agustín , Confesiones. L. XI. Pag. 306

sobrevivir. Yo, los dejo que fluyan caóticos, desordenados, como quieran, no tengo fuerzas para organizarlos.

¿Qué sería de mí si no fuera por ellos? ¿Qué sería de cualquier anciano sin sus recuerdos, sin esa posibilidad de recuperar el tiempo, aprehenderlo entre los dedos, desmenuzarlo poco a poco y saborear los instantes que quedan atrapados en la memoria como las mariposas en la telaraña?

Y la memoria... ¡Qué poderosa compañera es la memoria...! Tiene la capacidad de transformarlo todo, de convertir un instante insignificante en un momento sublime, en un elixir exquisito que degustamos con placer, con fruición o, por el contrario, en una toxina que nos envenena la sangre y nos mata lentamente.

La memoria magnifica momentos desaprovechados, inhibe errores de los que nos avergonzamos. Posee un gran poder de transformación. Se lo otorga el tiempo lejano.

A mí, a veces los recuerdos me confunden. No sé si las cosas que llenan mi cabeza, las he vivido, las he soñado bajo el manto oscuro de la noche cuando la razón se ofusca arrullada por la luna y los deseos más inconfesables, las frustraciones y todos los monstruos toman vida y salen de sus guaridas, o si simplemente las he imaginado.

¿Pero qué importa eso ahora? Desde este cuerpo gastado por los años roído por el paso inevitable del tiempo, que reposa más que descansa sobre este incómodo camastro, mitad trasto viejo mitad tecnología punta, y mis huesos doloridos me dicen que la noche será larga y plagada de recuerdos como tantas otras en las que jugué con el velo onírico a desvelar imágenes verdaderas.

Pero ¿qué más da que mis recuerdos sean sueños, pensamientos o vivencias? Están en mi mente y en mi boca aún queda saliva para saborearlos.

Hay quien dice que los ancianos nos alimentamos de recuerdos porque el futuro está tan cerca que nos ciega y nos aplasta, por eso tenemos que darnos la vuelta y empezar a volar hacia atrás. Burlarnos del tiempo, ignorarlo, alargarlo, encogerlo, jugar con él.

Esta noche, cuando la oscuridad se cierre, oiré de nuevo la lechuza y su grito desgarrado no me erizará el bello de mi piel obligándome a introducirme entre las ropas de mi cama, taparme hasta la cabeza y permanecer así hasta adormecerme y despertarme al amanecer envuelto en sudor y lívido por falta de aire.

Quizá el dolor se cebe conmigo, se concentre en mi estómago y ni los calmantes, ni los cuidados, ni las muestras de afecto del personal que me cuida en este hospital desde hace dos semanas podrá paliar este dolor que me desgarrar desde dentro porque los dolores que más duelen son los que duelen desde dentro. Dolores que en otro tiempo fueron del alma.

EN EL SEMINARIO

Me duele tanto como el monstruo que devora mi estómago el recuerdo del día en que me comunicaron mi ingreso en el seminario. Decisión que yo no tomé porque no tenía edad para decidir pero que marcó el resto de vida, cada instante, los momentos buenos y los malos. Yo no estaba preparado para abandonar el nido familiar mísero, austero, donde se disputaba hasta el aire que se respiraba y me rebelé con lloros y pataleos pero de nada me sirvió ya que mis padres que no estaban dispuestos a escuchar mis protestas y alegaron que a esa edad uno no sabe lo que más le conviene.

Pensaban que en el seminario me esperaba un futuro brillante, lejos de la miseria y el hambre que azotaba nuestro hogar castellano, donde contábamos con el trigo como único recurso.

La terrible competencia, lejos de mermar nuestras fuerzas, nos hacía más agudos, más ingeniosos, más fuertes de espíritu que, en definitiva, es lo que cuenta.

Salí de casa con el rostro impasible, los ojos fríos, sin expresión, el cuerpo rígido y la sangre helada, como un animal que sabe que va camino del matadero.

Mis hermanos, unos mayores, otros pequeños, me despidieron con la misma frialdad que yo mostré hacia ellos, con la misma mirada. Siete pares de ojos negros, grandes, redondos, extremadamente abiertos, paralizados por la circunstancia, no fueron capaces de pestañear o de expresar algún sentimiento. Sus almas estaban paralizadas también.

Solo mi madre reaccionó deshaciéndose en lágrimas y abrazándome, un abrazo que no obtuvo respuesta, solo una rigidez metálica en un cuerpo escuálido.

Después mi padre me condujo al seminario.

Caminábamos lentamente, sin mediar palabra, con la mirada fija en el suelo, tratando de aparentar que nada nos importaba lo más mínimo.

Cuando mi padre tocó la campanilla la puerta se abrió sin ningún ruido, sin el chirrido de acompañamiento que yo imaginaba, ese chirrido que acompaña el movimiento de las puertas de las casas abandonadas, propicio para que la mente infantil forje historias de terror. Tengo que confesar que la ausencia del chirrido me tranquilizó.

Nos recibió un hombre alto y delgado de rostro afilado, barbilla prominente y nariz aguileña. La espalda encorvada hacía que sus hombros se deslizaran hacia delante pero dicha deformación anatómica lejos de darle un aspecto terrible le daba un aire melancólico, de intelectual etéreo, desligado de la realidad tangible,

un habitante de biblioteca que había adquirido esa forma a fuerza de inclinarse sobre los libros, de flotar sobre ellos. Sus ojos eran serenos y tranquilos, de un color semejante a la miel de romero y hacían juego con su piel excesivamente blanca, que parecía más blanca todavía en contraste con la negra sotana que envolvía su cuerpo holgadamente como si hubiese sido heredada de algún hermano mucho más grueso que él.

Aquel hombre alto y flaco dijo llamarse padre Ángel. Me cogió de la mano tiernamente queriendo disipar mis miedos y me condujo hacia el interior sin darme tiempo a despedirme de mi padre ni del mundo exterior que se cerró a mis espaldas tras aquella puerta pesada que cayó como una losa.

El padre Ángel, cuya sotana le hacía parecer aún más alto y etéreo, casi como un fantasma, me condujo por pasillos interminables hasta un patio interior hermoso y tranquilo donde me esperaban mis compañeros con cierta curiosidad reflejada en sus rostros. Algunos eran de mi edad, otros mayores y se les notaba cierta veteranía.

El padre Ángel me los fue presentando a todos, uno por uno, luego le encargó a Rafael la tarea de ponerme al corriente de todo, de enseñarme los lugares a los que tendría acceso, aquellos que no estaban vedados para los jóvenes seminaristas.

Rafael, demasiado locuaz y curioso, me resultaba agobiante, no hacía más que hablar y hacerme preguntas, yo estaba tan paralizado que no me salían las palabras ni podía pensar las respuestas con normalidad. Dominado por aquella tremenda afasia debida a tantas emociones incontroladas solo podía contestar con monosílabos, eso produjo en Rafael la impresión de que debía ser un poco tonto, idea que transmitió al resto de los compañeros que durante los primeros días me trataban como tal, me protegían como a un niño pequeño y me hacían preguntas como: ¿sabes leer? Pregunta ofensiva para mí, que había leído varios clásicos, me sabía casi de memoria, La Odisea y El Quijote y escribía sin apenas faltas de ortografía y en matemáticas bordaba las cuatro reglas.

La protección se tornó envidia a medida que la sangre se me fue desheliendo dentro de las venas, mis músculos recobraron elasticidad, mi rostro adquirió expresión y las palabras brotaron de mi boca con normalidad. Cuando mi verdadera personalidad volvió a florecer ya no era un desvalido al que había que cuidar sino un rival con el que había que competir.

Llegué a acostumbrarme a las rencillas, al estudio, a los ácaros del polvo de la biblioteca que al principio me hacían estornudar constantemente, a la oración, a levantarme temprano, a los abusos...

Al hambre ya estaba acostumbrado.

Los libros se convirtieron en mis amigos más preciados. El estudio de la teología lograba aplacar mi carácter un poco irascible durante la infancia y paliaba la ausencia del exterior, el recuerdo de la familia, de los amigos con los que solía salir a cazar pájaros con tirachinas y, sobre todo, la libertad.

Por la noche los recuerdos golpeaban con más fuerza, la soledad se posaba sobre nosotros, pesaba como el plomo y aquel dormitorio repleto de literas era testigo de un concierto de suspiros y de llanto imposible de dominar, cuando se acababan las risas, hasta que nos vencía el sueño.

Eso nos hacía fuertes, decía Hidalgo mi compañero de litera que leía libros de Nietzsche camuflados dentro de La Biblia, cuyas ideas hacían mella en su cabeza. Le llevaron a tal punto de rebeldía que las quejas sobre su comportamiento llegaron hasta el obispo y estuvo a punto de ser expulsado.

Yo era hijo de campesino, tenía la naturaleza aprehendida en mi mente, entre mis dedos, en los poros de mi piel, soñaba con volver a ella, aunque me había acostumbrado al silencio interior, al celibato, al ascetismo, deseaba terminar cuanto antes los estudios de teología, ordenarme sacerdote y obtener la licencia para encargarme de una pequeña parroquia de pueblo, donde ejercer el sacerdocio de la mejor manera que supiera hacerlo siguiendo las instrucciones de mi conciencia, basándome en mis conocimientos y mis posibilidades

-¿ Dónde te gustaría ejercer el mandato divino, hijo?- Me dijo el obispo en la entrevista que mantuvimos el cuatro de Abril de mil novecientos veintinueve, tras mi ordenación como sacerdote, doce años después de mi ingreso en el seminario.

- En un lugar donde la vida se presente en su estado más natural, donde el aire sea puro y el horizonte ilimitado- Contesté en un arrebató poético llevado por la emoción del momento festivo y emocionante para mí.

-Tendrás lo que pides.- Me contestó rotundamente y dio por terminada la entrevista.

No es que aquello me pareciera imposible, pero lo que no podía imaginarme en aquel momento era que antes de un mes estaría de camino hacia el que iba a ser mi destino, mi patria adoptiva, donde disfruté y sufrí donde compartí emociones, donde pasé cuarenta años de mi vida. Cuarenta años que giran y giran y dan vueltas en la complicada telaraña de mis pensamientos.

CONTRASTES

Mi llegada a Vilafranca fue normal, la villa tan monumental, con tantos edificios no se parecía nada a lo que yo imaginaba como destino final. La villa estaba en calma y desprendía un aire señorial, los monumentos, casi superaban en número a las viviendas de la gente corriente. A la entrada asomaban los más relevantes: el castillo, la iglesia de Santiago, el convento de La Anunciada, La Colegiata, San Nicolás, el convento de San José...

Los señores se distinguían claramente de los criados y campesinos, de los aldeanos que acudían a comprar, a vender o para arreglar otros asuntos. A los hombres el traje negro de pana, con la camisa blanca y la boina los delataba y a las mujeres las abundantes sayas de vuelo y los pañuelos en la cabeza.

Burgueses y pueblerinos se cruzaban en las calles estrechas sin mirarse. Los burgueses no miraban, los pueblerinos si lo hacían con disimulo, con una cierta fascinación.

La estampa no me pareció tan diferente de la que podía verse en cualquier otra ciudad, era a lo que estaba acostumbrado en mi Salamanca natal. Pensé que los consejos que me había dado el padre Ángel, y la preparación psicológica que había recibido en el seminario al conocerse mi destino era inútil, innecesaria, exagerada. Pero cuando emprendí el viaje hacia Aira da Pedra, después de aquel alto en el camino, acompañado por un muchacho de mejillas sonrosadas que le daban aire de salud y su padre, hombre de mediana edad, seco pero musculoso, bien formado, de esqueleto erguido y negro traje de pana, me di cuenta, apenas andados unos kilómetros montado en la yegua color vino, musculosa y enjuta como su dueño, que los consejos recibidos en el seminario por aquellos padres que hacían la vida entre cuatro paredes y solo conocían los pueblos de oídas, no sería inútil por innecesaria sino por escasa.

El camino que iba a Aira da Pedra era estrecho como el rastro que deja una serpiente, la yegua cargada con los serones apenas podía pasar. Nadie podía imaginar entonces que un día los coches llegarían a pasar por este mismo lugar, que poblarían el pueblo y sustituirían a los carros como en tantos otros. Pero el milagro tardó en producirse, no tuvo lugar hasta bien entrados los años sesenta.

Era bastante temprano cuando salimos de Vilafranca teniendo en cuenta en esta zona tarda en amanecer, el sol juega, coquetea con las nubes antes de desperezarse y la niebla tarda en levantarse.

Juan y Fidel que así se llamaban, respectivamente, padre e hijo, caminaban con agilidad. Me ofrecieron los lomos de la yegua conoedores del camino, de mi incapacidad para recorrerlo, no había más que ver mis manos blancas, mis pies rechonchos, mi torpeza al

andar y la nueva sotana que rozaba el suelo y amenazaba con llenarse de barro.

Dije que no era necesario, que sería mejor que montara el muchacho, pues era aún joven y no tenía las piernas muy desarrolladas.

-¿El guaje? El guaje es ligero como una ardilla, no hace otra cosa que corretear. – Replicó Juan.

-Pues móntese usted, señor Juan.

-Yo también estoy acostumbrado a caminar, anduve este camino mil veces, créame.- Y mirándome de arriba abajo con una sonrisa burlona y persuasiva, continuó con el discurso:

- Hágame caso señor cura, usted no está preparado para esto, antes de un kilómetro tendrá llagas en los pies y a nosotros nos envía el alcalde para que lo llevemos entero.

Monté a lomos de la yegua color vino sobre los duros aparejos que se balanceaban un poco bajo mi cuerpo al que parecía extrañar. El corazón empezó a latirme fuerte, desde la altura los constantes precipicios parecían más impresionantes todavía. Las manos me sudaban a pesar de las frescas temperaturas matinales y la saliva me hacía un nudo en la garganta. No es que tuviera miedo a la muerte pero la idea caer a un precipicio donde ni los buitres serían capaces de encontrarme...

Juan se percató del temor que me invadía y se reflejaba en la palidez de mi rostro así que trató de tranquilizarme e infundirme seguridad.

-¿No me diga que no sabe montar a caballo?. No se preocupe que con los aparejos y a este paso no va a caerse ni que le dé un desmayo así que esté tranquilo. En cuanto a la yegua, pierda cuidado, no se desboca, es de confianza, se ha criado con nosotros y tiene ya ocho años, esta yegua es muy lista, ya sabe ella cuando tiene que ir con cuidado. Además, mire como la llevo cogida, aquí junto al hocico, como cuando la monta mi hijo pequeño o mi mujer que está embarazada.

La yegua parecía suavizar el paso a medida que su amo hablaba reforzando sus argumentos, dominaba con una precisión matemática los desniveles, las subidas y bajadas, esquivaba los pedruscos e ignoraba los despeñaderos; todo lo hacía con naturalidad, sin darle importancia. Se notaba que aquel camino se lo sabía de memoria. Quizá no conocía otro mejor que aquel. Lo mismo les ocurría a Juan y Fidel.

Pasamos por varios pueblos, Puente de Rey, Ribón y Veguellina, otros como Landoiro, quedaban un poco alejados; todos parecían tranquilos y silenciosos, solo el humo de alguna chimenea encendida daba fe de la existencia de vida humana. En el silencio, el murmullo del río se imponía conector de su importancia, de que sin él no existirían ni los pastos ni los cultivos, que sin él los pueblos no podrían sobrevivir.

No se oía nada más que el río, ni el ladrido de un perro, ni el balido de una oveja, ni el mugido de una vaca, solo el río. Silencio y río, río y silencio. Dulce canción de monotonía.

Cuando pasamos por Ribón, el paisaje me sorprendió en gran medida; en medio de la tortuosidad del camino rocoso la tierra empezó a cambiar, el color negruzco se hizo de pronto rojo intenso, y una montaña rota, desvanecida dejaba ver sus entrañas, un sin fin de cavernas que se adentraban hasta... ¡Dios sabe donde...!

Me contó Juan que unos muchachos que intentaron explorar aquellos túneles infinitos estuvieron a punto de perder la vida. Las antorchas que llevaban para iluminarse se apagaban a cada instante por falta de oxígeno y tuvieron que regresar sin poder llegar al final porque sus pulmones, al igual que las antorchas, empezaban a fallar.

Tenía yo una cierta referencia de una montaña así en la provincia de León conocida como Las Médulas, pero geográficamente no coincidía, pues los mapas las situaban junto el lago de Carucedo en las proximidades de la provincia de Orense.

-Bonita montaña, ¡Eh! Montañas así seguro que no las ha visto usted en su tierra, D. Arturo.- Me espetó Juan con una sonrisa orgullosa.

- Mire, señor cura, mire y admire la obra de arte que la naturaleza ha creado en un instante, a costa de la desgracia humana, eso sí. Ocurrió hace ya bastantes años, cuando los más viejos eran niños y, aunque dicen recordar el acontecimiento, nadie lo hace con precisión, ni siquiera se ponen de acuerdo respecto al nombre del pueblo que aquí quedó sepultado.

-¿Son estas Las Médulas?- Pregunté

- Estas son las Médulas de la leitosa y tienen una historia similar a las Médulas de Orellán, una historia relacionada con los romanos y con la búsqueda de oro. Durante años fueron explotadas por ellos, aunque eran las gentes del pueblo las que trabajaban y extraían el preciado metal.

Cuando el oro se extinguió y los romanos abandonaron la península los túneles siguieron transportando agua, que produce más riqueza que el oro, y el pueblo siguió prosperando, regando sus cosechas con el agua que, a través de los túneles, transportaban desde Burbia. Los habitantes estaban instruidos en el arte de trabajar el metal, a falta de oro, se dedicaron al hierro y construyeron una importante herrería.

El agua trajo la riqueza pero también la desgracia, en su empeño por encontrar el camino más corto para llegar al río de donde provenía, por unirse a las hermanas aguas que discurrían a los pies de la montaña, fue calando entre las galerías; a menudo se perdía en el laberinto de los túneles de las minas. Fue empapando las entrañas de la montaña, ablandando el subsuelo hasta que, ésta, no fue capaz de resistir su propio peso y una noche se derrumbó.

Los vecinos de Ribón y Veguellina se despertaron aterrados, un ruido ensordecedor, como un trueno de dimensiones jamás imaginadas parecía haberse metido en las cabezas de todos y cada uno de los habitantes. Hasta los niños, que tienen el sueño profundo se despertaron. Pero la noche era tan oscura que nada pudieron ver hasta que la aurora tímidamente mostró la estampa, entre nubes para mitigar la impresión. Nada quedaba de sus vecinos, ni rastro del pueblo ni de la montaña que lo resguardaba, solo las rojas pirámides que se formaban de los escombros de la montaña quebrada que aún temblaban asustadas y el agua teñida de rojo que brotaba de sus arterias como la sangre de una herida recién abierta.

IMPRESIONES

Cuando llegamos a Aira da Pedra eran casi las tres de la tarde, un día despejado del mes de Abril, la primavera tímida aún en este mes del año, en una tierra que la nieve se resiste a abandonar, dejaba asomar su cara alegre, teñida de verde radiante salpicada apenas por alguna flor cual promesa de prosperidad.

Aira da Pedra se asienta junto al río Burbia, a ambos lados de un camino serpenteante que imita al río en los recovecos, que nace, como éste, en las montañas de Burbia y se pierde en la civilización, en las entrañas de Villafranca.

El camino, a mi llegada era de tierra, sin asfaltar, a cada pocos metros emergía un charco oscuro, que le daba aire de profundidad, de misterio, parecía emerger de las entrañas del mismísimo infierno.

Las casas construidas en los lugares más singulares parecían burlarse de las leyes de la gravedad y permanecían colgadas sobre peñascos, en los salientes rocosos, casi suspendidas en el aire, como si fueran a precipitarse al vacío de un momento a otro.

Los corredores de madera de castaño artesanalmente tallados se extendían a lo largo de las paredes de piedra extraídas de las canteras abundantes que fueron la base del pueblo.

En estos corredores, típicos de la arquitectura rural berciana y gallega, se guardaban y a la vez se exhibían los tesoros agrícolas, la riqueza de las familias, de ellos colgaban las ristras de ajos y cebollas, las mazorcas de maíz, en ellos se secaban montones de patatas y castañas y se aireaban las mantas en la primavera para prevenir contra la polilla.

Los tejados de pizarra oscura, inclinados para deshacerse de la nieve y la lluvia, señalaban el cielo con su punta piramidal, así como la chimenea humeante la mayor parte del tiempo denotando la presencia humana en el interior.

Las casas eran semejantes unas a otras, no había grandes caserones donde los ricos ostentaran su grandeza porque no había ricos. El sistema minifundista de repartición de herencias dejaba a todos pobres por igual. Un sistema poco práctico pero justo, cada parcela se dividía entre los hermanos a partes iguales hasta lo indivisible.

Pero la iglesia se erguía en lo más alto del pueblo, desde sus ventanucos las imágenes de los santos lo observaban todo, pero si algo se escapaba, en el otro extremo se asentaba el cementerio donde los antepasados vigilaban más que descansaban, desde donde juzgaban y cuestionaban la conducta de los vivos, desde donde daban

consejos y ayudaban a tomar decisiones a los vacilantes retoños que ponían en peligro la honra o la prosperidad de la estirpe.

Las montañas altas, de un verde insultante, salpicadas por enormes peñascos como estatuas de sal, miraban con sus infinitos ojos y amenazaban con fauces invisibles. En ese momento sentí que todo lo que hasta entonces había aprendido no me serviría para nada, que mis años de estudio, que todo lo que había aprendido en los libros, el tiempo en el seminario y mis concepciones teológicas acababan de derrumbarse sepultando todo mi mundo. La naturaleza se impuso ante mí con tal fuerza que sentí un escalofrío y un nudo en la garganta me dejó mudo durante largo rato.

¡Qué diferente era de cómo me lo había imaginado todo!. ¡Que distinto a mi Salamanca, tan civilizada, donde las piedras las había tallado la mano del hombre! Esas figuras perfectamente definidas, esas formas intencionadas no golpeaban ninguno de mis sentidos con tanta intensidad como aquellas formas difusas que la naturaleza caprichosamente había creado; tal vez para divertirse, tal vez para impresionar. El triunfo de Dionisos sobre Apolo se manifestaba en un sentimiento de sublimidad.

Me hubiera arrodillado ante tanta belleza en un arrebatado de fervor sino fuera porque temeroso de ofender a Dios recobré la cordura.

El agua era abundante se escapaba de las grietas de las rocas en forma de centelleantes y pequeñas cascadas que, a veces, nacían de cristalinos carámbanos que aún no habían tenido tiempo de derretirse a pesar de que la primavera se dejaba notar con normalidad. Por doquier aparecían riachuelos limpios como el diamante y cantarines como pajarillos. El río tremendo, amenazante, se desbordaba de sus cauces, transportaba troncos y animales muertos y rugía como un tigre enfurecido, dejando notar la fuerza del caudal de agua, fruto del deshielo y de la nieve de las montañas que, por fin entonaba su canto de despedida.

La tierra negra, húmeda, profunda, abierta, rasgada por la azada se dejaba manipular. Un anciano octogenario inclinado sobre la azada daba golpes certeros sobre ella, se hundía en ella con rítmica armonía, lentamente, en perfecta comunión.

Durante largo rato observé aquella imagen y no advertí el menor cambio de ritmo, ni un solo fallo de sincronización. Primero el golpe y la azada se hundía, luego emergía, la tierra caía hacia atrás, el anciano daba un paso hacia adelante y vuelta a empezar, sin perder ni un instante el contacto con la tierra. Parecía que las manos secas del anciano no necesitaban hacer ninguna fuerza sobre la azada, ni la azada sobre la tierra, como si una cosa fuera prolongación de la otra, como si estuvieran unidos por algún lazo invisible.

No acertaba a comprender como aquel anciano encorvado y esquelético podía tener fuerzas para mover la azada, para abrir la tierra y no pude saber si era el anciano quién tiraba de la tierra o era la tierra quién tiraba del anciano o si los dos eran una misma cosa, una misma fuerza, un mismo espíritu. Lo que sí comprendí fue que esa tierra, ese río, esas montañas, esas gentes me atarían para siempre y me impondrían sus leyes, su forma de vivir y lo que yo iba a enseñarles no sería nada comparado con lo que debería aprender.

Mujeres encorvadas bajo enormes haces de laña y de hierba verde que sostenían sobre sus espaldas y su cabeza, se desplazaban de un lado a otro, vestidas con largas faldas voleadas de color oscuro, negro, la mayoría de las veces. Eran flacas y flexibles, vulnerables en apariencia. Daba la sensación de que podrían ser barridas al menor soplo de viento, pero no era así, caminaban seguras y firmes bajo aquella indumentaria, aquellos mantos que les cubrían los hombros y que se cruzaban en el pecho para anudarse en la espalda a la altura de la cintura, y los pañuelos sobre la cabeza anudados debajo de la barbilla ocultando gran parte del rostro, protegiéndolas del frío. Eran rostros sin edad, curtidos por el sol, eternamente viejos pero llenos de vitalidad.

Enseguida me vino a la mente la imagen de las hormigas caminando en fila, transportando alimentos sobre sus lomos dirigiéndose al hormiguero en un intento de sobrevivir a base de resistencia. Sentí una especie de dulce compasión por aquellas mujeres que, por su aspecto, me habrían parecido detestables erinias en otras circunstancias.

Los niños miraban y sonreían con los ojos tremendamente abiertos, desbordados por la curiosidad. Me observaban sin perder detalle, cuchicheaban y juzgaban. Jamás me habían hecho un análisis tan exhaustivo ni un juicio tan rápido.

Por un momento creí no estar a la altura de las circunstancias pero la impresión causada fue buena y antes de llegar a la Fuente Rubia, casi todos habían aparcado la desconfianza y la timidez y revoloteaban a mi alrededor; los más osados se aferraban a mi mano y los otros lo intentaban a empujones disputándose mi proximidad. Todos querían acompañarme a mi casa, a la casa del cura, dispuestos a informarme de todos los pormenores, a ponerme al corriente de todo.

La casa del cura era como las demás de gruesas paredes de piedra y un tejado inclinado de pizarra la cubría, provista de pequeñas ventanas y dos potentes puertas de madera de castaño, rematados por fuertes chatolas de hierro forjado. Estaba situada en un lugar privilegiado, en terreno firme y llano y un hermoso huerto la rodeaba.

Un huerto sin frutos todavía en esa época del año. Era pronto para los frutos, pero por encima de la superficie asomaban verdes retoños

sobre los surcos que se extendían de norte a sur trazados con precisión matemática.

-¿Quién lo ha sembrado?- pregunté.

La gente del pueblo, señor cura. ¿Quién sino iba a sembrar el huerto?

- Respondió Juan un poco asombrado por mi pregunta. A juzgar por la expresión de su cara seguramente la consideró absurda.

Lo hicimos entre todos. En esta esquina están brotando las patatas, a continuación, esos brotes más altos, son cebollas y más al sur asoman los ajos y las berzas. Lo hemos sembrado a finales de Marzo, en esa fecha es buena época, si se siembra antes se hielan las semillas y no nacen y si se siembra más tarde no tienen tiempo de madurar los frutos, aquí el verano es muy corto, D. Arturo, no se puede uno descuidar. Pero eso ya lo irá aprendiendo con el tiempo, este año ya lo tiene sembrado así que a cuidarlo y a disfrutarlo.- Ya se alejaba cuando se giró para gritarme:

¡Ah, le traeremos unos pollos para que los críe, siempre va bien tener unas gallinas que pongan sabrosos huevos.

Y también le conviene un perro que le guarde la casa y le haga compañía. La perra de José está a punto de parir, si usted quiere yo le diré que le guarde un cachorro.

Como usted quiera, señor Juan, como usted quiera.- Repuse con resignación. No me sentía preparado para hacer de agricultor ni de granjero. Aunque de niño había participado en las tareas del campo tantos años en el seminario dedicado a los libros habían alejado de mi memoria el recuerdo de aquellos años, de los escasos conocimientos que por mi corta edad o por falta de interés había podido adquirir.

Había sido destinado a un pueblo con una misión que cumplir, velar por un puñado de almas para que no se descarriaran, procurar que vivieran y murieran cristianamente, así que el cultivo del huerto pasaba, según mis conceptos a segundo plano aunque pensado fríamente, no carecía de sentido práctico. Una despensa llena en los fríos días de invierno cuando la nieve deja incomunicada media comarca no estaría de más.

Estaba cansado del viaje y tantas emociones me habían dejado aturdido, no estaba en condiciones de reflexionar, deseaba quedarme solo y pensaba para mi mismo: “ Mañana será otro día, mañana Dios dirá.” Con ese pensamiento trataba de consolarme.

Pero la casa me resultaba extraña como todo lo que en ella había, los muebles, los enseres, los rústicos tabiques, la frialdad que se condensaba en las paredes después de largo tiempo deshabitada me helaba la sangre. El padre Fernando, D. Fernando como le llamaban en el pueblo hacía cuatro años que se había ido y desde entonces nadie había habitado la casa, ni había abierto las puertas de la iglesia, nadie se había ocupado de las almas. Durante ese tiempo no hubo

tampoco bodas, ni bautizos, ni entierros. Los vecinos parecían arreglarse bien solos lo que me hizo pensar que quizá lo seguirían haciendo, parecía que incluso sabían cuando tenían que morir. Las confesiones, se hacían entre amigos y luego rondaban de boca en boca un tanto transformadas, exageradas, en forma de rumores más o menos mordaces.

EL FANTASMA

El frío era aún intenso a pesar de que un sol limpio, sin contaminación de nubes acariciaba el valle durante las horas centrales del día, las noches eran blancas de escarcha y los brotes que retoñaban primero amanecían envueltos en una telaraña cristalina.

El aire olía a estiércol recién esparcido, una ligera capa se extendía como una manta sobre los sembrados alimentándolos dándoles calor. Pero el olor del estiércol no era fétido y desagradable sino un olor de promesa recién estrenada, el olor que incita a pensar en los frutos hermosos que pronto brotaran como un milagro.

El hogar se iba calentando gracias al fuego que en la cocina ardía casi noche y día alimentado por troncos secos de castaño, de roble o de cepos que son los que más duran y mejor fuego hacen. Era agradable aquel calor cuando en la calle se congelaba la nariz y las manos.

Me pasé los primeros días poniendo en orden aquella casa, familiarizándome con utensilios que no había visto jamás y las noches ordenando mis ideas y escuchando el canto la lechuza, lejano, desgarrado, un grito semejante al grito de los muertos.

Habían pasado tres días desde mi llegada pero me habían parecido tres años, no tanto por el tiempo vivido sino por la perspectiva de lejanía, me parecía que el tiempo transcurrido entre el momento actual y el último día en el seminario se había hinchado adquiriendo dimensiones incalculables. Toda mi vida se presentaba borrosa y lejana, casi como un sueño y hasta las caras de mis compañeros se difuminaban y me resultaban difíciles de recordar.

Aquella mañana había amanecido algo menos fría que las anteriores aunque la escarcha adornaba los ramajes y la hierba que enmarcaba el río. Muy temprano me desperté sobresaltado por el repiqueteo de las campanas de la iglesia.

Desconocía los convencionalismos, las leyes internas y, por supuesto, desconocía el significado del sonido de las campanas a esas horas: Un sonido alegre, frenético, intensivo que no estaba destinado a anunciar la muerte de un vecino, ni a congregarse a los fieles a misa puesto que siendo yo el sacerdote no lo había ordenado. Tampoco daban las horas. ¿De qué podía tratarse entonces?. Estaba claro que había mucho de lo que ponerme al corriente. Con esa intención salí a la calle, no sin tomar la precaución de ponerme un grueso jersey de lana debajo de la sotana, vieja desgastada y algo roída por los ratones que había heredado de D. Fernando.

Los perros ladraban con gran frenesí avisando a sus amos por si no se habían enterado.

Los primeros seres humanos que me encontré fueron un par de chiquillas que regresaban de buscar agua con un cántaro en cada mano.

-¿Porqué tocan las campanas?- pregunté sin vacilar a las muchachas.

-Porque hoy hay concejo, se reúnen todos los vecinos para decidir algo importante.

-¿Siempre tocan las campanas cuando hay concejo?

-Si, claro, es la forma de que todos se enteren. Usted también debe ir, tal vez el asunto tenga algo que ver con usted.

La respuesta de la muchacha era contundente, más que una posibilidad contenía una afirmación así que no dudé en seguir su consejo y me encaminé como un vecino más hacia la plaza de la Fuente Rubia. Varios grupos de hombres y mujeres hablaban acaloradamente discutiendo problemas relacionados con la distribución del agua para el regadío, el paso para las tierras, las diminutas parcelas, la distribución de los días para la molienda o el turno para cocer el pan en el horno.

Las discusiones iban y venían de un tema a otro pasando por rencillas personales, patéticas y absurdas donde se repetía el: "Tú me dijiste que..." y se defendían con algún insulto o maldición donde se nombraban a los más temidos enemigos como: lobos, demonios, rayos y centellas, hasta llegar a las manos.

Dos hombres empezaron a forcejear mientras sus esposas se insultaban verbalmente, pero fueron reducidos enseguida por otros vecinos y pronto se aplacaron los ánimos y todo volvió a la normalidad, al final de la reunión nadie recordaba el incidente.

Me sentía como un intruso y estuve a punto de abandonar el lugar, ¿qué hacía yo en medio de aquella algarabía donde todos hablaban a la vez, elevando la voz cada vez más intentando ser oídos en un ámbito donde nadie escuchaba a nadie y todos gritaban en un lenguaje que me resultaba desconocido.

Pensé que me había equivocado en mi percepción, que había interpretado mal el tono afirmativo de la niña cuando me dijo: -"Quizá traten algo de interés para usted".

Dudé de la intencionalidad de la frase por lo que me disponía a irme cuando una voz clara entre los gritos de la multitud me retuvo:

-No se vaya señor cura, tenemos un asunto importante que nos preocupa y necesitamos su ayuda.

-Bueno, entonces ustedes dirán, para eso estamos aquí.- Contesté intentando disimular la preocupación.

Se hizo un silencio instantáneo y lo que hacía unos instantes parecía una jaula de grillos se convirtió en una celda deshabitada. Las miradas se cruzaban con complicidad e interrogación, parecía un tema sumamente delicado.

Por fin, Miguel, que hacía las funciones de alcalde se adelantó con gran solemnidad y me espetó:

-Tenemos un fantasma, un alma en pena y usted tiene que decirnos como ayudarla.

La afirmación me pareció sorprendente y ridícula, una conclusión pueril, más propia de unos chiquillos que de personas adultas, de una edad en la que se deben haber desterrado ya las fantasías.

-¿Quién ha visto el fantasma? Seguro que ha sido alguien con mucha imaginación, no es difícil ver fantasmas en un lugar como éste, un paisaje sombrío sin luz eléctrica, iluminado a medias por la luna engañadora que se divierte dotando a los árboles de sombras alargadas, de tamaños descomunales, de monstruosas formas que parecen del más allá.

No señores, no existen los fantasmas más que en la imaginación, la palabra lo dice: fan-ta-sía, idea, imagen, producto de la imaginación. Es normal que la mente reaccione reproduciendo aquello de lo que se alimenta, de una tradición de historias y leyendas creadas en la infancia de la historia.

Aquel discurso causó un cierto disgusto a jugar por la expresión de los rostros de los allí presentes que estallaron en voces de protesta armándose de nuevo una gran algarabía hasta que una voz gritó fuerte e irritada, con seguridad; era de nuevo la voz de Miguel:

- Es cierto señor cura, lo hemos visto todos. Se aparece desde hace bastante tiempo, a diferentes horas de la noche, a las doce, a las tres de la mañana..., en cualquier época del año, se le ha visto en las calurosas noches de verano bañada por una inmensa luna llena pero también durante el invierno con las heladas o cuando la nieve cubre los caminos, entonces deja huellas de pisadas en el camino que, si la noche se calma y deja de nevar después de su paso, a la mañana siguiente, cualquiera puede comprobar.

Tiene forma de mujer lleva el cabello suelto y se viste con una camisa de dormir en verano y en invierno se cubre con un abrigo, sostiene un cubo de agua en la cabeza con ambas manos. Como le dije, la hemos visto casi todos. En una ocasión fueron cinco personas a la vez quienes pudieron contemplar su paso lento hasta que se perdió en un recodo del camino. Dicen que recorre el camino desde la fuente donde se abastece de agua hasta el final del pueblo, pero nadie sabe a ciencia cierta donde termina su recorrido.

Ante tal seguridad en su argumentación no tuve más remedio que fingir credulidad, o quizá no fingía, tal vez empezaba a creer en aquella historia.

Miguel siguió con su exposición:

- No es que haga daño a nadie, parece que va a lo suyo pero ya nadie se atreve a salir de noche, la gente no acude a los saraos durante las

noches de invierno y en verano nadie riega las huertas al amanecer, cuando la tierra está fresca ya que no se puede hacer a pleno día porque con la tierra caliente se estropean las cosechas. Todos tienen miedo de cruzarse en su camino por el desconocimiento de las consecuencias, todas las historias remiten a los resultados nefastos que suele acarrear el hecho de cruzarse con aparecidos.

-¿Qué podía hacer un fantasma, en caso de existencia, ya que carece de cuerpo material?- Repuse intentando tranquilizarles.

Pero ni yo mismo estaba convencido de que una respuesta así una pudiera servir para devolver la tranquilidad a nadie, el miedo no actúa a al nivel de la razón, es un sentimiento sincero y profundo que puede matar puesto que bloquea el organismo.

El miedo es poderoso, puede que rija todas nuestras acciones: las buenas y las malas. Actuamos bien porque tenemos miedo a los demás, a las leyes, al más allá y actuamos mal porque tenemos miedo a perder prestigio, fama, poder...

Todos los ojos estaban puestos en mí con ansiedad a la espera de una respuesta inmediata, una solución que cambiara sus vidas. Pero yo estaba desconcertado, no sabía que contestar ni como enfocar el problema. No se me ocurría una solución para algo que consideraba irreal, pero tampoco era cuestión de seguir discutiendo la existencia de dicho espíritu errante, si existía en la mente colectiva ya era una forma de existencia.

Después de unos momentos de reflexión y de inseguridad intenté ofrecer la mejor solución, la única que se me ocurría:

- Supongamos que ese fantasma se manifiesta porque quiere decirnos algo. Tal vez quiere decirnos que no encuentra el camino de su morada definitiva, que necesita nuestra ayuda. Así que nosotros vamos a intentar ayudarlo intercediendo ante Dios, de la única manera que sabemos, es decir, rezando, por eso cada Domingo celebraremos una misa después de la acostumbrada por su alma, pidiendo el perdón de sus pecados y la iluminación del camino. Eso no quita que cada uno de vosotros interceda a nivel individual.

Aquella solución consiguió satisfacer a todos, sin duda era lo que estaban esperando, así que la reunión se fue disolviendo lentamente.

A pesar de mi incredulidad una extraña sensación se estaba apoderando de mí y se fue intensificando a medida que el sol se ponía y se adentraba la noche. Me acosté temprano para ahorrar leña y recé mis oraciones con más fervor que de costumbre. La seguridad que estaba adquiriendo durante el escaso tiempo que había tenido para familiarizarme con lo que me rodeaba se estaba desvaneciendo, los ruidos de los ratones que correteaban por el falso techo arrastrando frutos secos, aquella noche parecían intensificarse. Los crujidos de las maderas al dilatarse y contraerse, las peleas de los

gatos entre los sembrados acordando leyes de apareamiento, los aullidos de los perros y el grito desgarrado de la lechuza al que creía haberme acostumbrado, me pareció que procedía de nuevo de ultratumba aquella noche. En un estado entre onírico y vigil llegué a relacionar el canto de la lechuza con la aparición nocturna.

Dormí a trompicones y en varias ocasiones me asomé a la ventana invadido por sensaciones contrapuestas, el deseo de contemplar aquella imagen y el miedo de hacerlo, no sabía si estaba preparado para ello. Pero todo fue inútil, la noche estaba clara, la luna llena lo inundaba todo en un océano de luz, el pueblo respiraba tranquilo como una ciudad submarina donde los árboles coralinos se inclinaban movidos por una corriente imperceptible. Observé el camino largo rato pero ni una sola brizna de polvo se movía, no apareció, ni siquiera difusa la esperada imagen con forma humana, solo en mi mente la visión creada, con los retales de la descripción de Miguel, mezclados con mi propia imaginación, los relatos de Edgar Allan Poe y otros cuentos de misterio a los que era aficionado de niño. Pero aquella idea, ni la voluntad ni el sueño eran capaces de desterrarla aquella noche.

Por fin, el tiempo que todo lo borra, logró despejar mi mente y apartar de mí absurdas ideas, volví a dormir plácidamente y hasta el grito de la lechuza me producía cierta sensación de bienestar, casi se había convertido en mi canción de cuna.

Con el paso del tiempo logré olvidarme de aquel asunto y el resto de los vecinos parecían olvidarse también, pensé que las oraciones estaban dando resultado, que habían sido capaces de aliviar el sufrimiento del ánima en pena o, tal vez, habían aplacado la imaginación popular.

Dos años después una noche de Junio, templada y clara, una noche hermosa, de esas en las que se duerme plácidamente; me despertaron los ladridos del perro junto a la puerta de casa. Me extrañó aquella reacción pues no tenía por costumbre ladrar sin motivo por lo que me levanté para asomarme a la ventana con la intención de reprender al mozo que, viniendo de rondar a alguna moza seguramente se paraba a cizañar a mi perro para divertirse pues seguramente habría llevado calabazas.

Pero no fue así, ahí estaba ella, con su camisa de dormir, larga hasta los pies, con el pelo negro suelto y el cubo de agua sobre la cabeza. Caminaba lentamente, muy erguida y se perdió en el primer recodo del camino.

TRASHUMANCIA

Cada primavera, durante los últimos días de Abril o primeros de Mayo se producía la marcha hacia las tierras altas de Campo del Agua, era una estampida en masa, una marcha iniciada al amanecer y que duraba hasta el mediodía, una marcha de la que no se libraba nadie, ni siquiera el gato.

La trashumancia era una costumbre o una necesidad que se venía realizando desde hacía siglos, desde la peste.

Dada la abundancia de ganado y los escasos pastos con que alimentarlo y engordarlo para hacer frente al duro invierno, era necesario ampliar horizontes.

Campo del Agua con sus montañas abiertas, anchas veredas, campos verdes surcados por abundante agua se convertía en un lugar ideal cuando las nieves levantaban el vuelo. Entonces surgía la vida en todas las laderas y los montes y los prados se cubrían de flores. Era espectacular ver los narcisos poblando los prados meciéndose con el viento, tiñiéndolos de amarillo cuando soplaba del sur y de verde cuando soplaba del norte, y el brezo en flor apoderándose de los montes. Se podían ver inmensas laderas pintadas de blanco y morado intercalados caprichosamente. El amarillo de los piornos y la retama envolvía los sembrados de centeno jugando con el verde limón de las espigas que tímidamente comenzaban a eclosionar como polluelos del cascarón. El aire olía muy bien, los perfumes exquisitos se mezclaban entre sí pugnantemente por imponerse, cambiando los matices en los diferentes tramos del camino.

Durante los días en los que se efectuaba la marcha, los amaneceres rompían el silencio habitual del invierno, se animaban de tal manera que la existencia de vida parecía multiplicarse. Se oían cantos de gallos, ladridos de perros, llantos de niños y después chirridos de los ejes de los carros cargados subiendo por el camino de Peña Picón.

Esta escena repetida cada año se hacía estresante a la vez que cotidiana, suponía un gran esfuerzo para prepararlo todo, una gran capacidad de organización.

Cada familia emprendía la marcha antes de que saliera el sol, era la única manera de llegar antes de que arreciara el calor, sino estaban perdidos.

Los preparativos eran difíciles y laboriosos, había que ataviar bien el carro, uncir los bueyes, aparejar el caballo, coger las gallinas e introducirlas en un cesto que tapado con cualquier retal de tela que hubiera a mano procuraría un viaje tranquilo, cómodo y sin demasiados sobresaltos. Lo mismo ocurría con el gato que acostumbrado a su libertad intentaría huir en el momento más inesperado.

Cuando el carro ya estaba cargado con los víveres, la ropa, los utensilios de labranza, los animales pequeños y los niños; se abría la puerta del establo y, con la ayuda del perro, se desalojaban de él los rebaños de cabras y ovejas que atolondradas aún por haber sido interrumpido su sueño y su lento rumiar, se resignaban a emprender una larga caminata. Las más viejas ya sabían el camino y las que aún no tenían un año de vida se dejaban guiar por sus madres, sus tías y sus abuelas.

Pero los que lo pasaban peor eran los cerdos sedentarios, paticortos y rechonchos por naturaleza. Los cerdos aguantaban poco el picor del sol en su piel banca. Acostumbrados solamente al aire de la pocilga corrían el peligro de quemarse, por eso había que salir muy temprano para alcanzar, antes que los rayos de sol, el alto donde comenzaban a brotar las fuentes y se hacían grandes charcos de lodo donde podía revolcarse e hidratar su delicada piel.

Desde el alto empezaba a divisarse Campo del Agua, primero la iglesia situada en el cotarro más alto, y las montañas salpicadas de blancos pedruscos acechantes, las penelas, como blancos titanes, temibles para el forastero, cómplices para el que cada año, repetía el mismo gesto.

La brisa se convertía en caricia fresca al llegar allí arriba, una caricia familiar que despertaba a los niños e infundía en sus corazones una alegría incontrolada, desbordante, que profetizaba un tiempo de verano, feliz, en libertad. Atrás, quedaban las noches largas del invierno, el humo del hogar, el manto blanco de la nieve que se hacía aburrida de tanto contemplarla, y Aira da Pedra en ese valle estrecho, donde los peñascos oprimían el pecho de juntos que estaban. Sin embargo, Campo del Agua, se abría a las nubes, al viento, al cielo y coronaba el mundo, desde allí se divisaban muchos pueblos de la comarca, se podía ver hasta el humo de la chimenea de la térmica de Cubillos.

Las pallozas, cuyos tejados el viento había despeinado con sus caricias y en arrebatos apasionados había levantado la paja, despertaban con el bullicio, porque el silencio se transformaba en griterío, los aullidos de los lobos daban paso a los ladridos de los perros, los cantos de los pájaros al cacarear de las gallinas y los quejidos de los fantasmas a la risa de los niños.

Las pallozas no eran mansiones confortables sino caserones de gruesas paredes de granito que aislaban del frío y del calor, en cuyo interior habitaban seres humanos y animales, escasamente separados por tabiques de madera, donde se encendía un fuego central que servía para calentarse y para cocinar.

El confort interior carecía de importancia en los meses de verano cuando la vida se hacía fuera de casa porque era necesario pastorear

desde la mañana hasta la noche, guadañar la hierba, segar el centeno, acarrearlo, majarlo, limpiarlo sin descanso aprovechando el tiempo propicio antes de que asomaran las tormentas capaces de arruinarlo todo sin clemencia. Para conseguirlo era necesario trabajar sin descanso, hasta que el cuerpo caía extasiado, entonces no necesitaba un lecho mullido para descansar, le bastaba con un puñado de paja seca y caliente, recién segada, con ese olor áspero y seco tan característico que tienen las mieses.

En los meses cercanos al solsticio de verano Campo del Agua se convertía en un hervidero de vida, miles de insectos, reptiles, aves, plantas de variadas formas parecían surgir de la nada, y luchaban por conseguir un lugar en el paraíso, antes de extinguirse al final del ciclo. Aira da Pedra, también se llenaba de vida natural, las huertas espléndidas florecían como vergeles y los frutos crecían como la espuma. Pero a Aira da Pedra le faltaba el alma, porque el alma de un pueblo son sus habitantes.

Las casas estaban vacías con las puertas cerradas, esperando las esporádicas visitas de algún miembro de la familia que de vez en cuando descendía al atardecer, pasaba la noche con un ojo abierto y otro cerrado, para interrumpir el ligero sueño al amanecer y regar los frutos antes de que saliera el sol y regresar nuevamente a Campo del Agua por la fresca.

Yo, sin embargo debí permanecer en Aira da Pedra, no tenía cereales que recoger ni rebaños que alimentar en las brañas, aunque un rebaño más importante se me escapaba de las manos. Pero la etapa estival era un tiempo, profano, ancestral, un tiempo más cercano a la naturaleza salvaje que a los mandatos divinos.

Me conformaba con aceptar aquellas leyes establecidas por la fuerza de la costumbre y con subir cada Domingo a realizar una misa para los que no estaban demasiado entregados a sus tareas campestres y reservaban una pequeña parte de su tiempo para acudir a la iglesia.

INTEGRACIÓN

La primera vez que recorrí la legua que separa los dos lugares pensé que me sería imposible repetir la hazaña. Me resultaba aún más difícil comprender que ese mismo recorrido pudieran hacerlo a menudo niños y niñas cargados con cestos de víveres enfrentándose al peligro de los lobos, serpientes y otras alimañas que habitaban en las orillas del camino desolado. Muchachos como Pablo y Hernán que contaban doce años de edad y ya manejaban el arado con precisión y destreza, ataviaban el ganado y sabían leer en el firmamento la proximidad de una tormenta entre otros conocimientos de gran utilidad.

Estos dos muchachos me acompañaron en mi primer desplazamiento. Nunca me hubiera imaginado que el camino fuera tan largo, tan angosto, tan empinado, tan solitario. Durante más de cinco kilómetros ascendía por la montaña haciendo zigzag, serpenteando entre el brezo que lo poblaba todo, desde el borde hasta el horizonte lejano de las montañas.

Aquel día había amanecido nublado, la ausencia de sol daba paso a esa neblina típica de la zona que lo difuminaba todo dando una sensación de irrealidad, haciendo que se confunda un arbusto con un animal, una presencia humana con la propia sombra y los latidos del corazón con misteriosos pasos persecutorios.

No es de extrañar, por tanto, que la imaginación se desborde de tanto confundir.

Pablo era el más parlanchín de los muchachos; explicaba los pormenores del camino tramo a tramo con la precisión de un guía y la sabiduría de un viejo. Sabía los nombres todos los recodos del camino, de las montañas que asomaban a lo lejos, incluso de las que quedaban al otro lado del horizonte.

Yo estaba agotado, mi respiración era entrecortada y mi corazón estaba a punto de romper a golpes la caja torácica, el esternón y las costillas a la vez. No tuve más remedio que detenerme un tiempo, dejar mi cuerpo extendido sobre la tierra absorber el aroma y la energía que me brindaba, empaparme de ella para poder continuar después y alcanzar mi objetivo, llegar a Campo del Agua.

Los muchachos se miraban entre sí, una sonrisa burlona asomaba a sus rostros bronceados por el frío y por el sol.

Pablo retrocedió unos pasos y asomándose a la orilla del camino mientras el viento despeinaba sus cabellos lacios, miraba hacia atrás con orgullo; parecía un viejo repasando el pasado forjado con sus manos a base de tiempo y esfuerzo.

Por fin habló aprovechando el descanso:

- Mire señor cura, que lejano se ve el pueblo. Desde aquí parece estar más hermanado con el río todavía. Y los peñascos... como fauces de lobo a punto de tragárselo. Cualquier día se lo tragan de verdad.

- Si, y allí está el puente.- Se apresuró a decir Hernán, para no quedar anulado por completo ante la destreza verbal de su compañero, señalando hacia el camino estrechísimo que ascendía por la montaña opuesta.

-¿Sabe a donde va ese camino? – Volvió a intervenir Pablo.

- No, dímelo tú.- Repuse.

- Ese camino se bifurca una vez pasado el puente: uno va hacia Bustelo y el otro hacia Moreda , El Valle de Finolledo y Vega de Espinareda, donde hacen la feria de ganado los días uno y quince de cada mes.

Por ese camino tan estrecho entraron casi todas las cabezas de ganado que tenemos, excepto las reses que han nacido aquí.

- Y las montañas, ¿tienen nombres?.- pregunté queriendo alargar aquella pausa pues las piernas aún no estaban en condiciones de continuar.

- Pues claro que tienen nombres. Tienen nombres las montañas, las laderas, las cumbres, los desfiladeros, las pedrizas, los tramos del camino, las tierras de cultivo y todo lo que usted de pueda imaginar.

Señalando con el dedo hacia la derecha gritó exaltado:

- Mire, ¿ve aquella hendidura entre cuatro picos?-. Le llaman boca de lobo porque su oscuridad recuerda la boca del lobo cuyo paladar casi negro le delata, le diferencia de algunos perros que se le parecen mucho. La zona de boca de lobo siempre está sombría, las montañas agudas que la envuelven no permiten la entrada del sol, muy pocas veces está iluminada por eso tiene ese aspecto tan terrible, dicen que los pastores no dejan entrar allí a los rebaños y la maleza crece enmarañada. Solo los incendios que se producen con frecuencia devoran la vegetación limpiando boca de lobo, el fuego no le teme.

La zona de robles altos y abundantes es Ceboledo y más arriba donde crecen los pinos es Fonfría, podríamos seguir todo el día nombrando lugares.

-¿Dónde estamos ahora?- Inquirí. Las entusiasmadas explicaciones de Pablo habían despertado mi curiosidad.

-Ahora estamos en el Rouso de la Cruz, una encrucijada de caminos, aquí se juntan el de Robledo y el de Peña Picón.- Y señalando al frente dijo:- Y por ahí se va a Campo del Agua por donde debemos comenzar a andar si no queremos que se haga demasiado tarde y nos devore el calor y la sed.

El alto en el camino y la charla me habían reconfortado bastante así que caminamos varios kilómetros sin detenerlos. Los muchachos parecían volar en lugar de caminar, pero yo me esforzaba en

mantener el paso y seguirles de cerca a pesar de que el zig-zag del camino, el polvo blanquecino que penetraba por mis fosas nasales y se depositaba en mi boca produciendo un sabor metálico y olor del brezo florecido frondoso, infinito, me mareaban.

Por fin, alcanzamos el Alto de la Laguna, fue una pequeña conquista antes de la meta final, un mundo nuevo se abrió ante mis ojos, el paisaje, el aire, el sonido del viento, todo era diferente. Las vistas eran todavía más espléndidas, las montañas jugaban al escondite con los caminos blanquecinos, estrechos como hilos, envolviendo el mundo, caminos que parecían ir a todas partes y a ninguna como un logoj laberíntico que ni siquiera los más sabios podrían descifrar.

El sonido del viento que soplaba del norte apaciguaba un aullido que más que aullido semejaba un lamento indeterminado de un ser agonizante.

Los tres detuvimos el paso y nos miramos interrogativamente para reafirmar una percepción, para asegurarnos de que no fuera una alucinación.

-¿ Habéis oído eso?- pregunté sigilosamente.

-Sí.- Contestaron los dos a un mismo tiempo manteniendo el tono discreto.

-Parece que hay un lobo herido en alguna parte.- Afirmó Pablo.

-Seguro que sí. Debe haber caído en la trampa, vamos a ver.

Los chicos comenzaron a correr hacia un montículo cubierto de brezo joven, cuyos brotes asomaban por encima de los cepos como un pelusilla. En una ladera pudimos observar una hendidura profunda, redonda semejante a un pequeño cráter. Pero ese accidente no había sido producido por un volcán ni por ningún otro fenómeno natural sino por la mano del hombre con un fin determinado, el de cazar al lobo, enemigo de los rebaños y por tanto de los intereses humanos desde tiempos inmemoriales.

Si el lobo era el mayor enemigo del hombre, la avidez de carne lo era del lobo, le hacía arriesgado y eso a veces, le causaba la muerte.

La construcción semejaba un pozo en su forma circular aunque era menos profundo y bastante más ancho de diámetro.

Como esa era una zona de lobos, frecuentemente caían en la trampa. Una trampa ineludible consistente en un apetitoso bocado, algún cabritillo o cordero enfermo o malherido que se lanzaba al interior del foso. Allí balaba desesperadamente, componiendo su propio réquiem hasta que el fino oído de algún lobo percibía su canción desesperada y llevado por el visceral instinto, se lanzaba al interior del foso a devorar la presa, saciar el hambre sin pensar que de esa manera sellaba su propia muerte.

El foso estaba diseñado para que las ágiles patas del canis llupus no pudieran evadirla. Las paredes estaban forradas de lisas pizarras, que

con el tiempo se hacían más lustrosas y resbaladizas a base de ser arañadas.

Afortunadamente el corral de lobos estaba vacío, era evidente que los quejidos provenían de otro lugar, me alegré infinitamente ya que no tenía ningunas ganas de apalear al maldito animal como era costumbre en estas circunstancias.

Sin embargo los muchachos parecían decepcionados.

Para contrarrestar la decepción aprovecharon el tiempo restante de nuestro viaje para narrarme con pelos y señales la última captura. Me contaron como el pueblo en pleno acudió para ver como el animal, arrepentido de todas sus acciones, aullaba al cielo pidiendo clemencia. O quizá blasfemaba contra el creador por haberle hecho carnívoro en un lugar tan inhóspito, tan escaso de alimento, mientras su cuerpo apenas se sostenía en pie, se tambaleaba agotado de tanto esfuerzo en vano por escapar. Sus ojos cerrados ocultaban la vergüenza de ser derrotado.

Exaltados me explicaron como disfrutaron todos los vecinos viendo al enemigo abatido, y como le lanzaron piedras e insultos hasta que alguien tuvo la suficiente puntería, y le atizó en la cabeza dejándole callado para siempre, tendido en el suelo mientras rojos cordones de sangre discurrían por las diferentes partes de su cuerpo.

Luego, el más valiente saltó al foso para recoger el cuerpo y despellejarlo.

Durante los días siguientes, los mozos en los ratos libres exhibieron la piel por los pueblos de la comarca como un trofeo, recibiendo recompensa de los pastores por librarles del gran enemigo.

Este método de cacería, esta forma de abatir al lobo era una tradición muy antigua que reafirmaba y al mismo tiempo escindía el estrecho vínculo que el hombre ha mantenido desde siempre con el lobo al que veía como una bestia feroz, como la personificación del mal pero con el que se resignaba a compartir territorio y con el que se identificaba muchas veces.

El relato tan bien contado me había dejado en la boca un gusto extraño, una mezcla de fascinación e incredulidad, de amargura y placer, una mezcla de emociones contrapuestas.

Pablo, el pequeño narrador, había callado y como Hernán y yo caminaba despacio, cabizbajo como si fuera evocando aquella historia reflexionado sobre sus propias palabras.

Los tres observábamos los surcos del camino que la nieve había dejado como testimonio de su presencia en la cuesta de la Reigata y las fuentes del Eirin que, como un oasis, emergían después de tanta desolación. Surgían tímidas y ocultaban el hilo plateado de sus aguas entre el follaje, pero la hierba abundante, verde como la esmeralda, las delataba.

Desde este lugar pensé que la vista me estaba engañando. Un paisaje nunca visto ni imaginado se extendía por doquier. Salpicando el verde paisaje miles de pedruscos de granito erguidos como seres humanos, de todas las formas y tamaños salpicaban el verde paisaje, exhibían sus panzas blancas y sus lomos grises, invadían como un ejército las cumbres de las montañas, las laderas, los valles, los campos de labranza y los corrales, conviviendo con las personas y con los animales.

Aquellos monstruosos guardianes llamados penelas, eternos habitantes, inmovibles, tan seguros de si mismos, nacidos en el principio de los tiempos, redondeados, pulidos por la fuerza de Eolo y la paciencia Cronos observaban la llegada de los intrusos con desconfianza, recelosos de cualquier intromisión.

Me pasó por la cabeza la idea de que aquellas moles de granito no podían ser otra cosa que los espíritus de los antepasados que tan aferrados estaban a la tierra, que no quisieron desprenderse de ella y decidieron no irse jamás y se materializaron en roca para no ser destruidos, para quedarse para siempre con la intención de vigilarla, de defenderla.

Seguramente esto ocurrió hace muchos años, antes de la llegada del cristianismo, cuando los dioses a los que adoraban no supieron transmitirles la idea de que existe para las almas un paraíso mejor.

El viento soplaba y levantaba pequeños remolinos en el polvo del camino una y otra vez y me imaginaba que el genio de la lámpara de Aladino se mostraba ante mí pero yo solo podía pedirle un deseo: ser aceptado por aquella tierra que se mostraba hostil.

Sin embargo mis compañeros de camino, los muchachos desgarrados de pies ligeros como el viento, no parecían percatarse de nada; ellos no compartían mis temores ni mis sensaciones, ellos habían nacido en aquella tierra y formaban parte del paisaje y quien sabe si algún día ellos también se convertirían en penelas de granito, en eternos guardianes de una tierra que se resiste a ser abandonada.

Pablo me sacó de mis cavilaciones disipando mis temores con su habitual vocación de guía turístico y aquel ímpetu que daba a su voz cada vez que aparecía ante sus ojos algo que a él le parecía relevante.

-¡Don Arturo, mire, ya se ve la iglesia!

Efectivamente, una pequeña iglesia románica se divisaba perfectamente a pesar de la distancia, Emergía entre el verde paisaje natural como una promesa de objetivos cumplidos. El campanario desde aquella distancia semejava un rostro humano y parecía sonreír.

Emergiendo en la base de los prados que sostienen la pedriza y la ladera de la montaña de Perelongo una fuente cristalina destellaba bajo el sol y entonaba un canturreo monótono, nada estridente, más

bien tranquilizador, alardeaba de pureza por su transparencia, por su frialdad. Beber el agua de aquella fuente era llenarse de vida, era participar de aquel festín sensacional, era emborracharse de naturaleza hasta desvariar, hasta sentirse piedra, sentirse árbol, saber que la madre naturaleza salvaje, pura, estaba dispuesta a ofrecerme sus pechos colmados de néctar, a adoptarme como hijo sellando así una alianza eterna.

Olvidé que me dolían los pies, olvidé el miedo, el sabor que en la boca me dejaba el polvo del camino y solo percibía en mi pecho una alegría exaltada y el olor dulce del brezo que contrastaba con el olor amargo de la retama, dos arbustos que conviven y se entremezclan, que no se conciben el uno sin el otro como el bien y el mal, el placer y el dolor.

Cerca de las pallozas se notaba el mundo humano, se oía a pueblo. Los gritos de los chiquillos mientras jugaban y de las mujeres que discutían en voz alta arreglando asuntos, imponiéndose para ganar terreno o por lo menos no perder los derechos adquiridos respecto a las tierras o a los lugares de pastoreo, era un tira y afloja de una cuerda que casi nunca llegaba a romperse.

Olía el aire a leña quemándose en los hogares, a estiércol recién extendido sobre los campos de cultivo, surcados por el agresivo arado que introducía su punta rabiosa exigiendo, suplicando sustento para su amo.

Unos golpes de martillo, cansinos, lastimeros, ralos, cortaban el aire tan puro y a la vez tan lleno de contrastes. Un hombre sentado a la sombra del negrillo delante de su palloza golpeaba la guadaña, dejaba caer el martillo lentamente sobre el filo, con tranquilidad y precisión; trataba de domesticarla afinando aún más el filo, poniéndola a punto para las labores veraniegas ya que el tiempo se echaba encima. Ese tiempo de cielo propicio, cuando maduran las mieses.

Eran unos golpes secos, resignados, nada agresivos, dialogantes donde el hombre trataba de imponer una superioridad de la que estaba poco convencido.

El fino metal de la guadaña contestaba con un quejido, un eco lastimero, dolorido, con el dolor profundo de los que se entrenan para matar. Para matar la hierba o quizá no, matarla no, liberarla de la patética vejez y permitir que los brotes jóvenes que dormían en sus raíces emergieran con todo su esplendor y así cerrar un nuevo ciclo, comenzando otro que se cerraría nuevamente el próximo verano cuando las señales indicaran la hora de la recogida. Eterno retorno de la vida natural.

El pueblo estaba dividido en barrios asentados junto a los arroyos para empaparse de agua por todos sus poros. Los niños jugaban en ellos, chapoteaban, descalzos en las heladas aguas cogiendo renacuajos, persiguiendo mariposas y libélulas que planeaban sobre el agua

exhibiendo sus hermosas alas de impresionantes colores azules verdes, turquesa, amarillo...

Bebían los animales el agua limpia que brillantaba su pelaje.

Acarreaban las mujeres cántaros de agua en sus cabezas hacia el interior de las pallozas y mientras estos se llenaban, contemplaban sus rostros con coquetería en los remansos.

La iglesia era un vestigio románico que se elevaba sobre un cotarro, tenía la piel pulida por el viento que soplaba por los cuatro costados y la azotaba en todas las direcciones. A su espalda, el cementerio adherido, ofreciendo el apoyo de los muertos, la fuerza para mantenerse en pie a pesar del abandono inminente de los vivos. Destacaba en un paisaje ahistórico, singular donde nada parecía haber cambiado desde los asentamientos celtíberos y la ganadería y la agricultura no conocían otras formas que las puramente arcaicas, donde la vinculación con la tierra y con los antepasados marcaba el carácter de las costumbres.

Hacia cuatro años que en el pueblo no había sacerdote, nadie había aceptado aquel destino tras la marcha de D.Fernando. Estaba reservado para mí.

Durante este tiempo los camposos se arreglaron bien sin guía espiritual, sin sacerdote que oficiara sacramentos. Durante estos cuatro años no hubo bodas, ni entierros. La población era fuerte y sana capaz de desafiar a la muerte o de posponer el amor. Si fueron necesarios los bautizos porque los niños seguían naciendo pero algunos como las gemelas Martina y Rosario fueron bautizadas en Burbia cuando ya tenían tres años. Cuentan que llegaron andando buena parte del camino y el resto montadas a lomos de un borrico.

Las paredes de la iglesia eran de granito, eso las hermanaba con las pallozas así como la gruesa puerta de roble, rudamente tallada y gastada por el viento, la lluvia y otras inclemencias del tiempo hasta darle un toque blanquecino.

En el porche había una osera que guardaba los blancos huesos ligeros como esponjas que se extraían de las antiguas tumbas cuando se cavaban sobre ellas las nuevas y allí acababan de reposar mezclados, como habían vivido, amigos y enemigos, padres e hijos...en perfecta comunión. Allí permanecían expuestos como recordatorio de lo que habían sido y de lo que seremos todos. Los huesos blancos, relucientes, esponjosos, curados por el tiempo, secos como gabuzos estaban expuestos al contacto de los niños que los tocaban los Domingos antes de empezar la misa, con un gesto inocente, mientras esperaban. Aquel gesto les traspasaba a través de los poros el pathos visceral de su cultura, de un alma que se sitúa lejos de la cabeza.

La primera vez que abrí el enorme portón de la iglesia bajo el arco de medio punto, un chirrido desgarró el aire, las bisagras estaban

dormidas y se resistían a despertar, el silencio absoluto se convirtió en estruendo y una nube de murciélagos aleteadores estalló en la cúpula, cruzó entre las columnas caóticamente dando chirridos y aletazos asustados ante mi presencia, ante mi cuerpo petrificado en el umbral que observaba el espectáculo tétrico de unos seres cuya tranquilidad y orden habían sido rotos por la presencia de un intruso y que quizá ya jamás volvería a restablecerse.

Pasados unos minutos los misteriosos roedores se fueron calmando, sus radares comenzaron de nuevo a controlar y algunos encontraron de nuevo su escondrijo donde protegerse en silencio, otros huyeron sin encontrarlo. Sin embargo, yo, permanecí paralizado como una estatua sin control, sin capacidad de reacción, catatónico, observando las imágenes de los santos, el dramatismo de sus rostros, el colorido de sus vestidos ostentosos y la vez gastados y más que acogedores me parecieron amenazantes.

Cuando pude mover los músculos de mi cuello seguí observando. En las paredes la pintura se desmoronaba a trozos por la humedad, la pila bautismal era un enorme cuenco de granito sobre una columna de granito. Granito sobre granito.

Detrás de la puerta, el carro de los muertos, un artilugio semejante a una escalera, erguido, apoyado contra la pared, viejo, usado, vehículo de viajes sin retorno, como barca de Caronte testigo de quejas y lamentos, descansaba sin dormir, a la espera. La idea me produjo un escalofrío.

Retrocedí bruscamente y cerré la puerta mientras el corazón me latía muy deprisa. Cuando me tranquilicé y recuperé el control me sentí avergonzado de mi comportamiento irracional, pero es que, había bebido el agua y el aire y había tocado con mis manos esa tierra y ahora mi alma se encontraba situada igual que la de los camposos, lejos de la cabeza, en el plexo solar, en esa línea que separa el estómago del corazón.

¡QUIÉN COMO TÚ Y EL PERRO DEL CURA!

Durante aquellos años anteriores a la guerra civil, la vida en Campo del Agua no era muy diferente a la de cualquier otro pueblo de la geografía española, las familias compartían riquezas y miserias con un puñado de hijos, con los animales con los que convivían y a los que explotaban, pero al mismo tiempo les unía con ellos un lazo telepático que permitía la comunicación, la complicidad que hacía parecer a los animales casi humanos y a los humanos casi animales.

Animales en el sentido de regirse por el instinto más puro, menos manipulado, menos controlado por la razón y gracias a ello más integrado en la naturaleza.

Los animales eran fuente inagotable de riqueza, seres que lo daban todo a cambio de casi nada, por un poco de alimento para la supervivencia.

Los bueyes dieron paso a las vacas para arar la tierra. En un principio se hacían servir bueyes para esta labor por su fuerza pero poco a poco se fueron dando cuenta de que utilizar vacas era más rentable porque además parían, daban leche y hacían igualmente el trabajo, tiraban del carro y del arado con la misma eficacia, con más esfuerzo, eso sí, pero el esfuerzo y el sacrificio carecían de importancia.

El ternero que alumbraban cada año si era una hembra se quedaba en casa y seguía los pasos de su madre y si era macho se sacrificaba o se vendía en la feria del Espino o a algún tratante ambulante con el mismo fin.

Las cabras también ofrecían cada año sus hijos y su leche y las ovejas además la lana.

El burro y el caballo su fuerza de trabajo, las gallinas sus huevos y polluelos, el gato su astucia y agilidad para mantener la casa limpia de ratones, huéspedes no gratos, ladrones implacables de grano, de harina o de cualquier forma de alimento por el que habían luchado tantos otros, y que no se compartía con extraños aprovechados. Y el cerdo todo...

El perro, siempre tan fiel, dispuesto a ganarse el sustento peleando con las obstinadas ovejas cuando se empeñaban en tomar el camino equivocado o con las vacas que hacían ostentación de afilados cuernos y repartían coces con sus pesadas patas en momentos de rebeldía, y a jugarse el pellejo en una sangrienta batalla con el lobo hambriento dispuesto a devorar el rebaño.

Los niños desde muy pequeños ofrecían apoyo al clan familiar pastoreando o participando en las tareas agrícolas. Cualquier ayuda

era bien recibida y no había lugar para la inutilidad. Nada nace, nada crece, nada muere sin ninguna razón, a veces son razones indescifrables pero existen.

La razón de tanto esfuerzo, de tanto sacrificio, de dar tanto y recibir tan poco solo tenía un sentido sobrevivir.

Solo mi perro se consumía en el más absoluto aburrimiento, se escapaba de todas las reglas de todas las obligaciones, abatido por su propia existencia.

“¡Quién como tú y el perro del cura!” Afirma el dicho popular refiriéndose a alguien que vive bien. Pero mi perro no era feliz; bastaba con mirar sus ojos para darse cuenta de que su vida no le gustaba, no era propia de su esencia perruna. Su cuerpo cansado de tanto holgazanear se doblaba como si careciera de esqueleto, arrastraba las orejas, el vientre y el rabo y se hundía en su pena, esa pena insípida que tienen los que se desvanecen de aburrimiento, de hastío.

Mi perro era como un alma en pena, se deslizaba lentamente sin rumbo fijo.

Sentía en su conciencia canina como se le iba la vida inútilmente sin poder demostrar sus habilidades, sin obligaciones que cumplir, sin una misión determinada.

Se echaba en medio de la calle, se estiraba en toda la amplitud de su cuerpo con la intención de hacerse notar, con la esperanza de que alguien le dijera una palabra, le hiciera una caricia o simplemente le arreara una patada. El caso era no pasar desapercibido.

Solo cuando los rebaños de cabras y ovejas atravesaban el pueblo camino del monte, mi perro parecía revivir instantáneamente, se levantaba de golpe, su cuerpo recobraba vitalidad y con la boca abierta a modo de sonrisa observaba el desfile con los ojos encendidos por la envidia.

¡Le hubiera gustado tanto ir al monte, corretear libremente, revolcarse en la hierba, pelear con las ovejas y demostrar su valía!

Cuando pasaba el pastor tenía la esperanza de que le invitara a seguirle, de que el perro del pastor se detuviera a olisquearle pero uno y otro estaban ocupados evitando cualquier intento del rebaño por desviarse y continuaban el camino sin mirarle.

Tulo, que así se llamaba mi perro, se quedaba observando como el rebaño, el perro y el pastor se alejaban con gran algarabía, una mezcla de sonidos arrítmicos. Cencerros, balidos, se mezclaban con la voz imperativa del pastor y los ladridos persuasivos del perro.

Cuando desaparecían de su vista, Tulo volvía a caer en una depresión que se disfrazaba de sueño y volvía a su posición habitual. Yo tenía la sensación de que jamás dormía ni despertaba del todo.

A veces, se oía a lo lejos, como un eco, los ladridos agresivos de algún perro, ladridos que comprendía perfectamente y sabía que algún congénere andaba metido en alguna aventura, arreando ganado, persiguiendo una presa de caza o ajustando cuentas con algún contrincante por asuntos territoriales o de hembras, levantaba la oreja, la giraba hacia atrás, abría un poco los ojos, a veces hasta elevaba un poco la cabeza pero permanecía con su cuerpo pegado al suelo aplastado como una sombra, en actitud de escucha; permanecía así unos instantes y luego volvía a la postura normal y perdía el interés por el mundo circundante.

Seguramente era consciente de su inutilidad y eso le dolía profundamente, sufría por ver frustrada su vocación de perro ovejero, de perro guardián. Su única misión era existir por eso, quizá, la existencia le pesaba tanto.

Cuando los niños, le llamaban el perro del cura, en lugar de llamarle Tulo como era su nombre, se levantaba con cierta vergüenza, con la cola entre las patas que se doblaban hasta que casi arrastraba el trasero, entraba en casa y allí se tumbaba de nuevo maldiciendo entre sueños su destino.

A pesar de todo, Tulo era un perro agradecido, se le notaba en la mirada y desde cachorro dio muestras de cariño y generosidad. Sabía que en el fondo había tenido suerte. La suerte de sobrevivir en un lugar donde nacían perros a menudo y no estaban demasiado cotizados; eso iba en función de las necesidades humanas y las necesidades eran escasas, con un perro por familia era suficiente, más sería un gasto inútil, había demasiadas bocas que alimentar.

Pero Tulo sobrevivió para ser el perro del cura, se salvó, a diferencia de sus hermanos, por tener un hermoso pelaje color canela. Sus hermanos de camada tuvieron menos suerte y acabaron en las heladas aguas del río Burbia, se los llevó la corriente por las infinitas aguas hasta el oscuro mar.

A pesar de sus escasos minutos de vida lucharon por sobrevivir, con los ojos cerrados aún nadaron hasta la orilla pero sus escasas fuerzas se desvanecieron vencidos por la corriente del río y se dejaron arrastrar pensando, tal vez, que no merecía la pena vivir en un mundo tan hostil en comparación con el calor agradable del útero materno del que acababan de ser expulsados.

A mí, me ocurría algo semejante a lo que le pasaba a mi perro, me pasaba una idea por la cabeza que me atormentaba, me parecía que había fracasado en la misión que tenía encomendada, no era capaz de alentar la fe cristiana de mi rebaño que parecía dispersarse y los feligreses estaban más ocupados en sus faenas que en acudir a la iglesia y continuaban con sus tradiciones y supersticiones.

Los ritos religiosos seguían estando mezclados con antiguas supersticiones y miedos reales a los fenómenos naturales, a las bestias, al mal de ojo a las influencias lunares, a los movimientos de los astros, sus posiciones y cuadraturas.

Posiblemente no tenía la suficiente experiencia para convencer con mis discursos, ni la suficiente convicción para resultar persuasivo o quizá nada fuera suficiente para extraer ideas tan arraigadas a las que no les faltaba razón

El espíritu colectivo participaba de un pathos místico natural de un cierto panteísmo ancestral más profano que religioso regido a medias por la experiencia y la ignorancia; a veces por sucesos mal entendidos pero con buenos resultados prácticos.

Pero mi presencia era apreciada por los vecinos que veían en mí una autoridad respetable. Los hombres maduros estaban encantados de charlar conmigo un rato mientras me ofrecían picadura y se detenían para liar un cigarrillo mientras me explicaban el trato que habían hecho el día 15 en la feria del Espino con algún tratante del Bierzo bajo o incluso con algún gitano de Cacabelos, me trataban como un auténtico camarada, me hablaban de los bosques de avellanos de los que se extraían las mejores varas para arrear el ganado y donde se encontraban las mejores hayas, del arte de tallar la madera, de fabricar madreñas, muebles para la casa: camas, alacenas, arcas, escaños y otros utensilios más pequeños de uso cotidiano como cucharas, cuencos, comederos de animales o instrumentos de hilar.

Incluso, fabricaban ellos mismos los instrumentos de labranza como el yugo para uncir los bueyes con las formas adecuadas a la cabeza del vacuno y los salientes reglamentarios para poder atarse con correas de cuero antiguo curtido con sabia maestría, con tiempo y condiciones apropiadas para que la duración fuera inmemorial y pudiera ser transmitido como herencia a las generaciones venideras. El arado construido con una robusta rama verde de árbol cuando aún era susceptible de ser moldeable, cuando aún no oponía resistencia a las expertas manos del artesano y era capaz de doblarse como el arco de Ulises hasta adquirir una forma casi semicircular. Y carros cuyos ejes de madera emitían un sonido agudo, espeluznante como un canto o un lamento profundo, trágico, casi fantasmal que se hacía más intenso cuando el carro iba excesivamente cargado. El contacto del eje con el chasis se hacía tan estrecho bajo el calor del sol, el peso de la carga, y la dilatación del roce y se calentaba tanto que en ocasiones llegaba a incendiarse.

Pero en el pueblo no había artesanos dedicados a tallar la madera ni a ninguna otra materia o profesión, todos hacían de todo y los labradores eran a su vez herreros, pastores, albañiles, etc.

Los hombres y mujeres aprendían desde niños a usar los recursos que tenían a mano, los tesoros que la madre naturaleza les ofrecía, transformarlo en beneficio propio, combatir el hambre y el frío y sobrevivir.

Aquellas gentes incansables y polifacéticas me trataban como a un turista curioso empeñado en desvelar los secretos de una tradición pero nadie parecía darse cuenta de mi verdadero papel de evangelizador ni prestaban demasiada atención a los sermones. Asistían masivamente a misa durante los meses de invierno, escuchaban con relativa atención pero durante los meses de verano la recogida de las cosechas tenía prioridad. No es de extrañar, cuando la supervivencia está en juego, la religión es un lujo.

CONTACTO CON LOS NIÑOS

Los niños eran mis mejores aliados, algunos me solían acompañar en mis paseos al caer la tarde, yo solía leer la Biblia en voz alta y ellos escuchaban con gran atención entre admirados y divertidos igual como escuchaban las historias que contaban sus abuelos e igualmente se regocijaban llenos de fascinación.

Pero lo que más les fascinaba era ver como leía de corrido, sin trabas, como si hablara.

Esa fascinación se traducía en admiración hacia mi persona. Una fascinación que hacía que me sintiera halagado y al mismo tiempo me elevaba a un plano diferente, a un plano que no estaba al alcance de todos y me hacía digno de respeto.

Yo sentía necesidad de compartir con alguien el privilegio de la lectura de embriagar a los más jóvenes con el sabor de las letras aunque pensaba que podría interferir en el transcurso de los acontecimientos, de los valores y las formas de pensar. La afición por las letras podía traer consecuencias desastrosas para el orden de las tradiciones. Los niños perderían tiempo leyendo y quizá encontrarían en los textos algunas claves para desobedecer a sus padres, para revelarse contra el destino, contra las tradiciones., contra el curso de la vida y tal vez, pudieran atreverse a soñar con otras formas de entender la vida más satisfactorias.

Una tarde que me acompañaba un grupo más numeroso que de costumbre habíamos ido a pasear, como tantas otras, por el camino polvoriento disfrutando del amargo e intenso aroma de las retamas que bordeaban ambos lados del camino e invadían los campos de barbecho y lo teñían de amarillo embriagando los sentidos con tanto color, se me ocurrió exponer la idea de organizar unas clases al aire libre pues en primavera el tiempo era bueno y en contacto con la naturaleza resultarían más amenas, de esta manera podrían aprender a leer sin desligarse demasiado del mundo natural. Aunque no era un maestro ni me había dedicado nunca a la docencia, esta idea rondaba por mi cabeza desde hacía tiempo. Sería una tarea difícil, incluso los maestros que habían llegado para tal fin habían fracasado por falta de asistencia de los muchachos que en la mayoría de los casos eran requeridos por los padres para las faenas del campo.

Cuando terminé de leer en voz alta un pasaje del libro del Génesis me quedé en silencio observando las caras de aquellos que ya consideraba mis discípulos. Ellos también me observaban con mucha atención esperando que saliera de mi boca alguna palabra sorprendente.

Había llegado el momento de comunicar aquella idea y lo hice despacio para que sus tiernos cerebros la fueran asimilando.

Acabada mi exposición sobre las posibilidades de aprender a leer con la misma facilidad que yo y de las ventajas que ello conllevaría, una expresión de sorpresa se manifestaba en los rostros de todos, algunos desaparecieron y otros permanecieron ansiosos por comenzar.

La capacidad de leer parecía a los chiquillos algo inalcanzable, un privilegio a medio camino entre la gracia de Dios y la magia del diablo. Circulaban historias terribles respecto a algunos hombres del pueblo que habían aprendido a leer alentados por un antiguo cura poseedor de libros de magia, libros que albergaban conjuros y oraciones a Satán que concedían favores materiales a los hombres pero que, a la larga, traían la desgracia de quienes tenían contacto con ellos. Afortunadamente, se encontraban en paradero desconocido a raíz de tantas desgracias. Alguien con sentido común los había hecho desaparecer.

Pero en la mente de todos quedaba un resquicio de aprensión hacia los libros que contienen tantas y tantas historias.

Eso en si ya era bastante obra de magia.

Era lo que asustaba a la mayoría y lo que retenía entusiasmados a los más curiosos.

Patricio era un niño enjuto, demasiado pequeño para su edad, con unos ojos demasiado grandes para su cara y que en aquel momento parecían más grandes aún excitados por la curiosidad. Fue el primero en acercarse y en hablar:

-Señor cura, yo quiero aprender a leer.

- Muy bien Patricio, veras que pronto aprendes; no solo tú sino todos los que quieran.- dije en tono tranquilizador.

-¿Podré leer de carrerilla como usted?

-Claro que si, y lo harás aún mejor, ya verás.

-Pues yo también quiero aprender.- Replicó un coro de voces infantiles al mismo tiempo.

-¡Empezamos ahora, señor cura!- Dijo Silvia con impaciencia.

-No, hoy no. Tenéis que tener paciencia, porque es una tarea que requiere tiempo, interés y concentración. Esta noche pensáis en ello, lo consultáis con vuestros padres y cuando estéis seguros de que queréis aprender yo no tendré ningún inconveniente en que lo hagáis.

Al día siguiente, a la hora del paseo, al grupo habitual de chiquillos que me acompañaban se unieron otros que habitualmente andaban enfrascados en juegos o faenas. Se notaba cierto nerviosismo en el ambiente, como si alguna ley importante estuviera a punto de transgredirse.

La primera clase al aire libre, sentados todos sobre las malvas que estaban en su máximo esplendor, fue muy productiva, en cuestión de una hora, entre gritos y risas, todos habían aprendido las vocales.

Las clases posteriores no lo fueron tanto, fue disminuyendo el nivel de excitación y algunos chavales perdieron interés. Era comprensible, ¿qué necesidad tenían de leer en los libros cuando la verdad me mostraba al descubierto en ese otro gran libro que es la naturaleza sin necesidad de garabatos, de símbolos incomprensibles?.

Poco a poco el grupo se fue reduciendo. Algunos no asistían por falta de interés, otros por falta de interés de los padres que encontraban absurdo que sus hijos perdieran el tiempo de esa manera, cuando el trabajo , gracias al cual subsistían se estaba atrasando y eran requeridos para otros menesteres.

Finalmente el grupo se redujo a cuatro, un grupo minoritario dada la abundancia de muchachos, formado por: Pedro, Benjamín, Silvia y Patricio como alumno destacado, un grupo fiel que se mantenía firme en sus propósitos y que prosperaba con gran satisfacción.

Pero en un lugar donde la abundancia de chiquillos era evidente, también la variedad de caracteres florecía y se abría como un abanico.

FEO

Había muchachos tímidos, descarados, bonachones, perversos, astutos, ingenuos, artistas habilidosos, torpes, curiosos....Pero había uno en concreto, que me intrigaba desde el principio. Mejor dicho, era su nombre lo que me intrigaba. Todos lo conocían con el nombre de Feo, sin embargo era un muchacho tremendamente hermoso. Además cuando alguien gritaba su nombre lo hacía sin ánimo de ofenderle, no era un insulto ni él lo entendía como tal. Incluso su familia le llamaba Feo con la misma naturalidad que si le hubiese llamado Pepe.

Yo estaba dispuesto a descubrir el secreto de su nombre; una cuestión que me traía de cabeza desde hacía tiempo y para eso ¿qué mejor que preguntárselo? Estas cavilaciones rondaban por mi mente y ocupaban parte de mis pensamientos mientras daba mi paseo diario, a veces solo, a veces con los muchachos observando la vida circundante empapándome de costumbres, de tradiciones y de comportamiento ajeno.

Feo era un muchacho alegre que pastoreaba un gran rebaño de ovejas y mientras lo hacía con gran maestría, sentado sobre cualquier penela de granito, tocaba hermosas melodías con su flauta, una y otra vez. Eran melodías suaves, capaces de hipnotizar a cualquiera. Se notaba que las tenía bien ensayadas, que durante su corta vida había pasado largos ratos ensayando y que las ovejas habían hecho bien el papel de críticos huyendo al principio cuando el sonido se desparramaba por el aire sin control o pastando mansamente a sus pies cuando lograba combinar armoniosamente las notas.

Regresaba cada tarde con su rebaño y el perro Tin, tranquilamente, silbando una melodía cansado ya de tocar la flauta que descansaba en el bolsillo.

En mayo los días son largos y el tiempo es bueno, la veredas están verdes y la hierba es fresca y abundante, las ovejas disfrutaban de los pastos y regresan tranquilas a los establos.

Yo miraba el espectáculo sentado en un tronco seco al borde del camino, un tropel de patas coordinadas bajo un manto lanoso y compacto, como si se tratara de un enorme ciempiés caminaba despacio dejando una nube de polvo de la que surgía Feo y su perro.

Feo se sorprendió al verme pues iba absorto en sus pensamientos, quizá imaginando una composición musical o simplemente un buen plato de garbanzos.

Hola D. Arturo, hace una temperatura agradable. ¿Verdad?- Me dijo resuelto a entablar conversación.

Si, muy agradable, por eso me gusta pasear a estas horas cuando el día está a punto de irse y la noche a punto de llegar y no sabes cual de los dos está más cercano.

A Feo parecía dejarle indiferente mi comentario, así que cambié de tema.

- ¿Puedo hacerte una pregunta Feo?

Se encogió de hombros y contestó sin mirarme como si estuviera ofendido o decepcionado.

- Pregunte, pregunte si quiere pero a lo mejor no puedo contestarle, yo solo conozco mis ovejas y el monte. Bueno, el monte lo conozco bien. De lo demás no sé nada pero la verdad es que tampoco me interesa demasiado.

Feo, ¿cuál es tu nombre?. -Inquirí dispuesto a ir al grano.

Feo, me llamo Feo.- Parecía que no estaba dispuesto a aclararme nada.

No era la primera vez que yo hacía esa pregunta, tiempo atrás la hice a los otros muchachos y la respuesta fue la misma.

-Feo, Feo, Feo.

Pero yo no estaba dispuesto a aceptarla, me parecía imposible que unos padres bautizaran con el nombre de Feo a su hijo por eso estaba decidido a seguir indagando.

Insistí preguntando con un juego de palabras que resultaba cómico:

-Vamos Feo, tu nombre no puede ser tan feo como llamarse Feo.

Por fin su respuesta me resultó satisfactoria. Con la mayor naturalidad me reveló el secreto que era de lo más sencillo.

-En realidad, me llamo Orfeo pero siempre me han llamado Feo, ya sabe la costumbre que tenemos de utilizar diminutivos. Además a mi me gusta más, es más corto y suena muy bien entre las montañas. Cuando me llaman los otros pastores las montañas devuelven el eco claramente, sin embargo Orfeo suena menos claro y a la montaña le cuesta mucho pronunciarlo.

Poniendo las manos en la boca en forma de bocina se giró hacia las montañas y gritó con fuerza :- ¡Orfeooo!-

Tenía razón , la montaña le devolvió un eco repetido: Feo, Feo, Feo, incapaz de pronunciar Orfeo. Los dos reímos a carcajada, con cierta complicidad como dos amigos que se conocen desde hace años y la conversación se iba haciendo cada vez más amena a medida que nos acercábamos al pueblo.

Aquella noche no dejé de pensar en el muchacho, descifrar el enigma de su nombre no había servido para satisfacer mi curiosidad sino que produjo en mi una inquietud mayor.

Me intrigaba aquel muchacho en el que se daban la mano tantas coincidencias que a mí en aquel momento me parecían relevantes y nada casuales pues andaba ocupado disfrutando de la lectura de los mitos griegos que parecían concentrarse ¿Quién sabe porque razón extraña?, en aquel muchacho en el que se daban cita varios personajes mitológicos extraídos de su tiempo y transportados al tiempo actual.

Como el Orfeo griego entonaba una música maravillosa, envolvente, hipnótica pero que no salía de la cítara sino de la flauta. La tocaba como

Pan mientras apacentaba los rebaños. Pero Feo no era feo como Pan sino hermoso como Adonis. Y él, tan ajeno a todo, tan..., él mismo, con su nombre, con su flauta, su belleza, sus casualidades y contradicciones.

VERANO

Mis pensamientos son interrumpidos por la llegada de la enfermera que se acerca suavemente para ponerme el termómetro, se va tan sigilosamente como ha entrado porque cree que estoy dormido, no quiere despertarme.

Al cabo de unos instantes regresa de nuevo, mira el termómetro sin encender la luz de la habitación, para ver la temperatura que marca el termómetro le basta con el tenue reflejo que entra por la ventana procedente del exterior.

Comprueba que tengo fiebre y se va sin darme esa información, no la necesito, me basta con sentir el calor en mi frente y un ligero martilleo en las sienes para saberlo, pero eso no me importa ahora, no quiero pensar en eso, no quiero interrumpir el hilo de la historia de mi vida, ni que se desparramen los recuerdos que me alimentan, que configuran mi pasado, que hacen que me resulte tan dulce en comparación con el presente carente de valor.

No sé si será esta maldita fiebre que hace que a veces me abrase y a veces me ponga a temblar de frío la causa de que mi pasado me resulte ahora tan interesante, casi novelesco, de que los acontecimientos cotidianos y la aburrida vida de un solitario cura de pueblo se carguen de magnificencia y que un tranquilo paseo por un polvoriento camino de tierra, el encuentro con un tímido y escurridizo zorro, el combate entre dos pájaros por una brizna de hierba para construir el nido tenga cabida en el recuerdo y se convierta en eslabón en la cadena de mis pensamientos.

A veces parece paralizarse mi cuerpo y siento como si mi alma se separara de él. Es entonces cuando salta la alarma, todos mis músculos y órganos se ponen en forma se agarran de mi alma para detenerla y consiguen que se quede un poco más y rumiar recuerdos de tantos veranos diferentes y a la vez tan iguales entre si. Los mismos caminos polvorientos, las mismas retamas en flor, las mismas tierras labradas, el mismo olor a grano seco, la misma intensidad de los rayos del sol generoso en esta época del año y tan escaso en los otros meses, los mismos rostros arrugados y curtidos de tanto oxígeno en una tierra donde solo los rostros de los niños cambiaban; los adultos permanecían siempre igual, eternos ancianos de piel, eternos jóvenes de fuerza y agilidad.

Entre aquellos rostros semejantes, uno me perseguía y me persigue aún, con más intensidad a medida que pasa el tiempo, cuando la fiebre sube, a mediada que me falla la razón. Ese rostro era diferente de los demás, eternamente bello, eternamente adolescente de

expresión, eternamente bronceado por el sol de las veredas y la nieve de los picos de las montañas.

Era el rostro de Carolina, la mujer que amé y cuyo amor me hizo tan feliz y a la vez tan desgraciado, tan culpable a los ojos de Dios, a los ojos de los hombres y ante los ojos de mi propia conciencia.

Carolina era casi adolescente cuando mi fije en ella por primera vez, durante el baile de la fiesta de San Bartolomé mientras sonaba una desgarrada música y nos bañaba la luna, cuando el diablo me acercó a ella después de robarme la razón; yo me dejé llevar envuelto en una nube, en la embriagadora música de un acordeón.

Ahora a mi memoria acuden rostros, sol y mieses, sudor y risa, cuerpos extasiados de tanto trabajar porque, eso era el verano, una nueva etapa que cada año renacía, y con él volvían las caminatas entre los dos pueblos, entre dos lugares que se complementaban, que requerían el cuidado y la recogida de cultivos.

En Campo del Agua estaban los extensos y casi inaccesibles sembrados de centeno listos para recoger, las espigas estaban secas ya. En Aira da Pedra quedaban las huertas frondosas donde crecían las patatas, cebollas, lechugas y otras tantas hortalizas que tampoco debían ser descuidadas.

Hay un dicho oriental que afirma que la hierba crece sola, invitando a la pasividad, los habitantes de este lugar sabían que las únicas que crecen solas son las malas hierbas, las que se enredan en las plantas productoras de alimento robándoles la savia hasta dejarlas sin vida, que las hortalizas hay que cuidarlas, regarlas, controlar las plagas y limpiarlas librándolas de parásitos. Eso significaba dividirse, recorrer los siete kilómetros que separaban los dos pueblos casi a diario, caminando por la mañana bien temprano, antes de que el sol se hubiera levantado y el calor apretara demasiado y seguir..., seguir trabajando. Guadañar la hierba, extenderla durante dos días para que se secara, luego recogerla con el rastrillo y amontonarla hasta que pudiera ser trasladada al pajar cargada en los carros o a cuestas cuando los prados carecían de caminos.

Si el tiempo había acompañado todo era satisfacción y regocijo pero si la lluvia había llegado de imprevisto habría traído el desastre, la hierba se pudriría y los animales pasarían hambre durante el invierno. Por eso era necesario entender el significado de los vientos, de la dirección de las nubes, del rubor del cielo, del brillo de las estrellas e incluso del vuelo de los pájaros. Estar atentos a las señales y obedecerlas adelantando o posponiendo la recogida podía ser la clave de la prosperidad o el empobrecimiento de una casa, y la pérdida de una cosecha podría llevar a la miseria ya que eran escasos los recursos.

Además de las señales del cielo estaban las señales del renubeiro, que era un misterioso hombre de carne y hueso que andaba por las montañas pero que jamás se acercaba demasiado a los pueblos, solamente se dejaba ver por los pastores en ocasiones y su presencia era señal inequívoca de terribles tormentas, de esas que arrasaban los campos, que dejaban los árboles tronchados que venían acompañadas de piedras de granito tan grandes que eran capaces de matar a los bueyes.

Me contó un anciano que cuando él era joven, mientras segaban el centeno, allá por la fiesta de Santiago, a pesar de que hacía un sol espléndido y nadie sospechaba que pudiera acercarse una tormenta, apareció un nubarrón gris del que descendió un hombre con camisa blanca, un hombre desconocido que trepaba por las montañas con la velocidad de un gato y que desapareció entre la espesura de los arbustos para no volver a verle. Tras ese acontecimiento, en cuestión minutos el cielo se pobló de terroríficas nubes negras y se desencadenó una terrible tormenta de granizo de la que salieron vivos gracias a que se protegieron las cabezas con las ollas en las que habían llevado el potaje, pero las ollas quedaron deformadas.

Y que otra vez que el renubeiro apareció en semejantes condiciones se desencadenó una tormenta de agua tan abundante que arrastró toneladas de tierra del camino dejando descubiertas dos enormes vasijas romanas de barro llenas de monedas de oro que habían permanecido ocultas desde el asentamiento romano sin que nadie tuviera noticia del magnífico tesoro. Tan grandes eran las vasijas que al extraerlas el camino quedó intransitable hasta que los hombres del pueblo lo reconstruyeron rellenando los huecos con tierra.

Pero esa historia se acerca más a la imaginación popular que a la propia historia; cuando le pregunté que habían hecho con el tesoro no supo que responder. Seguramente, aquello que explicaba como experiencia personal no era más que una leyenda que se había ido transmitiendo de boca en boca hasta que la mente de anciano, un tanto infantil por la senectud acabó admitiéndola como experiencia propia.

Los meses de Junio y Julio eran meses de recogida: centeno y heno. El centeno se sembraba en Octubre y se abandonaba a la mano de la nieve que con su manto blanco lo envolvía de Octubre a Abril o Mayo, dependiendo del año. Cuando la nieve se fundía, el centeno se desarrollaba con gran velocidad, florecía, daba fruto y se secaba cuando el verano llegaba a su plenitud, cuando en el cielo la vía láctea señalaba el camino de Santiago.

Las hortalizas de Aira da Pedra se regían por un ciclo diferente, se sembraban en Marzo cuando remitían las heladas y maduraban en

Septiembre cuando empezaba a extinguirse la energía rabiosa que produce el sol del verano.

UN PASEO VERANIEGO

Levantarse temprano cuando el cielo auspiciaba un día luminoso y ver amanecer era una experiencia maravillosa. La hierba después de haber sido segada en un tiempo reciente, retoñaba con fuerza y vigor, con es verdor intenso que da la savia joven, permanecía cubierta con una abundante capa de rocío cuyas gotas se acumulaban en las diminutas hojas nuevas como perlas, se agrupaban a capricho fusionándose y multiplicándose y resbalaban al más mínimo movimiento, se deslizaban hasta la tierra nutriendo las raíces .

El cielo despejado, sin una sola nube que lo enturbiara, permitía adivinar que el día sería caluroso, un día ideal para subir a la braña, respirar el aire que en ella era más puro todavía, observar la fauna, la flora, orar en aquel altar que la naturaleza adornaba de vistosos colores con gusto exquisito y caprichoso.

Un frescor tímido, azulado penetraba por mis poros y tensaba mis músculos que clamaban movimiento para desentumecerse.

Me envolvía una necesidad súbita de caminar, de dirigirme hacia las montañas. Empecé el camino acompañado por una diminuta mochila cuyo contenido se reducía a un mendrugo de pan.

En mi mano derecha una vara de avellano hacia las funciones de apoyo, me serviría como arma, en el caso de que algún ser de la creación se interpusiese en mi camino y movido por el miedo reaccionara de forma agresiva en un intento de supervivencia, de anteponer su vida frente a la mía.

Mi cuerpo estaba ligero ese día y mis pies obedecían a los impulsos de mi espíritu. El camino era arenoso, de esa arena blanca que se desprende del granito al erosionar; de ella salían destellos como luces de estrellas en verano cuando el cielo parece tan cercano que crees poder tocarlo con la mano. El granito desmenuzado por la erosión del tiempo ofrecía por separado sus tres componentes: cuarzo, feldespato y mica como el grano ofrece el salvado y la harina cuando las gruesas piedras del molino caen sobre él y lo estrechan en un abrazo extremadamente amoroso. No en vano se dice que hay amores que matan.

El frío matutino me azotaba la cara y me daba energía para mantener mi paso veloz como el paso de quién huye, ¿Pero es que acaso huía? ¿De qué? ¿Buscaba algo?

Tal vez huía de la rutina, de mis propios pensamientos al mismo tiempo que buscaba encontrar un motivo, una forma de renovar mi fe, de encontrar otro yo en la naturaleza o quizá a Dios ente tanta belleza, hacía tiempo que estaba convencido que no solo se le encuentra en el recogimiento, en la austeridad de una celda sino en cualquier parte.

Las excursiones matutinas son propicias para la contemplación de animales, ellos tienen la costumbre de madrugar.

Aquel día tuve la oportunidad de contemplar de cerca una perdiz con una docena de polluelos, que detrás de su madre, piaban confiados mientras ella los formaba con la dureza de un instructor militar, sabiendo que una buena formación garantiza las posibilidades de supervivencia.

La belleza del pelaje y la astucia que colma de gracia los movimientos, se conjugan con tal simpatía en el zorro convirtiéndolo en protagonista de fábulas donde la inteligencia y las estrategias de supervivencia juegan un papel importante porque el zorro, como un gran actor, tímido y coqueto a la vez, engaña al espectador para conseguir sus objetivos. Sus presas lo saben, por eso huyen de él, desarrollando sus propias estrategias, por eso la instrucción de la madre perdiz, seguramente, no sería en vano.

Una bandada de cuervos se balanceaba sobre el esqueleto de un animal que había sido devorado por los lobos el día anterior, intentaban exprimir la carroña con sus curvados picos liberando de este modo el aire de olores putrefactos.

Mi presencia rompió el orden, la comida familiar con sus comentarios y disputas y se convirtió en una nube caótica de cuerpos negros que se agitaban entre graznidos estridentes que erizaban el cabello.

En aquel momento comprendí por qué producían tanto horror unos simples pájaros. Es fácil de entender que en una cultura plagada de supersticiones se les considerase como pájaros de mal agüero, embajadores de la muerte implacables, temidos y repulsivos como ella, vestidos con traje negro muy apropiado para la ocasión.

Contaban los viejos que cuando los cuervos se acercaban demasiado al pueblo y lo sobrevolaban, era que alguien iba a morir. Y como refutación al argumento aparentemente más lógico de que seguramente tenían un fino olfato para detectar la enfermedad, solían explicar el caso de un mozo que hallándose en perfecto estado de salud, se atrevió a desafiar a los cuervos que revoloteaban sobre el tejado de su casa diciendo, en un arrebatado de soberbia: “ volad, volad, que por mí aún no venís”.

El mozo era sano y fuerte, contaba apenas veinte años, no desprendía hedor a muerte sino vitalidad, juventud y ganas de vivir. Por eso los cuervos, si es que olieron la muerte, lo hicieron por otra facultad que los humanos no podemos comprender. El caso es que el joven murió tres días después de haber recibido el mensaje. Se despeñó mientras intentaba salvar una cabra temeraria que se atrevió a explorar una roca peligrosa, un lugar prohibido del que nunca pudo escapar porque su rescatador murió en el intento.

Vida y muerte, muerte y vida danzan juntas en un lazo indisoluble, se muerden, se acarician, luchan por imponerse sin que ninguna llegue a conseguirlo porque las dos son una misma cosa, una misma unidad, las dos caras de una misma moneda. Todo lo demás no es nada, factores caprichosos que a veces favorecen a una y otras a la otra.

Ebrio de tanta belleza que la vida salvaje me ofrecía de tantas formas diferentes, entre inocencia y crueldad, que alimentaban mis reflexiones y sin darme cuenta me elevaban hasta la cima, hasta la frontera con los montes de Galicia. Allí, bajo un árbol, seguí observando el mundo circundante, hasta olvidarme de mi propio ser.

Una diminuta hormiga paseaba tranquilamente por mi brazo confiada, sin rasgo de extrañeza y eso me hacía sentir integrado, en perfecta comunión con los demás seres de la creación. Sobre el árbol que me cobijaba un mirlo entonaba su canto matinal, a los pies del arroyo una mata de orquídeas salvajes se mecía, casi imperceptiblemente, arrullada por el susurro monótono del arroyo.

No muy lejos de allí, un oso pardo, gordo y de abundante pelo hurgaba entre la maleza, removía troncos muertos con pasmosa facilidad. Estaba demasiado absorto buscando frutos escondidos como para percatarse de mi presencia y eso me permitió permanecer observando, escuchando, sintiendo, pensando...

Pasaron las horas lentamente, el mundo casi estático no me pareció aburrido, en cada matiz, en cada cambio de sonido por imperceptible que fuera, había un gran misterio que desvelar.

Los hechos cotidianos, mis acciones del día anterior se convirtieron en recuerdos lejanos, muy lejanos. El tiempo sin movimiento se hincha, nos engaña, se manifiesta en proporción inversa al propio movimiento.

A lo lejos se oía el canto del cuclillo; el cuclillo siempre canta lejos, su cu-cu, cu-cu, llega como un eco, un misterioso sonido de otro mundo. Su voz rítmica contaba conmigo el tiempo, evadiendo sus obligaciones domésticas, quizá otro pájaro menos comprometido con temas filosóficos se estaría encargando en ese momento de alimentar a sus ingratos polluelos que ávidos de alimento, comedores insaciables devorarían a sus hermanastros y a sus padres adoptivos como lo habían hecho desde siempre, todos los de su especie, pues por todos son conocidas las costumbres del cuclillo.

El extraño comportamiento de este pájaro le dio fama de egoísta, de mal compañero, de carecer de escrúpulos, de irresponsable porque no se molesta en construir un nido, un hogar donde incubar su único huevo, criar a un hijo, sino que lo abandona en un nido ajeno para que otro pájaro

se encargue de la crianza aunque eso signifique perder a sus propios hijos, los que deberían perpetuar su estirpe. ¡Cuántas veces en la vida

ocurre lo mismo! ¿Justicia o injusticia? ¿Dónde empieza una y donde acaba la otra?.

Pero el cuco parece tener una misión más importante en el reino de los fines: medir el tiempo. Su cu-cu, cu-cu....no deja indiferente a nadie.

Eso me había dicho Matilde, una niña soñadora, que me enseñó a interrogar al cuco para augurar el futuro.

-Es muy fácil interrogarle, solo tienes que preguntarle ¿cuánto? Y él te responderá, te dirá el número de años, el número de días, de personas, etc., solo tienes que contar y él repetirá su canto tantas veces como sea necesario.

En aquel momento el cuclillo se había callado, se había tomado un respiro, era el momento oportuno para formular una pregunta.

Matilde cerró los ojos durante unos instantes, luego sonrió con inocencia mientras los abría de nuevo y luego dijo:

-Ya está , ya le he hecho la pregunta.

De nuevo el cuclillo, como si hubiera escuchado su pregunta empezó a cantar, lentamente, con rítmica armonía, y Matilde contaba con precisión cada sonido: uno, dos, tres,... hasta doce, después el cuco se calló.

-¿Qué le has preguntado?- interrogué con curiosidad.

-Es un secreto.- respondió ella con un brillo en los ojos que delataba la necesidad de compartir el secreto conmigo y tras un corto silencio explotó como un globo hinchado que no soporta más el peso de su contenido:

Le he preguntado cuántos años faltan para el día de mi boda y el cuco me ha dicho que doce así que como ahora tengo doce me casaré a los veinticuatro.

- Bueno eso es posible, empiezo a creer que ese pajarraco no es un embaucador.- Le contesté más convencido de lo que intentaba demostrar.

Durante bastante tiempo me había olvidado de aquella conversación que como tantas otras me había parecido que carecía de importancia y el vaticinio de Matilde un juego que quizá acababa por creerse.

Pero en aquel momento, a medio camino entre el juego y la sospecha decidí seguir las instrucciones de la niña e interrogar al reloj del tiempo futuro. Cerré los ojos y en mi mente surgió la pregunta: ¿cuántos años viviré?.

El cuclillo empezó a contar, uno, dos, tres, cuatro..., pero antes de llegar a diez un abejorro inoportuno que parecía haber surgido de la nada, arremetió contra mi cara, intenté esquivarlo a manotazos, pero insistía en molestarme con tal obcecación que empleé todas mis fuerzas en deshacerme de él. Me mantuvo desconcertado unos

minutos de manera que me olvidé de contar los cu-cus del pájaro que seguía dándome años de vida.

Pero de nada había servido mi pregunta si no había estado atento a la solución, pero quizá era mejor así. ¿Acaso alguien tiene derecho a saberlo?

El cuco siguió cantando, deteniéndose a ratos, continuando después contando el tiempo, hasta el atardecer, hasta que las sombras empezaron a hacerse grandes.

Cuando me decidía a regresar porque el reloj del cuco me anunciaba que la noche estaba próxima y en esas horas la soledad se vuelve enemiga, oí unos golpes de hacha sobre el tallo de un árbol, unos golpes rítmicos, precisos, no muy lejanos y supe que no estaba solo, que aquel bosque encantado había sido penetrado por otro ser humano. Me acerqué al lugar de donde provenían los golpes llevado por la curiosidad y allí, inclinado sobre el árbol empuñando el hacha, estaba Rogelio. Absorbía el aire para expulsarlo luego en forma de fuerza canalizada.

- Buenas tardes Rogelio-. Grité desde el camino.

La sorpresa se apoderó de su rostro que no sabía a donde mirar. Por fin descubrió mi presencia.

-Buenas tardes, señor cura. ¿Que hace usted por aquí?- me contestó dejando a un lado el hacha.

- He venido a pasar el día y a ver el bosque y los animales.

- ¿Ha visto muchos?

- Si he visto varios, incluso un oso.

- Está de guasa señor cura, no suele haber osos por aquí. Además si hubiera visto uno no estaría tan tranquilo.

Rogelio no parecía creermelo, seguramente interpretó mi afirmación como una fanfarronada o como una broma, en cualquier caso, no estaba dispuesto a permitir que mi aventura eclipsase a la suya así que se dispuso a contarme su encuentro con una bestia como la que yo había visto.

- El año pasado me encontré con uno de frente, era primavera y estaba hambriento porque acababa de salir del letargo invernal así que me persiguió por entre los árboles hasta que me vi obligado a trepar a la copa de un roble con la agilidad de un gato para no ser devorado, si no hubiera sido así en este momento no estaría hablando con usted. Cuando estaba arriba, agarrándome con todas mis fuerzas a una rama, el oso se puso de pie, abrazó el árbol y empezó a balancearlo de derecha izquierda y de izquierda a derecha con una fuerza descomunal que como era un tronco delgado y joven se doblaba con facilidad. Pero yo me mantuve firme, agarrado como una lapa hasta que la bestia se cansó de jugar y se fue en busca de una presa más fácil.

La historia me pareció un poco fantástica a juzgar por la forma de narrarla, con tanto dramatismo en los gestos y en la voz, pero fingí creerla porque me divertía, así que le di pie para que continuara.

-Normalmente no hay osos por aquí, solo aparecen de vez en cuando. Vienen de Asturias, del Valle de Somiedo, casi siempre en primavera cuando acaban de invernar, entonces es cuando están más hambrientos y recorren grandes distancias en busca de alimento. Pero en Agosto es difícil verlos, perdone que no acabe de creerle señor cura.

-Pues yo te aseguro que hoy he visto uno.- Repuse ofendido.

-Vale, vale, si usted lo dice será cierto, pero hace años que no se veían por estas fechas. Ya verá que revuelo se va a armar en el pueblo cuando lo contemos, nadie se va a atrever a traer el ganado a pastar.

-Y tendrán sus razones, por eso les tenemos que informar.- Aseguré contundente.

Rogelio siguió golpeando el tronco de haya que al fin se desplomó, luego limpió el tronco y una vez libre de ramas lo cargó al hombro y vino a reunirse conmigo por el camino.

-¿Qué vas a hacer con eso?- Le espeté en seco.

-Este tronco es para hacer madreñas, la madera de haya es la mejor porque no se astilla. Pero como es tan escasa tengo que venir hasta aquí para encontrarla, por los alrededores del pueblo no queda.

La tarde se iba extinguendo, el sol se había retirado ya de las más altas cumbres por lo que consideramos que era prudente descender hacia el pueblo con paso ligero sin reparar en la belleza del paisaje, sustituyendo esa belleza por la belleza de las historias de Rogelio.

PAISAJE DORADO

El paisaje se transformaba al final del verano, el verde esmeralda daba paso al dorado, los campos donde había crecido el trigo quedaban olvidados durante un año, convertidos en barbecho y los prados segados rebrotaban con las primeras lluvias otoñales, las flores se iban rindiendo al ciclo natural y caían derrotadas dando paso a las vainas y semillas, y en las brañas las diferentes especies de árboles llegaban a la plenitud de sus ramajes y se abrazaban fraternalmente. Abetos, enebros, avellanos, arces, acebos, sauces, fresnos, robles, hayas, etc., convivían armoniosamente cobijando igual número de especies animales desde las pequeñas ardillas hasta los corpulentos osos.

Pero el paisaje dorado, los campos amarillos de barbecho, el amarillo de las hojas otoñales, el dorado de arcas repletas de grano y el dorado de los tejados de las pallozas recién techadas con paja nueva, daría paso al blanco inmaculado uniforme, de las nieves.

Durante el primer verano que pasé en Campo del Agua observé con asombro la realización de las tareas campestres, el derroche de sudor, de energía, que me parecía inhumano, absurdo.

Llegué a pensar que no respondía más que a la falta de inteligencia y conocimientos, a la falta de organización. Me resultaba difícil comprender porqué se empeñaban en obtener un puñado de heno en el lugar más inaccesible, acarrearlo sobre las espaldas porque era la única manera de llegar, porque ni el carro ni ningún animal aparejado tenía acceso a ese lugar. El esfuerzo titánico no compensaba con tan pocos resultados, eso era cierto, pero cuando la supervivencia está en juego, no se puede escatimar en esfuerzos. Lo único que contaba era tener un bocado de heno más para los animales cuando el crudo invierno se aposentara con su manto blanco del que era imposible librarse. Era necesario estar preparados para afrontarlo y para eso nada mejor que las arcas llenas de grano y patatas y el pajar a rebosar de hierba seca para los animales. Era la mejor garantía de supervivencia.

¡Tanto esfuerzo para conseguir alimento para el ganado! ¿No sería mejor vender las reses en otoño en cualquier feria y comprar animales nuevos en primavera?. No. Nadie compraba animales en Otoño, si lo hicieran sería a un precio irrisorio, sin embargo en primavera los precios se disparaban por la abundancia de pastos. Además ¿Cómo podrían desprenderse de las magnificas vacas, criadas casi con el mimo de un hijo, inteligentes, adiestradas y conocedoras de todos los rincones y secretos de sus amos, vacas que habían trabajado duro sin

rechistar, que habían abortado tras un esfuerzo titánico al tirar de un carro cargado cuesta arriba o del arado en terreno demasiado duro pero sin dejar jamás a su dueño tirado en la estacada, y ser sustituidas por otros ejemplares que nunca llegarían a parecérseles? Pero no solo el hambre que acuciaba durante el invierno era el único enemigo de los animales. Había otros que aparecían en verano como la mosca.

Lo descubrí un mediodía de Agosto, cuando observé como una hermosa vaca negra cuyo pelaje brillaba bajo los rayos del sol como el azabache andaba enloquecida buscando una sombra.

Era mediodía, el sol inundaba valles y montañas, la arena blanca de los caminos deslumbraba cegadora y mi sombra quedaba reducida al tamaño de la suela de mis zapatos. Un muchacho sudoroso con el rostro lleno de polvo y marcado por los surcos de sudor, corría a toda prisa muy preocupado.

-¿Qué te ocurre, Alberto?- Pregunté.

-Nada Don Arturo, que a La Morena la ha picado la mosca.

-Bueno si solo ha sido una mosca...-Contesté sin entender tanta preocupación.

- Es que no ha sido una mosca cualquiera, sino la mosca, y las vacas cuando las pica la mosca se vuelven locas, son capaces de precipitarse por un barranco, se trastornan y corren sin mirar por donde van hasta que encuentran un lugar sombrío donde protegerse, a ser posible el establo frío y acogedor.- Argumentó Alberto y luego siguió su camino dispuesto a controlar a La Morena.

Seguramente, la mosca que había picado a la Morena sería semejante a la que había picado a La Cordera de D. Leopoldo Alas allá en Asturias o el tábano que, en la Grecia clásica, se clavó en la piel de la sacerdotisa lo, convertida en una vaca blanca, la envenenó hasta el punto de hacerla enloquecer, de tal manera que en su desvarío traspasó el mar Jónico, el delta del Danubio, el Mar Negro, el Bósforo en Crimea, el Cáucaso, atravesó Asia Menor, La India, pasando por el sudeste de Arabia y Etiopía, luego, por el Nilo llegó hasta Egipto, donde, con la ayuda de Zeus, recuperó su forma humana.

La Morena no habría ido tan lejos como lo, era una vaca corriente, habría cruzado, a lo sumo, o algún rebollal o algún bosquecillo de retamas o brezo hasta encontrar un lugar fresco donde refugiarse y recuperar la tranquilidad.

Existía, según la creencia popular, además de la mosca, otro enemigo de las reses, un insecto mucho más peligroso, letal, que atacaba no solo al vacuno sino a todos los rumiantes. Este insecto se le conocía con el nombre de Ra y era semejante a un escarabajo de patas rojas que habitaba en los pastos, entre la hierba para no ser visto. Afirman que era poco frecuente, afortunadamente, pero cuando cualquier

animal lo engullía mezclado con un bocado de hierba, comenzaba a hincharse al instante y moría a las pocas horas, reventado dando señales de insoportable dolor.

A veces, los niños jugaban a buscar “*la ra*”, regresaban satisfechos mostrando una gran colección de escarabajos de diferentes tamaños, formas y colores, pero ninguno podía alardear de haber encontrado uno de patas rojas.

LAS FIESTAS ESTIVALES

El verano era el tiempo propicio para las fiestas, la temperatura era agradable y el cuerpo estaba en su mejor momento vital, el cálido aliento de la luna empapaba hasta el tuétano las almas de una alegría irracional.

Pero el verano era también, entonces, un tiempo precioso que no se podía desperdiciar, tiempo de cosechas, tiempo de recogida y almacenamientos, por eso las celebraciones durante esta estación eran contadas: la fiesta de San Juan, ancestral, rodeada de superstición y connotaciones paganas, la festividad de la Virgen María celebrada el día quince de Agosto, una romería que se disfrutaba en la ermita de Campo Redondo y la fiesta por excelencia, San Bartolomé, el veinticuatro de Agosto, cuando ya el grano descansaba en las arcas y el heno almacenado daba seguridad.

Pero en los meses de Junio y Julio, los campesinos no estaban para celebraciones, ni siquiera acudían a misa alegando que “lo primero es lo primero” y lo primero era asegurar la supervivencia. Participaban de la idea marxista de que solo cuando las necesidades básicas están cubiertas queda lugar para la religión y la cultura, actividades superiores. No es que hubieran leído a Marx, de hecho muy pocos sabían leer entonces, pero esa idea de sentido práctico que habían aprendido con la experiencia, a fuerza de leer un libro mucho más sabio que todos los que ha escrito jamás la inteligencia humana, un libro que contiene todas las verdades y las muestra en toda su crueldad, sin censura, sin prejuicios, sin opiniones subjetivas, en un libro en el que a la vez, eran protagonistas, el gran libro de la naturaleza.

La historia era otra cosa, la historia se desarrollaba fuera y ellos parecían ajenos a ella. Yo mismo había perdido la noción del tiempo histórico. Muy pocas noticias llegaban del exterior. El cartero de vez en cuando sorprendía con alguna carta de algún familiar que había emigrado y en raras ocasiones de algún organismo oficial. Yo era, por lo general quién recibía más cartas, tenía la familia en Salamanca y aunque, recordaba a mis padres y a mis hermanos como algo lejano, distante, me carteaba con ellos semanalmente, y aquellas cartas fueron el bálsamo que me alimentaba, el mejor antídoto contra la soledad.

Me contaban que España andaba revuelta, que había una gran crisis económica pero aquellas noticias me dejaban casi indiferente, producían en mi una frialdad que no iba con mi carácter, me sentía

fuera del mundo descontextualizado, aislado en un paraíso remoto y todo lo que pasaba fuera perdía relevancia.

Los hombres salían a la feria del Espino el día quince de cada mes, allí compraban y vendían ganado, discutían, regateaban y se informaban sobre los precios, eso era suficiente para considerarse informados.

En el año 1930 se produjo la caída de Alfonso XIII, la dimisión de Primo de Rivera, pero eso seguía sin tener, de momento, ninguna repercusión. Ni siquiera los acontecimientos del año anterior, la gran crisis económica, ni la publicación de La revolución de las masas, de Ortega y Gasset, ni el descubrimiento de la penicilina. Los habitantes del pueblo seguían recurriendo al poder de las ortigas como antipirético en caso de fiebres elevadas, al pericón para las infecciones intestinales, al saúco para los catarros invernales y otras tantas hierbas medicinales que les habían sacado tantas veces de tantos apuros, les habían aliviado tantos sufrimientos y otras tantas veces les habían librado de la muerte.

La fiesta de San Juan, marcaba el cambio del solsticio, y la noche corta y calurosa por excelencia se desenvolvía en medio de ritos antiguos más próximos a la magia que a la religión. Ritos inocentes comparados con los de otros lugares en los que las brujas y los demonios parecían surgir de la nada y se celebraban macabros aquelarres que hacían temblar con solo imaginarlos.

Los ritos de la noche de San Juan estaban destinados a evitar el mal, las fuerzas negativas que esa noche se multiplicaban igual como se multiplicaban las positivas. Las fuerzas del universo se respiraban, se sentían en el aire, en el rocío de la noche y solo era cuestión de saber canalizarlas, para bien o para mal. El bien y el mal en constante oposición, recobraban un vigor exagerado esa noche, disputaban poder con más intensidad que nunca, por eso era necesario no quedarse parado, actuar, luchar para no ser víctima inocente de algún negativo influjo, protegerse a base de elementos que la naturaleza ofrecía y el rocío de la noche purificaba.

La naturaleza por estas fechas es pródiga en plantas florecidas, en ramas vistosas, que ostentan su fuerza vital. Algunas de esas plantas y ramas eran las elegidas para proteger las casas, una vez purificadas durante la noche de San Juan, y cuyo poder se hacía extensible al resto del año, hasta que se cerraba el ciclo y comenzaban a carecer de efectividad, entonces era necesario renovarlas.

Las ramas de retama, de saúco, de enebro y las tradicionales campanillas de San Juan eran las principales plantas que se utilizaban contra las malas influencias. Para que su poder benéfico fuera efectivo debían recogerse al atardecer cuando el sol hubiese desaparecido en el horizonte, y ni un solo rayo pudiera interferir en el poder absoluto de la noche. Los ramilletes deberían pasar la noche a

la intemperie, en el exterior de la casa, sin más techo que el cielo raso para que pudieran empaparse de rocío, una bendición directa del divino protector, que siempre alerta, protege a los más débiles contra el mal, siempre errante, siempre a la espera de un objeto donde materializarse

Al amanecer, antes de que se despertara el sol, deberían ser colocados sobre las puertas de las casas adornándolas y al mismo tiempo impidiendo la entrada a los malignos influjos que en forma de brujas, trasgos, demonios, duendes y otras tantas formas podían manifestarse.

Los niños con sus inocentes manos eran, generalmente, los encargados de recogerlas, lo hacían con gran ilusión y alboroto porque estaban deseosos de adornar la entrada de su casa de la forma más bella.

La noche prometía emociones y que hasta los más pequeños tenían licencia para ir tarde a dormir e incluso permanecer fuera hasta bien entrada la madrugada con la excusa de recibir el influjo del rocío de la noche mágica, jugando al escondite entre los arbustos y las sombras, hasta que el sueño les vencía y poco a poco se iban extinguiendo las hogueras. Muchos jóvenes amanecían sumidos en un sueño placentero, revolcados entre la hierba, empapados de rocío y de sudor de tanto bailar al son de una flauta, armónica, acordeón o cualquier otro instrumento musical, de retozar, correr, reír y atizar el fuego de la hoguera hasta perder las fuerzas.

Al amanecer, las mujeres se levantaban para recoger agua purificada que brotaba de los manantiales y arroyos, con ella se salpicaban todos los rincones del hogar, la cuadra y los animales, las arcas y graneros, los ancianos que no tenían fuerza para salir a recibir la bendición del rocío y los bebés ajenos a tanto ajetreo.

Después, cuando el sol inundaba el valle, todos los poderes se la noche quedaban extinguidos, pero los hogares estaban a salvo bañados por el rocío, protegidos con las flores y salpicados por el agua bendita.

Y mientras tanto, yo, un cura de pueblo de tradiciones ancestrales, permanecía relegado a un segundo plano, espectador pasivo, a la espera de que fueran necesarios mis servicios.

Sin embargo, la festividad de la Virgen de la Vega de Olmo celebrada el día quince de Agosto, era eminentemente religiosa. Una romería celebrada en la ermita erguida en su honor, lejos del pueblo, en las faldas de la braña en una hermosa explanada conocida como Campo Redondo, junto al río que desciende callado y tranquilo, deteniéndose a cada paso entre remansos y bifurcaciones para regar los prados de Porcarizas.

La imagen de la virgen era transportada a hombros de cuatro robustas doncellas desde la ermita hasta el pueblo, desde el pueblo hasta la ermita escoltada por una larga procesión de mujeres, hombres, ancianos y niños, que llenaban de sonido el aire entonando bellas canciones y fervorosos himnos.

En el año 1930 la romería fue más hermosa que de costumbre. Habíamos ensayado los mozos y yo, una escenificación teatral, una representación de las batallas entre moros y cristianos y la posterior victoria de éstos. El entrenamiento fue duro y duró todo el verano, pero mereció la pena porque se supo en toda la comarca y la gente acudió desde todos los pueblos cercanos para unirse a la procesión que discurría por la calzada romana lentamente, invadiéndola desde el principio hasta el final, en toda su longitud.

Nunca aquella calzada había sido pisada por tanta gente en un solo día, ni siquiera cuando llegaron los ejércitos de soldados franceses montados en sus caballos durante la invasión napoleónica que, según los viejos, sembraron el terror, pues, se contaban por miles. La calzada fue el escenario de la representación de la batalla entre moros y cristianos, un escenario móvil que acompañaba la imagen de la Virgen que discurría, como siempre, a hombros de muchachas, adornada con flores silvestres, entre la muchedumbre, hasta terminar ante la ermita con la derrota de los moros que no tenían más remedio que convertirse ante la imagen. Había tanta gente que se quedó pequeño Campo Redondo. Los forasteros se subían a los árboles para ver la representación.

El éxito fue apoteósico; los aplausos hacían temblar a la montaña que, en forma de eco, devolvía el estruendo multiplicado mientras los espectadores, curiosos y devotos vertían lágrimas emocionados ante la conversión de los infieles. Una conversión que era también la suya, un romper con el espíritu profano de la fiesta de San Juan.

Aquel año las cosechas se retrasaron, los mozos habían dejado de lado las labores del campo para dedicarse a ensayar la danza. La fuerza de sus robustos cuerpos no dejó de notarse, las mujeres, los ancianos y los niños, más que nunca tuvieron que arrimar el hombro, pero nadie protestó, aquella representación mereció la pena, dio renombre al pueblo en toda la comarca.

De aquello se habló durante años.

La devoción por la virgen era grande pero la ermita era endeble y sucumbió durante el invierno sepultada por un alud. Toneladas de nieve cayeron sobre la frágil construcción. Después, más nieve cayó poco a poco durante el crudo invierno, cuando llegó la primavera y el esqueleto de la modesta morada de la virgen quedó al descubierto, nada se pudo salvar excepto la imagen de la virgen que milagrosamente estaba intacta.

La imagen fue trasladada hasta el pueblo, a la iglesia y la colocamos en un lugar relevante en el altar, junto a la imagen de San Bartolomé con el que compartió protagonismo. Pero la romería dejó de celebrarse y la festividad de San Bartolomé, el día veinticuatro del mes de Agosto pasó a ser la fiesta oficial de Campo del Agua.

Los preparativos para la fiesta eran minuciosos, se llevaban a cabo durante el mes de Agosto en los ratos libres. Las mozas se encargaban de recoser ingeniosamente de manera que el cosido pareciera un bordado, los mantos barrocos de la virgen que durante el invierno habían roído los ratones, de

limpiar y abrillantar los alfileres y otros complementos que la adornaban. Los mozos también tenían su cometido, el de restaurar mediante una capa de pintura las carcomidas imágenes dándoles buen aspecto mediante el colorido.

Pero no solo se presumía de vírgenes y santos adornados. El San Bartolo era una ocasión especial para adornar el propio cuerpo, la propia imagen que el tipo de vida y el sentido práctico dejaba relegada aun segundo plano recobraba importancia y la competencia se volvía brutal.

Las mujeres confeccionaban sus propios trajes, los de sus maridos y sus hijos. Lo hacían en los ratos libres, en esas horas del mediodía cuando el sol se alinea perpendicularmente con la tierra, envía sus rayos con tal intensidad que es imposible permanecer bajo sus dominios y es necesario posponer cualquier actividad campestre. En esas horas los hombres disfrutaban de una placentera siesta y los niños se bañaban en cualquier remanso improvisado para tal fin dejando a las madres un respiro, un tiempo para pensar, para improvisar sus propios modelos y diseños inspirados nada más que en la propia imaginación. Hacían los patrones y cosían los trajes en secreto, escondidas para que las vecinas no pudieran copiar sus creaciones y causaran mayor sorpresa.

Era admirable la variedad de formas y coloridos, las maravillas que aquellas mujeres realizaban simplemente con sus manos y aquellos retales comprados en la feria del Espino con el dinero obtenido en la venta de los huevos y la mantequilla casera, elaborada con sus manos a golpe de pellejo armoniosamente bamboleado.

El camino de la iglesia se transformaba en pasarela donde el público se convertía en modelo y los modelos en público y las miradas, comentarios, cuchicheos y las sonrisas burlonas se cruzaban respondiendo a diferentes emociones, unas veces movidos por la admiración y otras por la envidia.

Lo cierto es que el pueblo parecía transformado de repente, los niños y niñas estaban limpios y guapísimos con sus trajes nuevos, las mozas y

los mozos rezumaban belleza por todos sus poros, hasta los ancianos sonreían con una luminosidad en sus ojos contagiosa.

Pero una vez habían traspasado el umbral, dentro de la nave, los efectos de las miradas de las imágenes, el olor a cera de los cirios que ardían con intención de alimentar la fe parecían transformar los sentimientos y una ola de místico arrebató invadía aquellos corazones que instantes antes, se regocijaban de mundana frivolidad. La alegría continuaba reflejada en los rostros pero era más profunda, más humilde.

Yo también me contagiaba de aquella alegría que, como gotas de un elixir invisible, poblaban el aire y al respirar, se clavaban en el alma.

La primera fiesta de San Bartolomé que celebré en el pueblo recibí una buena dosis de autoestima, me sentí importante y por primera vez pensé que mi presencia allí tenía significado, una validez y una utilidad ya que hasta entonces sentía que relegado, inutilizado en un lugar donde sus habitantes se desenvolvían bien con sus costumbres, creencias y formas de defenderse contra el mal, apoyándose en sus propias tradiciones y recursos.

En los primeros tiempos llegué a dudar de casi todo, de mi capacidad para inducir al buen camino, del valor de mi misión, de la eficacia de mis sermones, de mi sentido común a la hora de cumplir con las obligaciones, de mi poder de persuasión y la capacidad para establecer una buena conexión y transmitir el entusiasmo y la fe. Dudé de mi propia fe.

Pero San Bartolomé me devolvió la confianza. El fervor de la liturgia y la emoción al expresar los himnos, que se elevaban cada vez más, que chocaban contra las paredes, contra los arcos romanos y las bóvedas que parecían a punto de derrumbarse de tanto estruendo, tanto que los murciélagos que habían construido sus nidos entre las grietas de la pared los abandonaban asustados, y que durante la procesión dejaban mudos a los pájaros y a las cigarras que en esas fechas cantan con gran frenesí, disfrutando de los abundantes alimentos y el clima propicio.

Después de la misa, de las charlas y los comentarios sobre quién llevaba el vestido más hermoso, cada uno se retiraba a su casa para disfrutar de una buena comilona en compañía de algún invitado forastero al que se le ofrecía lo mejor, donde no faltaban licores que alegraban el ánimo, aún más. Y cuando llegaba la tarde, la música acababa de hinchar el aire de emociones, las notas surgían de la mano inocente de un acordeonista que con más sentimiento que técnica, esparcía dulcemente embriagando hasta los corazones más resecos.

Dice la leyenda que el acordeón lo inventó el diablo en las profundidades de la tierra y que su música conduce a ellas.

No sé si eso será cierto pero yo acabé creyendo en ello. Tengo mis razones.

El diablo me envolvió con la música del acordeón, me emborrachó de notas maliciosas y me condujo hacia el pecado, hacia el fuego que desde entonces no me permitió ni un momento de sosiego y que atormenta mi existencia con fuertes remordimientos.

Fue una tarde de fiesta y acordeón. El segundo año que yo disfrutaba de la fiesta de San Bartolomé.

Había oscurecido, las parejas se acaramelaban a son de la música dulce, melodiosa, diabólica para mí, para el resto del mundo, dionisiaca.

No debería estar allí, cerca de los placeres mundanos, pero me acerqué movido por la curiosidad, arrastrado por el espíritu festivo, y la música que me fue envolviendo poco a poco, que fue penetrando a través de los poros de mi piel, se fue enredando en mis manos, en mi rostro y en mis pies hasta invadir mi cuerpo entero, penetrándome hasta el alma, hasta subírseme a la cabeza y anularme la razón, hasta que no fui capaz de ver nada más que unos ojos de muchacha que me miraban fijamente, eran unos ojos hermosos en un hermoso rostro, en un cuerpo todavía más hermoso, envuelto en un vestido liviano, escaso, sin mangas, escotado, sin adornos superfluos que ocultaran la belleza natural.

Eran los ojos de Carolina, una joven pastora, tímida e introvertida, solitaria, que hasta aquel preciso instante, no había despertado en mí el más mínimo interés. No parecía despertar el interés de nadie, por eso no bailaba con nadie, observaba como yo, y como yo se emborrachaba de música hasta perder la razón.

Nunca antes me había parecido hermosa; siempre andaba envuelta en insulsos pañuelos que le cubrían la cabeza, que ocultaban su rostro al mismo tiempo que la protegían del sol y el frío de las montañas. Oía a oveja, de tanto andar entre ellas se le había pegado el olor. Pero aquel día estaba limpia y olía a flores, llevaba el pelo suelto y su larga cabellera tapaba a medias lo que el vestido dejaba al descubierto y aquella piel más morena de lo que ella hubiera deseado, vestía su cuerpo.

Carolina danzaba al son de la música, sola, contoneaba su cuerpo dominada por una fuerza que no parecía natural, venciendo su habitual timidez, amparándose, quizá, en la oscuridad. Ningún mozo se había fijado en ella.

Yo si me fijaba, y eso me estaba llevando a la locura y cobijándome en la tenue luz de la noche me acerque a ella y rodee con mis brazos su cintura, ella rodeó con los suyos mi cuello, así danzamos durante mucho rato, embriagados por la música del diablo, por la fuerza de Dionisos, no se bajo que influencia, qué fuerza extraña, pero bailé

como no lo había hecho nunca, (la verdad es que no había bailado desde que era niño), nuestros pies parecían tener alas y nos dejamos llevar por el ditirambo. Sentía cada vez más mío el movimiento de aquel cuerpo caliente y rebosante de vida, en el que adivinaba sus pulsaciones, los latidos de su corazón bajo la piel y la tela delgada de su vestido. No podía pensar en nada, perdía la noción del tiempo, del espacio, de mi condición, viví en la inmediatez, dejé de existir, de ser yo para convertirme en un átomo en armonía total y absoluta con el cosmos.

Aquel cuerpo menudo desprendía un magnetismo hipnotizador. El campo de atracción se reducía cada vez más y me atraía con más fuerza cuanto más cerca.

Una ola de dulzura envolvía todo mi cuerpo desde los pies hasta la cabeza endulzando la saliva de mi boca como el eco de los tragos de anís y otros licores que había tomado durante la tarde, convidado en los diferentes hogares por los que había pasado repartiendo bendiciones.

El aliento de Carolina también desprendía olor a licores dulces pero no me producía repulsión sino todo lo contrario. Su aliento estaba tan cerca del mío, que, ambos se confundían y se exaltaban mutuamente. Las dos bocanadas de aire se unían y se elevaban en el aire como una sola nube indivisible.

Nuestros cuerpos seguían danzando unidos, cada vez más estrechamente, llevados, no sé por qué razón, quizá por una ausencia de todo, quizá ni la música y la tenue luz, ni la presencia de otras parejas que nos arropaban y protegían embriagados quizás también por el mismo influjo, tuvieran la culpa.

Poco a poco la pista de baile fue haciéndose más reducida, nuestros cuerpos unidos danzaban cada vez más cerca de la orilla hasta ser expulsados de ella. Pero seguimos bailando sobre la hierba húmeda, sobre el camino pedregoso, escuchando más lejanas las melodías que el acordeón parecía dedicarnos exclusivamente a nosotros, más lenta, más dulce, para ser oída, no con los oídos sino con el corazón.

Nos fuimos alejando poco a poco, no sé quién llevaba a quién, quizá una nube juguetona nos llevaba a los dos; o el diablo tentador, trasgresor de todas las leyes humanas y divinas. Él fue quién nos buscó un sitio para estar más juntos todavía.

Cuando los primeros rayos del sol empezaban a despuntar nos despertamos sobresaltados por un sonido semejante al de una campana. Pero no era el sonido de una campana sino que provenía del cencerro de una hermosa vaca de color canela que rumiaba tranquilidad con la cabeza apoyada en una traviesa del tabique del establo, junto su ternero, sobre un lecho de paja fresca, proveniente de la última cosecha. La vaca de color canela nos miraba con ojos

pícaros, cómplice de nuestro desvarío. Aquella mirada me produjo un escalofrío, me hizo percatarme de la situación vergonzante en que nos encontrábamos. Carolina dormía todavía, el estridente sonido del cencerro agitado intencionalmente por la vaca no había logrado despertarla, su cuerpo desnudo y dorado casi se confundía con el dorado de la paja que la acogía. El mío mucho más blanco que el de Carolina, relucía, destacaba más sobre la paja, parecía causar cierta comicidad en la mente de la vaca y el ternero a juzgar por su mirada, por aquellos ojos casi humanos, concedores de todas nuestras miserias, de nuestras debilidades, de nuestras bajezas y nuestra hipocresía.

Por eso movió la cabeza, agitó el cencerro para evitar un mal mayor, para que no fuéramos descubiertos por ningún ser humano, eso habría sido mi ruina, sin embargo ellos... morirían guardando el secreto.

Desperté a Carolina con un movimiento brusco. Pareció sorprenderse aún más que yo de hallarse en aquella situación de la parecía no ser consciente.

Igual que a mí, le había fallado la razón. Se colocó el vestido liviano en un instante y huyó despavorida, sin decir palabra. Cerró de golpe la puerta del pajar y se perdió entre las casas de piedra y paja, entre la neblina, sin romper el silencio del amanecer ni el sueño de los que aún dormían oyendo, tal vez, plácidamente en sueños la embriagadora música del acordeón.

Durante los días posteriores en mi mente no había cabida para otra imagen que la de Carolina y mis oídos solo percibían el dulce lamento del acordeón, sobre mi piel la huella de otro cuerpo se dolía como una herida abierta, como un estigma, a veces me parecía como una doble piel que me estrangulaba y a veces como una ausencia, un vacío, algo que al mismo tiempo me comprimía y me faltaba, que flotaba sobre el mío como un fantasma, que escapaba a mi control, una sensación que con el tiempo se fue debilitando pero sin llegar a desaparecer del todo, una sensación unida al sentimiento de culpa, una carga difícil de transportar.

El diablo con sus artimañas me había ganado una batalla y eso me hacía sentirme perdido, humillado, vulnerable.

Durante varios días permanecí encerrado, haciendo penitencia y reflexionando, acariciando la posibilidad de abandonar el sacerdocio, quizá no era digno de él.

Pasados unos días, cuando los nubarrones empezaban a disiparse en mi cabeza y el mundo me reclamaba con sus necesidades, decidí volver a la actividad normal comprobando que mi acción había pasado desapercibida a los ojos de los demás y el mundo exterior continuaba con la calma habitual.

Por las calles reinaba un silencio mayor que de costumbre, la tranquilidad parecía invadirlo todo. Los viejos sentados en las puertas de las casas formaban corrillos fumando un pitillo, hablando de trivialidades y no observé en sus rostros la más mínima mueca de burla o de rechazo. Los niños tampoco se mofaban a mi paso con canciones insultantes y parodias burlescas como era de esperar en una situación así. Las mujeres tampoco chismorreaban más de lo acostumbrado y eso me produjo un gran alivio. Parecía que por el momento no tendría que pasar el mal trago de ser juzgado por la opinión popular; ¡bastante tenía con el tribunal de mi propia conciencia...!

En esta época, final de Agosto, las cosechas se habían recogido casi en su totalidad, el grano descansaba en las arcas a buen recaudo, la gente andaba de un lado a otro con una actitud sosegada tras el frenesí del verano. Hasta los animales estaban tranquilos, las vacas lucían bajo la piel sus carnes que atenuaban la angulosidad de los huesos, algunas estaban preñadas y eso les daba un aire más reposado, las gallinas habían criado a los polluelos y la abundancia de granos escondidos entre el césped de las eras, entre la tierra arenosa de los caminos o simplemente en las espigas que se ocultaban en entre las raíces del centeno en las tierras destinadas al barbecho propiciaban alimento suficiente y días de felicidad.

Pero yo, en el silencio de mis cavilaciones, me debatía entre el ser y el deber y pensaba si algún día podría lograr la paz interior arrebatada por un exceso de locura transitoria, tal vez por sentirme demasiado humano.

OTOÑO

Es más de medianoche, me acabo de despertar envuelto en sudor. Parece que la fiebre ha remitido y pero un temblor incontrolado se apodera de mi cuerpo hasta el punto que no dejo de batir los dientes. Me arrebujó en las sábanas empapadas buscando una postura confortable. Adopto la posición fetal con la ilusión de regresar al útero materno, como antesala de un largo túnel por el que no tardaré en deslizarme. Pero ahora no, todavía no. Ahora tengo que recordar la historia de mi vida.

Mi compañero de habitación es un hombre extraño, parece haber sufrido un gran trauma. Tiene una peculiar forma de mirar, su mirada es una mirada ausente que parece no ver o ver más allá de cualquier ser humano.

No se mueve, no ríe, solo escucha el monótono susurro de mis pensamientos.

¿Que pensaría de mí el mundo si algún día este ser de poderes telepáticos explicara a la humanidad lo que ha leído en mi mente, mis miedos, mis dudas, mis angustias, mis cobardías mis contradicciones, la falsedad y todas las demás miserias que escondidas detrás del hábito me han hecho humano? Me ruborizo ante esta idea. Los hombres no perdonan sus propios vicios reflejados en los otros porque les recuerdan sus propias bajezas.

El hilo de mis pensamientos se ha extraviado durante el sueño, las imágenes oníricas se confunden con mis pensamientos, con los desvaríos febriles y una gran confusión se apodera de mi mente y mi cuerpo escuálido no consigue aplacar los temblores, sino que se hacen cada vez más intensos hasta convertirse en espasmos, el frío va calando en mis huesos, en mis vísceras, en mi alma.

Por fin me decido a pedir ayuda y aprieto el timbre que pende sobre mi cama, justo enfrente de mi nariz. Las palabras de socorro salen de mi boca atolondradas, incoherentes y por un momento tengo la sensación de no ser comprendido, después un delirio más agudo se apodera de mí.

Pero entonces dos ángeles batiendo las alas blancas me despojan de las mojadas ropas que envuelven mi cuerpo, las sustituyen por otras limpias y secas, me envuelven en cálidas mantas y luego desaparecen batiendo suavemente sus alas blancas.

Envuelto en la ropa seca mi cuerpo empieza a reaccionar positivamente, me invade un ligero bienestar y los recuerdos vuelven a mi mente, tranquilos, sosegados, ordenados.

El placentero calor que recobra mi cuerpo se asemeja mucho al calor que despiden las lumbres en las frías noches de otoño.

Me vuelven a la mente imágenes y situaciones, de historias contadas y vividas junto al fuego, historias de otoño, de noches largas y días cortos, de tardes de sol apagado. De un sol que se va alejando para dar lugar a las sombras y se retira sin fuerza.

Septiembre era un mes austero y reposado en un pueblo de montaña, un mes de decadencia controlada, un mes de transición entre el calor y el frío; transcurría lleno de monotonía rota, de tanto en tanto, por alguna tormenta.

El aire en septiembre era más inodoro, ya no olía a heno, ni a mieses, ni a estiércol, ni a flores, solo olía a aire y a tristeza.

La vida no cesaba pero se volvía más lenta después de la fiebre estival, cuando las familias se preparaban para regresar a Aira da Pedra, operación inversa a la que se llevaba a cabo en primavera.

En Septiembre no se vivía ni arriba ni abajo sino en los dos sitios a la vez, las caminatas se sucedían hasta que las familias se instalaban abajo dispuestas a pasar el invierno, solo quedaban en Campo del Agua los pastores, miembros jóvenes de la familia, muchachas y muchachos curtidos por el ejemplo de los mayores, la necesidad, el aire, el sol, el frío y la vida en general, que permanecían acompañando a las reses de vacuno que aprovechaban los pastos hasta que las primeras nieves se apoderaran de ellos.

Si durante el verano las horas de pastoreo estaban divididas entre la mañana y la tarde para evitar la intensidad de los rayos del sol del mediodía, en otoño se invertían las horas, eran las que corresponden a la parte central del día las que se aprovechaban para pastorear evitando las temperaturas extremas de las horas tempranas y crepusculares.

Los pastores en estas fechas debían equiparse bien para vencer las adversidades climatológicas y poseer recursos para enfrentarse a depredadores hambrientos que olfateaban la nieve antes de que asomara, para hacer llevadera la soledad y el miedo a los fantasmas que la mente creaba porque necesitaba llenarla de algo, para combatir el silencio y las horas largas. La imaginación se desarrollaba en contacto con los espesos bosques y se incrementaba aún más recordando las historias que se contaban por las noches cuando se reunían todos. Historias de demonios, de duendes, de aparecidos, de trasgos, de lobos. Historias oídas o inventadas que a veces se mezclaban con una chispa de realidad.

La mantela, una manta impermeable, era imprescindible para resistir, para protegerse del frío y la lluvia. Y la fardela, la bolsa donde se guardaba la merienda que se debía compartir con el perro, siempre con el apetito despierto, al igual que su dueño, pues el aire fresco y

puro despertaba hambre hasta en los muertos. El perro era el mejor compañero, un ayudante de valor incalculable, sin él sería imposible la vida del pastor.

HISTORIAS CONTADAS A LA LUZ DE LA LUMBRE

Los saraos o xuntanzas, también llamados filandones en otros lugares, eran reuniones de vecinos cuya finalidad era contar historias, hacer frente al frío, a las largas noches de otoño o de invierno.

En las noches oscuras el espíritu de supervivencia y de lucha, tan desarrollado y necesario para enfrentarse a la dureza de las condiciones y a la existencia parecía esfumarse, desvanecerse para dar paso a otra dimensión. Una dimensión espiritual, fantástica, próxima al subconsciente, casi onírica, donde las mentes humanas vomitaban sus miedos, sus inquietudes y desarrollaban su lado artístico. El arte de contar historias.

La gente acudía a las casas de los vecinos o de los parientes, se reunían en grupos, alternando el centro de reunión; allí se alimentaba el fuego con unos buenos troncos de roble o con cepos (raíz de brezo que una vez seco constituye un excelente combustible), el ambiente se caldeaba pronto, en parte por el calor del fuego, en parte por el calor humano producido por la exaltación de la espera ante el prelude de alguna historia fascinante, mientras la nieve, la lluvia o la helada, afuera, caían con intensidad.

El fuego chisporroteaba y producía un ambiente de mágico ritual mientras los hombres, con sus boinas ladeadas, apoyados en la cachaba, inclinados sobre las brasas, atizaban el fuego y dibujaban con ella filigranas en las cenizas mientras hilvanaban historias medio verdaderas y las mujeres sentadas en los escaños, albergaban en sus brazos a los niños más pequeños ofreciéndoles el cariño y el calor que durante el día les negaban porque andaban ocupadas realizando faenas de todo tipo, y ellos, ávidos de leyendas, luchaban contra el sueño para no perderse un final imprevisible que casi nunca llegaban a escuchar porque las historias se alargaban tanto que antes de que terminaran sus resistencias se agotaban y caían rendidos en el dulce canto de Morfeo. Los gatos, acurrucados, ronroneando, escuchaban las historias en silencio. Las ancianas hilaban con maestría la lana de sus propias ovejas girando con precisión el uso y la rueca, sin perder el hilo de las historias que se contaban, hilvanando con sus manos la trama de las historias como verdaderas moiras, hilando el destino de los vivos, el destino de un pueblo entero que siempre había sido conducido por el hilo de las moiras.

Además de hilar, en las xuntanzas, también se tejía y se cardaba la lana, actividades tan necesarias como creativas. Las madres enseñaban a sus hijas las técnicas y éstas, las aprendían desde muy

corta edad por eso la dominaban con tanta soltura durante toda la vida.

El manejo de las artes de trabajar la lana más que un trabajo parecía una distracción, un juguete para los dedos femeninos incapaces de detenerse un instante, acostumbrados al trabajo. Pero el juego resultaba de gran utilidad porque era de esta manera como se confeccionaban los vestidos, faldas, refajos, chaquetas, guantes, medias, calcetines, mantas, aparejos para los animales y todo lo necesario para superar el crudo frío de los inviernos.

La lana se convertía en un elemento imprescindible para la supervivencia y las ovejas en animales necesarios, benefactores, callados y generosos.

Las ovejas eran esquiladas dos veces al año, una en primavera cuando asomaba el buen tiempo y se suponía que podían prescindir de su abrigo y otra al final del verano antes de la crudeza del frío. No obstante, recuerdo a una oveja joven temblar de frío y recuerdo también como el pastor compasivo la envolvió en su manta y la arrulló en los brazos hasta que dejó de temblar.

El proceso de la lana desde que abandonaba la piel de su dueña natural hasta que cubría la piel humana era largo y laborioso, un trabajo de mujeres. Eran ellas las que esquilaban las ovejas, las que se encargaban de lavarla siendo necesaria la permanencia en remojo durante varios días. Después se procedía al secado, tarea difícil sin la colaboración de los fenómenos atmosféricos, unos vientos favorables que facilitarían la labor.

Una vez seca, se cardaba para conseguir la textura vaporosa necesaria para poder hilarse.

El instrumento para cardar la lana, estaba formado por dos placas de madera; la parte exterior era lisa y la interior poblada de afiladas puntas a modo de dientes, como si de un enorme cepillo se tratase. Tenía la función de airear la lana, de desapelmazarla, de dejarla vaporosa como un algodón de azúcar.

El ejercicio consistía en hacer girar cada una de las placas en dirección contraria a la otra de manera que los dientes se deslizaran entre los hilos peinándola. La rueca era el elemento más simple, un palo de menos de un metro de largo, fino, pulido, con una pequeña muesca en un extremo donde se enganchaba la lana. Esa era su función, sostener el copo de lana del que emergía un hilo frágil en apariencia, pero capaz de resistir hasta límites insospechados que como una sabia serpiente, se enroscaba en el huso en sincronía con el tiempo y las historias y se apoderaba de él.

El huso era un instrumento de madera tallada artísticamente por los hombres, una pequeña contribución masculina al proceso del hilado. Solía ser un instrumento antiguo heredado de los antepasados, pulido

en sus contornos de tanto rozarlo con los dedos hasta tal punto que el brillo que adquiría del contacto con la piel le daba aspecto de madera barnizada.

El huso adquiría un valor casi totémico, era objeto de culto, resumaba tradición por todos sus extremos, el paso de madres a hijas le daba la fuerza, la energía, le insuflaba vida, estaba empapado en la sabiduría de tantas y tantas mujeres, de tanta destreza que parecía tener la capacidad de girar solo, tenía alma. Alma formada de retales. De los retales de alma que sobre él iban dejando todas las mujeres que procedían de una misma saga.

Las agujas de tejer también eran de madera, estaban hechas con los brotes de tallos jóvenes, preferentemente de sauce, porque es un árbol de tallos muy finos.

Al igual que el huso, las agujas, necesitaban el contacto de las manos femeninas, del roce, del cariño para adquirir el espíritu de los objetos heredados que los convierte en verdaderos tesoros.

En aquellas reuniones nocturnas, exaltadas por un cierto pathos irracional, en las que todo fluía automáticamente, movido por fuerzas que nadie tenía interés en racionalizar, uno se dejaba envolver por aquel aire que parecía electrizado a pesar de que en aquel lugar y en aquel tiempo se carecía de electricidad.

Las historias enganchaban a los oyentes, atrapaban hasta a los más escépticos hasta convertirlos en esclavos del desenlace, dependientes del narrador, que como Sheherezade, las iba alargando más y más para mantener el suspense, para hacerse imprescindible.

Los personajes daban vueltas y se enredaban, se enroscaban en el alma, se fusionaban con ella, se fosilizaban y daban forma al destino de un pueblo escrito al principio de los tiempos y contra el que nadie se había atrevido a revelarse.

Historias verdaderas se confundían con los mitos y leyendas, historias escalofrantes que quitaban el sueño y erizaban el cabello del más valiente o el más escéptico, historias que se grababan en la mente y eran imposibles de olvidar

Al mismo tiempo que las historias se desarrollaba el arte de hilar, las mujeres giraban la rueca, el huso, las agujas y el hilo al compás de las historias, mientras que el humo que salía de los troncos que se iban extinguiendo llenaba el ambiente, lo teñía todo de mágicos matices.

EL PATHOS DE LAS XUNTANZAS

Todas aquellas historias iban calando hondo, y los niños se empapaban de tradición, del subconsciente colectivo que les acompañaría toda su vida, como una reserva que se iba a transmitir a los genes de sus hijos y sus de nietos, más allá de las xuntanzas, y marcando la conducta de las generaciones venideras, de las que se desarrollen cuando ya no queden hogares, ni fuego, ni cepos que alimentarlo, ni contadores de historias.

Los relatos de misterio eran los preferidos de todos, esos relatos que al oírlos, provocaban sensaciones ligadas al placer de sentir miedo, de notar como los personajes tomaban cuerpo o energía, de sentir que estaban presentes, que miraban a los ojos y penetraban a través de los poros de la piel hasta lo más profundo del alma apoderándose de la razón hasta que no quedara la menor duda de su existencia. Estos personajes eran seres misteriosos, procedentes de los bosques espesos, de cuevas inaccesibles situadas en rocas inalcanzables, de los ríos o, incluso del más allá; espíritus de antepasados que regresaban con alguna noticia, alguna duda o alguna cuenta que saldar. El escenario donde se producían los encuentros podía ser variado, bosques, prados, alrededores de los cementerios o las iglesias e incluso las propias casas, pero, por supuesto, tenían ocurrencia normalmente de noche y en solitario. Involucraban, a veces, a los animales, a los que se les atribuía la facultad de ver o presentir antes que las personas presencias extrañas; percepción que manifestaban mediante un extremado nerviosismo, erizando los pelos del lomo. Pero los animales no tenían la facultad de afirmarlo o desmentirlo, lo cual restaría encanto a los relatos y mermaría en gran medida la libertad de la imaginación.

Apenas terminaba un relato, otro nuevo comenzaba a enredarse, hacía rato que luchaba por ser vomitado como un escorpión que muerde el alma y tiene que ser expulsado para poder dormir en paz. Unos y otros debatían sobre quien sería el siguiente en soltar su historia. Historias que a veces se colapsaban, se entremezclaban, se confundían o se contradecían. Era frecuente escuchar:

-“Pues yo un día vi...”.

Y seguidamente alguien replicaba diciendo:

“Eso me pasó a mí el día que...”.

Porque, ¿quién no ha visto alguna vez el fantasma de su padre, de su madre, de su abuela o todos juntos en procesión, eso que en Galicia llaman Santa Compañía, y en esta zona simplemente procesión de

ánimas, o algún duende aficionado a las bromas maliciosas, algún demonio en forma de sombra negra cargado de malas intenciones, cualquier otro ser deforme, extraño y carente de forma lógica?.

Es posible que nadie se creyera del todo aquellas historias irracionales que nacieron in illo tempore y que fueron transmitidas durante siglos de boca en boca,

que han fijado tradiciones y han reforzado costumbres como la de mantener vivo el fuego en todos los hogares en nochebuena porque existe la creencia de que las almas que permanecen en el purgatorio regresan esa noche en procesión, alumbrándose con una vela, deambulan por los caminos y al final de la noche fría se acercan a las casas para calentarse por eso es imprescindible que el fuego esté vivo toda la noche alimentado con troncos de larga resistencia.

Todos los pueblos tienen sus ritos, sus miedos basados en creencias ancestrales, pero en este lugar solitario, incomunicado, situado fuera del espacio y el tiempo, ajeno a los acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo XX, a los conflictos europeos y mundiales, el pasado se confundía con el presente, con esa presencia que da el tiempo sin referencias, sin relojes ni calendarios, ese tiempo que es como una goma que a veces se estira y a veces se encoge, ese tiempo circular que no tiene principio ni fin, marcado por una cultura antigua ligada a la naturaleza y a sus designios. La naturaleza como madre, diosa y escenario donde se dan la mano sus propios hijos, trasgos, duendes, unos dioses que, aunque no son tan humanos y antropomórficos como los dioses griegos, era conveniente tenerlos a favor.

Las xuntanzas servían, no solo para transmitir la cultura, eran además una forma de transmisión biológica. Eran espacios donde las emociones brotaban a flor de piel, donde el sentimiento anulaba la razón y eso facilitaba el enamoramiento.

Los amores surgían a la luz del fuego, envueltos en el halo rojo, mágico y misterioso de la llama que embellecía los rostros ya de por sí bellos, con esa expresión de inocencia que da la fascinación que producen las historias cargadas de ambigüedad, a caballo entre la realidad y la ficción, donde una y otra acaban fusionándose.

Había reuniones especiales para los jóvenes donde no se admitían a los niños ni a los ancianos, donde se contaban historias picantes y terroríficas con el fin de asustar a las mozas que sugestionadas, acabarían viendo monstruos en cada esquina, de manera que aceptaban de buen grado la compañía de algún mozo oportuno dispuesto a arrimarse mucho para espantar a los fantasmas.

En ocasiones se organizaban bailes al son de una armónica.

Los adolescentes más adelantados, dispuestos a transgredir las leyes de la edad intentaban por todos los medios colarse en los espacios de

mayores llevados por la curiosidad, el movimiento hormonal prematuro y rondaban por los alrededores. Los mayores intentaban disuadirlos mediante persecuciones poco fructíferas la mayoría de las veces, por lo que, en ocasiones recurrían a métodos más sofisticados. He visto regocijarse a algunos viejos explicando como una noche asustaron a sus vecinos y a sus hermanos pequeños envueltos en sábanas disfrazados de fantasmas, como los persiguieron por todo el pueblo produciendo un gran griterío.

Aquella noche fue alucinante para unos, excitante para otros y los que urdieron aquella guerra psicológica dicen que no recuerdan otra tan divertida.

LA LOBA FADA

El mito del hombre lobo es frecuente en esta tierra. Existen varias leyendas sobre hombres lobos que tienen como protagonistas a muchachos de los alrededores, que en algún momento de su vida, llevados generalmente, por una gula desmesurada y la avidez de carne infringieron leyes casi sagradas por lo que fueron condenados mediante alguna maldición o encantamiento a convivir con los lobos en los bosque enmarañados y espesos, a adquirir sus costumbres y su aspecto hasta el punto de ser imposible distinguirles a simple vista de los lobos verdaderos.

Pero no solo se contaban historias de hombres lobos, también se hablaba de mujeres lobas, es decir, lobas fadas.

Hay una muy bonita que, según me han contado, ocurrió a finales del siglo XIX. Algunos viejos aseguraban haberla visto en su forma humana, todo lo demás salió de boca de un molinero con el que contrajo matrimonio.

Era una tarde de otoño, fría, gris, de esas en las que se adivina la presencia de la nieve y los lobos descienden a los valles.

Una mujer alta, delgada, con el cabello enmarañado y las ropas rotas, sucias y mojadas atravesó el pueblo. Aunque no parecía temerosa se podía observar en ella, en su rostro un cierto aire de desconfianza y su mirada reflejaba el misterio que dormía en lo más profundo de sus ojos, en el interior de su alma. Un misterio que dejó a todos confundidos y un poco amedrentados. Parecía hambrienta y extenuada como si hubiera recorrido cientos de kilómetros, sus pies descalzos estaban llenos de barro pero no sufrían heridas ni arañazos, parecían estar curtidos a fuera de caminar descalza. Pero las fuerzas le faltaban como si se fuera a desvanecer y apenas podía sostener el pequeño envoltorio que llevaba bajo el brazo y al se aferraba como un naufrago a su tabla de salvación.

Atravesó el pueblo sin mediar palabra con nadie, solo algún que otro gruñido y algún gesto de cabeza fueron los signos de su comunicación. No pidió cobijo a nadie ni nadie se atrevió a ofrecérselo.

Ya se acercaba la noche cuando llegó al río de la Vega de Olmo, allí había un viejo molino afincado sobre el río, en el que vivía un joven molinero.

El molinero dormitaba junto al fuego arrullado por el monótono sonido de la rueda al girar. De pronto oyó unos golpes en la puerta. Se apresuró a abrir pues a aquellas horas crepusculares no estaba acostumbrado a recibir visitas, pensó que alguien debería estar en apuros.

Se quedó sorprendido al ver a la mujer harapienta, desconocida, cuyos ojos animales se clavaban en los suyos. Observó su rostro, la silueta de su cuerpo buscando algún parecido, un aire de familia, alguna saga con quién emparentarla pero no le vino nadie a la memoria ni de su pueblo ni de los pueblos cercanos, aquel rostro era diferente, aquella mujer, sin duda, venía de muy lejos.

Temeroso por la impresión que la mujer le causó pero acostumbrado a la hospitalidad no pudo negarse a ofrecer cobijo a una mujer mojada y hambrienta en una noche que se adivinaba cruda.

Ella, una vez dentro del molino, sin pronunciar palabra, se sentó junto al fuego, se calentó hasta que sus ropas estuvieron casi secas. Después el molinero sacó una hogaza de pan y un trozo de tocino y le ofreció a la mujer. Ella rechazó el pan pero se comió el tocino con avidez de bestia hambrienta, cosa que levantó las sospechas del molinero. Pero él, con cautela y disimulo, fingió no darse cuenta, después disimuladamente se acercó a su alacena y sacó de ella una buena tajada de carne, su reserva de toda la semana. Eso fue suficiente para calmar el apetito de la desconocida, para proporcionarle cierto bienestar. Después, se quedó dormida invadida por un sueño profundo, el sonido del agua al descender y el placer que le proporcionaba el fuego acogedor fueron relajando sus músculos, hicieron el efecto de un bálsamo narcótico; pero eso no fue suficiente para que se desprendiera del envoltorio que sostenía bajo el brazo.

El molinero, sigilosamente, con precisión, se acercó a ella aprovechando el momento en el que parecía que el sueño había llegado al pico más alto y logró sustraerle el envoltorio que lanzó al fuego sin contemplaciones. Ardió con facilidad, el fuego lo devoró con prontitud y mientras ardía desprendía un fuerte olor a piel quemada. Eso hizo que la extraña mujer se despertase, pero el molinero estaba prevenido, se abalanzó sobre ella y la sujetó con todas sus fuerzas, con una fuerza que ignoraba poseer, mientras tanto, ella le propinó profundos mordiscos.

Cuando el fuego hubo consumido hasta el último milímetro de la piel de lobo, pues eso era lo que contenía el misterioso envoltorio, su rostro desencajado buscó entre las cenizas algún resquicio de su equipaje pero no encontró nada. Entonces las fuerzas la abandonaron y cayó derrotada sollozando sobre el escaño. Sollozó durante mucho rato y durante ese tiempo su rostro se fue transformando, adquiriendo una expresión más dulce y al fin habló:

-Tienes mucha suerte de que no haya quedado ni un solo pelo porque si así fuera ahora mismo te hubiera devorado, pero has roto el encantamiento, ya no soy una loba, ahora soy una mujer normal y no tendré más remedio que integrarme en el reino de los humanos.

Poco a poco fue recuperando su aspecto hasta convertirse en una bella mujer, una muchacha encantadora que se casó con el molinero.

LA AVENTURA DEL BISABUELO GERMÁN

Entre las historias consideradas verdaderas estaba la del campesino que llegó con su yegua a las Cortes de León para arreglar unos asuntos de tierras. Se la oí contar a una muchacha orgullosa de su estirpe. Una anécdota que le había ocurrido a su bisabuelo allá por el siglo XIX. Una anécdota que conservaba bastante de verdad a pesar de pasar de boca en boca.

A Conchita le había contado su madre que su padre le había contado, a su vez, la aventura del bisabuelo Germán, un hombre corpulento y fortachón, de carácter

atrevido que una vez decidió tomar las Cortes de León para arreglar unos asuntos concernientes a todos los vecinos, relacionados con los impuestos y contribuciones. Nadie, salvo él, tuvo el valor de llevar a cabo tal hazaña. Pero Germán estaba dispuesto a codearse con el mismísimo rey si hacía falta.

Contaba Conchita que su bisabuelo emprendió el camino montado en su yegua dispuesto a todo.

Durante el camino, largo y desconocido imaginó miles de situaciones, favorables unas y adversas otras, pero las ideas que acudían a su mente no lograron disuadirle y hacerle desistir de su empeño.

Quince días había tardado el bisabuelo Germán en llegar a León con su yegua. Su espíritu quijotesco le dio fuerzas para soportar la soledad y las noches a la intemperie, el hambre, pues los mendrugos de pan y el chorizo de las alforjas se iban acabando. No tuvo más remedio que robar algunas hortalizas y un cordero que asó durante la noche en un monte antes de llegar a Astorga, lejos de la ciudad donde el olor de la carne sobre las brasas no pudiera delatarle, ni levantar sospechas.

Incluso tuvo que enfrentarse a malvados bandoleros cuyos vientres no tuvo más remedio que rajarse para poder continuar su camino.

La muerte de los bandoleros, más o menos justificada, no empañaba la imagen del bisabuelo Germán sino que hacía resaltar todavía más su heroicidad.

Para impresionar aún más, cuentan que iba vestido de soldado de la época de Napoleón, con los pantalones bombachos, abotonados debajo de la rodilla con grandes botones de cuero. Era un traje heredado y conservado como una reliquia, solo para ocasiones muy especiales.

El impacto fue importante en los habitantes de la capital que creían estar viendo un fantasma, un personaje del pasado levantado de su tumba y cuchicheaban y reían a su paso, hasta le siguieron por las

calles formando alboroto como si se tratara de un gran acontecimiento.

Al bisabuelo Germán esta situación le divertía aunque no sabía si era normal o no pues desconocía las costumbres de otros lugares pero se sintió halagado y se dejó envolver por una nube que le ofuscaba el pensamiento dejando aflorar su orgullo y su carácter egocéntrico. Estaba dispuesto a regresar como un héroe y estaba dando los primeros pasos heroicos.

¡Se iban a enterar esos chupatintas que no hacían más que dictar leyes ridículas y estúpidas que no favorecían a los campesinos sino a los que ostentaban el poder de quien era Germán!

Con estos pensamientos recorrió la ciudad, montado, con el torso erguido, sobre su yegua que se contoneaba casi tan orgullosa y altiva como su amo.

A la entrada de las Cortes, ató la cuerda que pendía del cabestro de la yegua, se apoyó sobre la vara que, hasta ese momento llevaba al hombro, dejó caer su cuerpo hacia delante en actitud de relax más que de reverencia y saludó a los guardias que custodiaban la entrada.

-¿Qué quiere usted?- Preguntó uno de ellos ente sorprendido y asustado

-Soy Germán González Poncelas, para servir a Dios y a usted.

Los dos guardias se miraron entre sí, cuchichearon y rieron. Germán no pudo oír toda la conversación pero pudo entender que uno dijo:

-“Educado parece este palurdo”. Luego penetró en el interior del edificio y volvió acompañado de un diputado incrédulo que lo contempló largo rato y por fin dijo:

-Que pase el de los botones de cuero.

En el suelo del edificio retumba el taconeo de las madreñas que le daban un aire de esbeltez al elevarlo unos centímetros del suelo, le hacían parecer más alto aún pues era, de por sí, de estatura elevada por lo que sobresalía su cabeza por encima de los demás allí presentes.

Su entrada produjo un silencio absoluto, todos los rostros quedaron estáticos y las miradas fijas en él.

El bisabuelo Germán fue como una aparición y él consciente de ello se dejó observar. Las miradas recorrieron su cuerpo de arriba abajo, desde las madreñas hasta la boina, los dos complementos que desentonaban con el traje y por fin se detuvieron en el cuello donde un bulto le afeaba a los ojos de los espectadores. Era un problema de la glándula tiroides que afectaba a menudo a la gente de montaña, seguramente, debido a la falta de yodo.

Aquellos hombres de pluma, de leyes y política, seguramente se habían sentido diminutos ante su entrada triunfal, ante tanta magnificencia por lo que el descubrimiento del bulto de su cuello

supuso un gran hallazgo, habían encontrado un punto débil, algo de lo que podían burlarse.

Después de un largo silencio uno de los diputados con gran malicia y picardía, con la intención de dejar en evidencia al pueblerino, urdió una estrategia para que todos pudieran verlo con facilidad y luego regocijarse con una gran carcajada.

-¡Mire señor campesino, mire cuantos ratones andan por el techo!

Pero Germán no levantó la cara para mirar al techo como era de suponer, era un hombre de campo y a los hombres de campo no se les engaña con facilidad, había comprendido muy bien la broma y las intenciones del hombrecito gracioso así que sin levantar la vista contestó con gran calma:

-Me extraña que aquí haya ratones habiendo tantas aves de rapiña.

Aquello fue un mal comienzo para entablar alguna posible negociación, pero, a juzgar por el entusiasmo con el que se transmitía la historia, daba la impresión de que el trámite, carecía de importancia, que lo relevante de la historia era la aventura y la lección que aquel ignorante campesino había dado en aquella reunión de engreídos diputados.

EL CASO DE LA MUJER AUDAZ

Según decían los contadores de historias, no hace muchos años que una mujer murió en el cementerio mientras clavaba la rueca en la tierra como prueba empírica de su proeza.

Esta mujer presumía de ser más valiente que cualquier hombre. No solo tenía un valor envidiable para enfrentarse a los espíritus sino que, además, poseía una poderosa fuerza física y habilidad para la lucha con los vivos, había vencido a casi todos los hombres que habían osado a desafiarla en la lucha cuerpo a cuerpo, entretenimiento frecuente entre los varones del pueblo en las ociosas horas en la que la vida parecía congelarse.

Una noche, tras exponer cada uno de los presentes su historia fantástica sacando lo mejor de las reservas de la imaginación, cuando la mayoría de los rostros permanecían inmóviles, sin atreverse a girar un ápice por el temor a encontrarse con un rostro desconocido, temiendo que aquellos personajes y las situaciones que acababan de inventarse pudieran volverse reales en cualquier instante.

Sin embargo, Lucrecia, la mujer valiente, estaba dispuesta a mantener su prestigio incluso en situaciones difíciles, así que cuando algunos contertulios decidieron retarla a que

se superara a sí misma, no lo dudó ni un instante. Además de aceptar el reto decidió apostar un cántaro de vino porque tendría mayor estímulo a la hora de llevar a cabo la hazaña.

Pasaba de las doce y la noche era oscura como boca de lobo y el aire era tan frío que congelaba la respiración pero, nada de eso podía detener a Lucrecia, estaba decidida a demostrar a todos, una vez más su valor.

Abandonó el calor del hogar, el arropo de sus compañeros y se lanzó a la oscuridad de la noche con el ánimo exaltado mientras el viento se ensañaba con sus faldones que rozaban el suelo y le gritaba al oído monstruosidades, pero ella no escuchaba a nadie, no temía a nada. En su mano derecha empuñaba la rueca como única arma, como única compañía, como único testimonio de que su proeza sería realizada sin trampas.

La rueca que agitaba en el aire en señal de desafío sería clavada en el campo santo en un lugar indeterminado para que sus contrincantes pudieran verificar que el pacto se había cumplido.

Mientras tanto, los componentes de la xuntanza aguardaban con la sangre helada el desenlace, imaginando sombras, monstruos y peligros a su alrededor, con el pelo erizado solo de imaginar. A medida que avanzaban las horas, en los corazones de todos crecían los

temores, en silencio al principio, luego afloraron verbalmente aunque los pensamientos eran confusos y las opiniones diversas.

-¿Le habrá pasado algo? - Preguntaban unos y otros opinaban que se habría ido directamente a casa, otros que, tal vez jugaba al escondite, y otros, simulando hablar en broma, ponían de manifiesto sus temores y sus fantasías diciendo que, tal vez, se habían abierto las tumbas y se la habían tragado como castigo por atreverse a desafiar al más allá. Aguardaron más de dos horas el regreso de Lucrecia pero en vistas de que no volvía decidieron ir a buscarla equipados con antorchas que el viento apagaba a cada instante. El valor flaqueaba en la mayoría de los mozos y ancianos pero aquello no era una apuesta, ni un reto, aquello era un acto necesario, de humanidad, una búsqueda, y para eso no había excusa.

A la luz de las escasas antorchas que permanecían encendidas, pudieron ver que las puertas del cementerio estaban abiertas y no muy lejos de la entrada un cuerpo tendido en el suelo. Efectivamente, era ella, Lucrecia. Había clavado la rueca en la tierra tal como había convenido, pero lo que no estaba previsto es que la rueca se clavara a través de su falda larga y voleada lo que le impidió abandonar el lugar. La sensación de estar presa, de ser retenida por una mano surgida de las entrañas de la tierra donde yacían sus antepasados, amigos y enemigos, seguramente fue tan fuerte que le produjo una muerte instantánea.

Este hecho, al parecer real, es un buen ejemplo para los soberbios, los osados, los que con afán de protagonismo, sienten deseos de desafiar al más allá, de burlarse de lo prohibido, de las creencias que forman el pathos, el sentir de un pueblo que se mueve en una línea difusa, que oscila entre lo verdadero y lo falso, entre la consciencia y el inconsciente, entre lo real y lo sobrenatural, entre la conveniencia y el miedo, entre el mundo de los vivos y el reino de los muertos.

BAJO LA NIEVE

Aquella mañana amaneció grisácea y lenta, envuelta en una sutil neblina que coronaba las montañas. A medida que discurría la mañana se fue haciendo más plácida, con esa placidez que traen las nieves cuando empiezan a caer, que ralentizan el fluir de la sangre, que obnubilan el cerebro y el corazón mientras los copos esponjosos, delicados como mariposas, hipnóticos, aceleran su ritmo y en pocos minutos atrapan las almas.

Lo sabían bien los pastores de las montañas. Sabían que cuando llegaba Octubre, debían estar preparados para la estampida, con los aparejos a punto y antes de que se desplomara el primer copo de nieve, descender hacia Aira da Pedra, después podía ser tarde.

Si arreciaba a nevar en pocos minutos el camino se cubriría de nieve adquiriendo un grosor exagerado.

Los lobos instintivos, viscerales, videntes por excelencia, descendían de las cumbres de las montañas y rodeaban los caminos al primer síntoma de nieve, olían el hambre, su compañera inseparable durante el invierno, durante los meses en los que quedaba paralizado hasta el aire y anulado el menor rastro de vida.

Entonces, se volvían más agresivos, persistentes, y arriesgados. Abordaban las casas, los caminos, los animales domésticos aunque fueran de gran tamaño e incluso, se atrevían con el hombre.

Por eso era necesario descender antes de que empezara a nevar, incluso antes de que el viento se calmara con esa falsa tranquilidad, preludio de la nieve.

La fuerza del cosmos avisaba de su poder mediante infinidad de signos que era necesario escuchar y respetar, señales del tiempo como las nubes, el color del cielo, el vuelo de los pájaros, etc., eran palabras del universo, el lenguaje que el cosmos utilizaba para comunicarse.

Aquella mañana del mes de Octubre, plomiza, en el paralizado aire dejó sentirse muy temprano la cercanía de la nieve; los pastores escucharon el mensaje.

Andrés aparejó el caballo, unció al yugo las vacas y las ató al carro. Lo mismo hicieron Evaristo, Antonio, Luisa, Ramona y Lola. Teresa solo tenía ovejas y cabras así que muy juntas las sacó del establo, ayudada por sus dos perros, Tabaco y Linda. Se dio más prisa que nunca en arrearlas, sabía que los lobos atacarían antes que de costumbre y la ayuda de los perros, a pesar de su corpulencia pues eran dos mastines, no sería suficiente si se presentaba una manada organizada, hambrienta y encolerizada por el olor de la nieve.

La única que obvió las señales del tiempo fue Francisca. Ella no quiso escuchar las señales atmosféricas ni los avisos de sus vecinos y decidió quedarse un día más. Nadie sabe cual fue la razón que le impulsó a no escuchar los consejos, a no creer en ellos o aún creyendo, a rechazarlos. Pasó el día viendo desde los campos y las veredas descender a los compañeros con sus carros por el camino grisáceo, con prontitud, silenciosos, más ligeros que cuando habían ascendido la última primavera. Los ejes de los carros no entonaban aquel canto chirriante que producía el roce de la madera que ponía los pelos de punta porque por algún mecanismo inconsciente se relacionaba con la muerte. Quizá porque en otro tiempo se trasladaban los muertos en el carro hacía la tumba, por eso el canto del carro sonaba triste, lastimero, como un réquiem.

Francisca se quedó mirando hacia la última curva visible, la curva de El Eirín, los vio desaparecer a todos, uno tras otro con cierta sonrisa en los labios, disfrutando de aquella calma gris que era toda suya. Debió ser esa la razón de haberse quedado, otra es difícil de imaginar. Era una chica un tanto rara, de pocas palabras, solitaria, introvertida y reservada. ¿La había hecho así la vida?, ¿los genes?, ¿su voluntad?... Era difícil saber lo que pasaba por su cabeza puesto que la comunicación con ella era bastante difícil.

Francisca trabajaba como criada en casa de Pedro y Adelina, un matrimonio sin hijos que la tomaron cuando era chiquitita después de la muerte de su padre de fiebre Malta transmitida por la leche mal tratada de una cabra enferma. Su madre había muerto en el parto siendo primeriza por eso el matrimonio la tomó en casa, tratándola más como criada que como hija adoptiva. Ella aprendió pronto el oficio de pastora, a tratar con el ganado y la soledad hasta tal punto que parecía regocijarse en ello.

Pasó todo el día mirando la última curva del camino saboreando la calma con un sopor dulce y melancólico que le permitía el disfrute del aburrimiento.

Al atardecer comenzaron a caer los primeros copos y los lobos aullaban muy cerca así que arreó las vacas con la vara de avellano, las metió en la cuadra y les preparó abundante heno en los pesebres. En el hogar encendió el fuego, atizó unos buenos troncos, preparó un caldo, se lo tomó y se fue a dormir.

Cuando se despertó la nieve sepultaba las pallozas, se divisaban unos bultos que ella con gran sentido cognitivo de las formas podía adivinar. La de sus abuelos providencialmente, estaba menos sepultada que las otras porque estaba situada en el cotarro más alto, gracias a eso, disfrutaba de cierta visibilidad. Cogió una pala y empezó a despejar la entrada tranquilamente, sin prisas, el invierno sería largo, tal vez habría nieve hasta Marzo o Abril, tenía tiempo para hacerlo.

Efectivamente, el invierno fue largo, las nieves se aposentaron con firmeza, las heladas, el frío y las reiteradas visitas de las blancas mariposas grandes como la palma de la mano, que con persistencia admirable consiguieron que aquella capa de nieve que oscilaba entre los ochenta centímetros y el metro y medio de grosor se mantuviera durante meses.

En Aira da Pedra, que también el invierno fue frío y largo pero sin tanta nieve, la vida discurría activa, como un hormiguero, en las noches la gente en las xuntanas, hablaba de la pobre Francisca, de lo que sufriría allí sola con el ganado, los lobos y los fantasmas.

Pedro y Adelina eran los más preocupados, no sabían si tendría bastantes alimentos, si administraría bien las patatas y el centeno, si las vacas habrían parido y tendrían suficiente leche para los terneros y para ella y si el heno recogido en el verano llegaría para alimentarlas.

Con la llegada de la primavera el inmenso lienzo blanco empezó a romperse, poco a poco se fue remendando de verde, los caminos empezaban a ser transitables y el ganado pudo estirar sus músculos, ensanchar sus pulmones respirando aire sin olor a estiércol, la vida empezó a renacer en Campo del Agua. Los primeros pastores que subieron comprobaron con asombro como Francisca y el ganado habían sobrevivido al invierno y como ésta los recibió con la mayor frialdad, con indiferencia.

¿Qué había pasado durante aquel tiempo? ¿Había pasado hambre, frío, miedo...? Tal vez para protegerse se había envuelto en un duro caparazón y ahora se negaba a salir de él.

Los intentos de acercamiento a sus sentimientos, a sus impresiones fueron inútiles. La curiosidad de todos quedó insatisfecha respecto a sus emociones, su mutismo se había incrementado y no hablaba jamás con nadie de otra cosa que no fueran trivialidades.

Las posibilidades de desvelar los secretos del invierno blanco murieron con ella resistiendo a los ataques de curiosidad instigadora y agobiante de los vecinos que sedientos de nuevas historias que alimentaran sus propios miedos insistían en provocarla para que hablara.

Pero Francisca resistió, guardó como un tesoro su secreto. Quizá no tenía nada que contar, o lo había olvidado todo, o lo que había visto oído, sentido y soñado era tan sublime que ninguna mente corriente podría comprender ni ella sería capaz de expresar.

EL TIEMPO DE LAS CASTAÑAS

Los castaños, eran robustos, rugosos, firmes, tortuosos, la mayoría longevos, fecundos, supervivientes en un mundo hostil, como los hombres y mujeres con los que convivían. Sus raíces se perdían en las entrañas de la tierra que los vio nacer.

Los castaños sombreaban las tierras de labranza y cuando en ellas se recogían los frutos maduros, los castaños albergaban los suyos camuflados entre el abundante ramaje de hojas ovaladas, como tesoros dentro de los erizos, cofres de puntas afiladas, para disuadir a los impacientes, a los que no querían esperar a que llegara el tiempo en que, maduros, se abrirían generosamente.

Algunos castaños eran jóvenes y esbeltos como robles, pero la mayoría eran anchos, de troncos inabarcables, de formas caprichosas en las que se reflejaba la calma reflexiva que denota la edad.

Algunos de ellos superaban los trescientos años, habían visto nacer a generaciones de seres humanos, los habían alimentado, a ellos y sus animales ofreciendo su precioso fruto, la castaña.

Entre Octubre y Noviembre los árboles se desprendían de sus hojas amarillas, entonces el aire se poblaba de miles de cuerpos sutiles que danzaban de forma caótica hasta caer a la tierra y convertirse en una alfombra flotante.

Junto a las hojas, el preciado fruto, de piel brillante que imitaba el color del pelaje de los corzos bien alimentados, caía generosamente y las mujeres se apresuraban a recogerlo llenando cestos y canastas, cargando sacos.

Las castañas caían a borbotones, sin espera, por eso era necesario apresurarse a recogerlas porque la competencia era tremenda, manadas de corzos y jabalíes esperaban el momento de saciar su apetito y almacenar reservas suficientes de grasa bajo la piel para pasar el invierno.

El cuerpo, a pesar de estar acostumbrado a inclinarse sobre la tierra, quedaba baldado tras la recogida. La tierra es generosa ofreciendo frutos pero a cambio exige inclinación, reverencia, ese gesto de humildad y de agradecimiento.

Las manos curtidas se ayudaban con unas pinzas hechas de madera cuando algún erizo rebelde se resistía a entregar su fruto.

Los más resistentes se amontonaban en la ericera durante dos o tres meses de manera que, por efecto de la lluvia y la nieve, se pudrieran convirtiéndose en una masa blanda de la que surgía una nueva cosecha de castañas frescas cuando las primeras ya estaban extinguidas.

Las castañas estaban íntimamente ligadas a la lumbre, a las xuntanzas, y al inconsciente colectivo, ellas eran oyentes silenciosas de las historias que se contaban al amor del fuego, ellas callaban y guardaban en su memoria los vestigios de la tradición, de los cuentos de duendes y trasgos, por eso se les ha concedido la categoría de fruto mágico. El fruto que parece querer unificar el mundo de los vivos y el mundo de los muertos, ya que el día del magosto o castañada se celebra coincidiendo con el de los difuntos, sin dramatismo, con alegría y con vino dulce.

Los castaños resistían con resignación las adversidades, las atrocidades que, a veces, produce la negligencia de los hombres como el fuego devastador que encontraba en ellos alimento, las inclemencias del tiempo, la atracción fatal que por ellos sentían los rayos. Pero los castaños se mantenían firmes, con los troncos huecos, vaciados por el fuego eran capaces de echar hojas, de dar fruto, de adoptar nuevas formas en una lucha ígnea por sobrevivir, de albergar vida en su interior, de proteger a indefensas ardillas que sabedoras de su generosidad construían guaridas en el interior de sus troncos.

EL RAYO QUE DESTRUYÓ LA TORRE DE LA IGLESIA

La tormenta de granizo me había sorprendido en el campo junto a los niños, golpeándonos con las frías piedras de granizo que fueron degenerando en gruesos y helados goterones que se calaban hasta los huesos.

Fue una tarde de mediados de octubre, una tarde atípica para aquellas fechas en las que las tormentas de granizo deberían quedar atrás y dar lugar a las de nieve.

Pero aquel año había sido más caluroso que de costumbre y el invierno llegó más tarde.

La tierra había sido sembrada no hacía más que una quincena pero las semillas de centeno, habían eclosionado gracias a la temperatura propicia y los brotes asomaban como dos tímidas orejas de liebre, estrechas y diminutas, por encima de la superficie, procedentes de cada grano de centeno.

Los campesinos observaban sus tierras con orgullo mientras rondaban por los alrededores en busca de troncos y ramas secas imprescindibles para encender el fuego y mantener caliente el hogar durante el invierno, saboreando el futuro triunfo con prudencia. El centeno había nacido bien, parecía robusto y abundante pero le quedaba mucho camino por recorrer. No obstante, el tímido verdor de las tierras labradas producía gran satisfacción y sus dueños olvidaban el sacrificio, el esfuerzo ingente por mantenerlas en óptimas condiciones.

La tierra se araba en el mes de Marzo, después se abonaba con estiércol. Las lluvias primaverales se convertían en perfectos aliados porque ayudaban a que éste penetrara en la tierra fertilizándola.

En octubre se procedía al sembrado esparciendo las semillas de centeno con precisión y sabiduría, lanzando puñados a derecha e izquierda sin perder el compás, con la armonía necesaria para que creciera con uniformidad. Después se araba para enterrar las semillas, para que pudiera germinar sin convertirse en alimento de los pájaros. Después... el tiempo haría todo lo demás. Si era propicio se recogería una buena cosecha durante la semana de Santiago del año próximo, con el sol en su punto álgido, cuando las cigarras ponen en práctica sus dotes de canto.

Aquel día parecía apacible, el cielo oscuro lo envolvía todo, lo llenaba de una falsa calma desconcertante, como si el tiempo se hubiera detenido y nada fuera a suceder en muchos siglos o como si algo muy importante estuviera a punto de suceder de un momento a otro.

Mis discípulos, alumnos aplicados y curiosos, habían aparcado durante unas horas sus quehaceres, las tareas que sus padres le encomendaban como llevar las vacas a pastar al prado, las ovejas y

las cabras al monte, recoger leña, avellanas, bellotas y hojas para alimentar a los animales, arrear sacos de grano hasta el molino y vigilar su funcionamiento hasta quedar hipnotizados escuchando el aburrido y monótono clic-cloc que producían las piedras de granito al girar una sobre la otra, estrujando los granos sin compasión, mientras eran movidas por la fuerza del agua mediante una ley mecanicista, mirando como caía el oro blanco rítmicamente, a borbotones, hasta llenar el recipiente, la harina prometedora de sensaciones, evocando ese olor futuro del pan en el horno que podía sentirse ya porque era un olor familiar.

Luego envasaban la harina en sacos separada del salvado, la transportaban a los hogares y la depositaban en las arcas.

Las tareas que los niños desarrollaban eran múltiples y variadas, podría decirse que no existía ningún tipo de faena que les estuviera vedada. A pesar de sus cortas edades se mantenían ocupados la mayor parte del tiempo, alejados de las clases.

Pero aquel día habían asistido los cuatro alumnos más aplicados: Pedro, Silvia, Patricio y Miguel.

Nuestra clase de lectura al aire libre había comenzado hacía unos instantes, cuando el tiempo, que parecía eterno se rompió de pronto. Primero fue un relámpago que tiñó de azul el aire rompiendo el cielo en dos y después un potente estruendo. Instantes después, inmensas piedras de granito, dispuestas a estrellarse contra nuestras cabezas, empezaron a caer con tanta fuerza que rompieron ramas de árboles antes de estrellarse contra el suelo, en la tierra blanda.

Tras veinte largos minutos las enormes perlas de granizo fueron sustituidas por gruesos goterones helados que penetraban hasta las entrañas y contra los cuales no había protección posible, ni siquiera las espesas hojas del amistoso árbol servían de paraguas.

Ante la amenaza de un nuevo rayo caprichoso, capaz de elegir nuestro árbol protector entre todos los demás, decidimos abandonar el cobijo y salir corriendo a la mayor velocidad que nos permitían nuestros pies para alcanzar lo antes posible el pueblo, algún portal donde refugiarnos. Pero nuestras ropas se empaparon y el frío caló hondo, hasta el tuétano, como esta noche.

Los relámpagos se sucedían unos a otros y los truenos a los relámpagos, un espectáculo sublime se desarrollaba en el cielo, por encima de nuestras cabezas, podría decirse que mis alumnos e incluso yo, disfrutábamos con aquella visión liberando nuestros sentidos pero en un instante el espectáculo se desbordó, una serpentina de color azul metalizado con una aureola de púrpura descendió cerca de nosotros e inmediatamente un sonido ensordecedor nos dejó atolondrados. Fue un sonido estridente,

prolongado, no era un trueno, el trueno había quedado anulado, absorbido por un ruido mucho más ensordecedor.

Nos quedamos sin aliento. En los rostros de todos se reflejaba una expresión en la que se mezclaban la interrogación y el asombro.

Silvia, la más curiosa de todos, fue la primera en reaccionar y abandonando el refugio echó a correr para averiguar lo que había ocurrido, los demás la seguimos y pudimos contemplar la desgracia que nos dejó estupefactos a todos. Yo no podía imaginar, en aquel momento, mayor dolor, mayor decepción ni mayor desgracia.

Se había derrumbado la torre de la iglesia, la sacristía y la nave central. Una nube de humo negro ascendía por encima de un fuego que ardía en la sacristía y se resistía a extinguirse a pesar del efecto de la lluvia.

Varios hombres y mujeres se llevaban las manos a la cabeza y daban vueltas atemorizados, lamentándose, preguntándose: ¿Porqué Dios se estaba volviendo contra nosotros de aquella manera? Hacían al mismo tiempo comentarios y conjeturas que incluían el sentido de culpabilidad, comentarios que iban de boca en boca en forma de rumores relacionados con el adulterio, con embarazos de mujeres solteras e incluso con las injusticias que se cometían en el reparto del agua. Todas estas hipótesis estaban empezando a hacer cavilar hasta a los más zoquetes y los más inmorales empezaban a replantearse la forma de actuar.

El ser humano tiende a buscar culpables para hacer más llevaderas las desgracias, para soportar las injusticias o las formas de justicia que no entiende.

Intenté tranquilizarles argumentando que aquel rayo destructor no era el rayo de Zeus, el arma preferida del dios griego para llevar a cabo su venganza. Nuestro Dios no era Zeus ni se manifiesta por medio de la venganza así que las causas de la caída del rayo sobre la iglesia debían ser otras.

Pero yo tampoco estaba seguro de lo que decía, por alguna razón, pensaba que tal vez tenían razón al pensar que esa forma de arremeter contra la iglesia era una forma de venganza, un castigo por nuestros pecados, especialmente contra mi gran pecado, el transgredir las leyes y cometer pecado de amor.

Contradiendo mis sentimientos y temores que se removían en algún lugar oscuro de mi alma, busqué una explicación racional para romper la tensión del ambiente.

-Fue por la campana. Todos sabemos que el metal atrae los rayos por eso éste vino a estrellarse contra el campanario.

-Debió ser muy potente para derrumbar media iglesia.- Replicó Juana, la madre de Patricio que estaba entre el grupo.

-Si, Juana si, debió de ser un rayo muy potente.- Contesté con la mirada fija en el suelo abatido por la tristeza.

Luego hubo un largo silencio roto, al fin, por una voz temblorosa que procedía de los labios de Silvia:

-¿Cómo es posible que Dios haya enviado un rayo para destruir su propia casa?

Todas las miradas las clavaron en mí inquisitivas, los ojos de todos parecían repetir: "Contesta si puedes".

Pero no podía contestar, estaba demasiado conmocionado para improvisar cualquier argumento retórico que me ayudara a salir del paso así que di media vuelta y me retiré con humildad.

Cinco días después comenzaron las obras de restauración de la torre de la iglesia. Durante ese tiempo no se hablaba de otra cosa y las hipótesis en torno a las razones por las que aquel maldito rayo había elegido la torre de la iglesia para aterrizar eran múltiples y variadas, iban desde lo más extravagante a lo más verosímil y lógico, pero incluso quienes achacábamos el hecho al magnetismo que ejercen los metales con que están hechas las campanas, albergábamos en nuestros corazones una especie de recelo supersticioso.

Había que trabajar a toda prisa, pues el invierno parecía haber llegado de repente después de la tormenta de granizo, aunque la nieve no había empezado a caer podía sentirse su aliento helado sobre nuestras cabezas y las manos se quedaban tías como carámbanos al contacto con el aire.

LOS LIBROS DE MAGIA

Cuando se procedió a la extracción de los escombros que se amontonaban en el suelo de la sacristía un increíble hallazgo puso fin a las diferentes conjeturas que la gente iba sacando respecto a las razones por las que Dios había enviado el rayo a la torre de la iglesia precisamente, y no a cualquier otro lugar. Aquel hallazgo parecía responder a todas las preguntas e hipótesis que respecto a este hecho se habían formulado y además, un misterio mucho mayor quedaba revelado.

Entre los escombros un montón de cenizas grises y húmedas se agolpaban en forma de hormiguero desparramado. La lluvia que había caído inmediatamente después del incendio había evitado que el viento las esparciera. Del montoncito de ceniza sobresalía un trozo de papel y algunos fragmentos de las duras tapas unos libros antiguos. Los fragmentos de las tapas carecían de letras o de cualquier información, el fuego los había ennegrecido pero el trozo de papel parecía dispuesto a desvelar algún secreto.

Me acerqué para tomarlo en mi mano y observarlo. En el momento de rozarlo con mis dedos algunas mujeres emitieron un chillido y los hombres retrocedieron santiguándose, los chiquillos parecían petrificados.

El fragmento de papel que sostenía mi mano, amarillento, ahumado, temblaba en mi mano ante tanta expectación y tanto horror; en él podía verse el fragmento de una figura diabólica y unas letras en la parte inferior del dibujo, una terminación latina manuscrita, una escritura de caracteres góticos que no pude acertar a comprender debido a su escasez, solo había resistido al fuego una terminación: "um" y eso podría haber significado cualquier cosa.

Parecía que lo que lo que se había quemado en el incendio provocado por el rayo, eran libros. Unos libros de los que yo no tenía conocimiento y que seguramente tenían un significado macabro para el resto de la gente a juzgar por las reacciones de todos.

La reacción en masa me decía que aquella gente sabía algo que yo ignoraba y eso me asustaba un poco.

Dejé caer el fragmento de papel que sostenía en mi mano, no sé si voluntaria o involuntariamente y miré a la multitud que permanecía paralizada, en silencio. El fragmento de papel voló por los aires y se depositó a los pies de Antonio, el marido de Manuela, éste, sacó su encendedor de mecha y dio un golpe brusco a la rueda que emitió una chispa, la acercó al amarillento papel que ardió con humildad emitiendo una pequeña llama azulada.

Después de esto, todos parecían respirar más tranquilos.

Retomaron el trabajo de eliminación de escombros, sin miedo a tocar las cenizas, sin ningún reparo, esa era la mejor prueba de que el capítulo había quedado cerrado y concluido. La luz violeta del rayo había iluminado para siempre una historia tenebrosa. Era la evidencia del triunfo de la luz sobre las sombras, del bien sobre el mal.

Pero yo no estaba tranquilo, el misterio de los libros me quitaba el sueño, la curiosidad me mordía por dentro como una víbora y crecía más y más a cada momento que pasaba.

Me dolía la ignorancia en la que había permanecido durante tanto tiempo pues se había cumplido ya el tercer aniversario de mi llegada y me consideraba totalmente integrado como un vecino más y al corriente de todo. Pero me di cuenta que había algo que todos los demás sabían y yo no.

Yo dirigía las obras de limpieza y reconstrucción a falta de otra autoridad más competente, aunque mis conocimientos de arquitectura eran nulos.. Era una dirección más simbólica que efectiva, los que realmente llevaban la batuta en la restauración eran los hombres del pueblo, los que habían construido sus propias casas los que conocían los secretos de la piedra.

La reconstrucción se hizo siguiendo la antigua línea, aprovechando gran parte de los materiales que habían quedado aptos para reciclar. No había tiempo, ni presupuesto para la creatividad, para la introducción de nuevos elementos, solo se contaba con la voluntad y la fuerza de trabajo de los vecinos del pueblo que acudieron en pleno para arrimar el hombro.

Las mujeres y los niños trabajaban con tanta intensidad como los hombres.

Reconstruimos nuestra iglesia con los materiales aprovechables que surgían de entre los escombros, las maderas que los hombres se encargaron de pulir, vigas que guardaban en sus propias casas con algún fin menos urgente, curadas sin prisa tras una correcta recogida, con la luna en cuarto menguante para evitar la proliferación de la carcoma.

En cuanto a la piedra y la losa, las piezas que habían quedado inservibles eran sustituidas por otras extraídas, igual que las que formaban las paredes y los tejados de las casas, de las abundantes canteras que dormían en las azuladas rocas

La pared de piedra se levantaba a una velocidad increíble, era emocionante ver lo que se avanzaba en pocas horas, si se conseguía mantener el ritmo estaría acabada antes de Navidad, antes de que la nieve descendiera de las montañas para cubrirlo todo con su manto blanco obligándonos a suspender las obras hasta la primavera.

Nadie parecía estar dispuesto a darme una respuesta a mis inquietantes cavilaciones, una explicación que pudiera satisfacer mi

curiosidad, así que, una tarde, tras dar la orden de que se reanudara el trabajo después de la comida, me acerque a Jesús el de la fuente que aunque tenía fama de callado porque no le gustaban las bromas chabacanas ni cantaba en las fiestas cuando todo el mundo se hartaba de vino, era un excelente narrador, amigo de conversaciones serias e interesantes y le pedí que me acompañara a dar un paseo.

Accedió gustosamente y antes de que le preguntara nada procedió a darme una explicación:

-Mire D. Arturo, ese fragmento de papel que usted sostuvo entre los dedos y el puñado de cenizas que todos hemos podido observar corresponden, nada más y nada menos, que a un lote de libros de magia negra, libros malditos porque trajeron la desgracia a este pueblo.

Aquella explicación me pareció algo fantástica por lo que interrumpí:

-Es increíble, yo jamás he visto libros de magia y mira que he visto bibliotecas...

Mis dudas no parecieron alterar su forma de pensar ni cambiaron el rumbo del relato así que prosiguió con la explicación.

-Pues ya lo ve, en un pueblo donde no existen bibliotecas sino establos, donde la mayoría de la gente no sabe leer más que en las nubes y en los astros, han permanecido ocultos ciertos libros que más hubiera valido que jamás hubieran llegado hasta aquí.

-¿Quién los trajo?- Pregunté.

-Dicen que un tal Rodrigo, abuelo de Quintín y Remedios, un hombre que viajó por el extranjero. Su familia se enriqueció de manera misteriosa de la noche a la mañana, pero después cayó en desgracia. Sus miembros, que eran numerosos, perecieron en poco tiempo siendo víctimas de accidentes que se produjeron, la mayoría de las veces, en circunstancias extrañas.

-Todos esos cambios de fortuna no obedecieron a otra cosa más que a la magia de los libros.

-¿Sabes que contenían esos libros?

-Dicen que fórmulas mágicas, conjuros para enriquecerse, fórmulas para invocar al diablo. Éste, prometió oro y otros favores, pero a la larga solo trajo desgracias.

-¿Tú crees eso Jesús?

-Todos lo creemos.

-Eso son leyendas de otros tiempos, como las que se cuentan en la xuntanzas.

-El caso es que durante unos años esos libros fueron rodando de casa en casa y por donde pasaban sembraban la desgracia pues el diablo cuando no consigue lo que quiere se venga destruyendo lo que encuentra a su paso provocando enfermedades como la peste y el carbunco que mataran a personas y ganado.

-¿Cómo han ido a parar a la iglesia?

-Eso ha sido cosa de D. Fernando, el cura que estuvo aquí antes que usted. Quintín se los entregó para que los destruyera o anulara la fuerza de los conjuros suponiendo que, siendo sacerdote tendría algún poder sobre el mal. D. Fernando decidió entablar una guerra con el diablo pero casi acabó aliándose con él. Los libros, como a otros vecinos, acabaron por engancharle y estuvo a punto de perder la razón, él mismo llegó a celebrar ritos satánicos siguiendo las fórmulas de los libros de magia, apoyado por algunos hombres del pueblo, los siete más valientes. El diablo logró engatusarles ofreciéndoles tesoros increíbles y privilegios insospechados. Pero el diablo es un embaucador y nada de eso se cumplió, solo el terror y las desgracias se apoderaron de ellos y no les quedaron ganas de meterse en camisas de once varas. Después de aquella experiencia, D.Fernando, recobró la cordura y decidió quemarlos pero no consiguió hacerlos arder por lo que los escondió en un lugar secreto, donde nadie pudiera encontrarlos, los emparedó en la sacristía. Allí permanecieron durante este tiempo casi olvidados hasta que por fin, el rayo divino acabó con ellos. D. Fernando fue capaz de prevenir posibles desgracias que habrían sucedido si estos textos malditos hubieran seguido dando vueltas de mano en mano, provocando reacciones previsibles en los seres humanos como la curiosidad y la ambición.

Mientras regresábamos, por el camino, Jesús seguía empeñado en proseguir con aquella historia que yo no acababa de creerme y me explicaba con pelos y señales el desarrollo de uno de los rituales que se había celebrado años atrás y que había causado gran conmoción en las mentes de los participantes, pues algunos de ellos tardaron mucho tiempo en recuperarse.

JUGANDO CON EL DIABLO

La celebración del ritual se llevó a cabo en la vega de majar, un campo abierto próximo a la iglesia y al cementerio donde ciertas energías hacían propicio el encuentro.

El siete fue el número elegido por el diablo y siete fueron los hombres elegidos, siete las noches en las que debería repetirse el ritual y las negociaciones. .

Los siete hombres se colocaron en corro, unidos firmemente por sus manos. En el centro del corro, el cura, con un libro en las manos, iluminándose con una vela iba recitando párrafos del libro, frases incomprensibles para el resto de participantes, que siendo menos instruidos, desconocían el latín. Cuando las dudas sobre la efectividad del conjuro comenzaban a apoderarse de los más escépticos, el diablo surgió de la nada dispuesto a negociar.

-¿Qué queréis de mí?- Gritó con una voz que parecía surgir de los mismísimos infiernos.

-¡Quiero un carro cargado de oro!- Respondió con autoridad el sacerdote.

-¡Entonces debo robar para ti!- Gritó de nuevo el diablo.

-¡No quiero oro robado, quiero que lo extraigas de fondo del mar! Hay tesoros en los barcos hundidos.

-¡No, yo robaré para ti! Repetía una y otra vez el diablo y una u otra vez contestaba el sacerdote:

-¡No quiero oro robado, quiero que lo extraigas de fondo del mar o de las minas sin explotar!

Por fin, el diablo que parecía cansado de discutir, accedió a extraerlo del fondo del mar, pero con la condición de que el ritual se repitiera durante siete noches, exigiendo que los hombres del círculo aguantaran el tipo y superaran las increíbles pruebas a las que les iba a someter, se mantuvieran firmes, sin romperlo bajo ninguna circunstancia.

Si lo conseguían les sería concedido el deseo sin pedir nada a cambio pero si lo rompían habrían perdido la batalla y, una vez más, quedaría demostrado el poder de las tinieblas.

Aguantaron seis noches soportando imágenes y gritos terroríficos sensaciones espeluznantes, palabras embaucadoras y tentaciones difíciles de resistir pero las soportaron con entereza.

La séptima noche todo parecía indicar el éxito, se oían los chirridos de los ejes de los carros cargados de oro. El sacerdote recitaba con mayor frenesí pero cuando el sonido de los ejes de los carros estaba cercano, un ejército de sombras ecuestres encabezadas por la imagen de la muerte que con su típica guadaña iba cortando cabezas iluminadas por la luz de la luna, se deslizó desde el pico de la Medorra por la

ladera cuesta abajo trayendo consigo un viento enfurecido que apagó la luz de la vela, arranco el libro de las manos del sacerdote que seguía recitando de memoria conjuros ininteligibles para los hombres del círculo y gritaba con todas sus fuerzas para disimular el miedo que le invadía y que hacía que le temblara la voz.

-¡Resistid, resistid!

Pero las manos de los hombres estaban bañadas por el sudor y empezaron a resbalarse, el viento elevó por el aire los fornidos cuerpos de los hombres que componían el círculo y algunos cayeron al suelo sin sentido.

Evidentemente, el círculo se rompió y por eso el diablo no entregó su tesoro.

Cuentan que los participantes del ritual, piezas del círculo mágico, que cuando recuperaron el sentido, observaron que todo había terminado, que no quedaba ni rastro del viento, ni del ejército de sombras, ni de los carros cargados de oro que habían ido llegando tirados por hermosos corceles y que se iban colocando a escasos metros de distancia, en fila, mientras sus cargamentos de monedas y joyas emitían enormes destellos en la penumbra de la noche agudizando la avaricia. Todo se había esfumado. Solo quedaban las risotadas del diablo que se fueron apagando poco a poco en la lejanía de las montañas hasta desaparecer por completo, la oscuridad de la noche, una sensación de desconcierto y la firme convicción de no participar nunca más en juegos satánicos.

INVIERNO

El anciano desnutrido de la habitación contigua se ha callado, se habrá dormido acurrucado en su agonía, o tal vez, su madre, después de tanto llamarla durante la noche, se haya apiadado de él y haya venido a buscarle para llevarle consigo en brazos de mariposa atravesando el amanecer rosado que empieza a despuntar lentamente por encima de los tejados. La lechuza ha detenido su grito desgarrado y se han callado hasta los gatos.

Cuando la ciudad se despierta, a medida que el murmullo cotidiano comienza su canción alborotadora, otra canción más triste, más profunda, más lejana, incomprensible, se apaga; una da lugar a la otra, se suceden en el eterno ciclo, noche-día, vida-muerte.

Vida y muerte, muerte y vida, dos hermanas gemelas, por no decir siamesas, que no pueden separarse una de la otra, que se alimentan mutuamente que liberan una batalla constante en la que no hay vencedores ni vencidos solo dos polos que se encuentran, que se acoplan y se necesitan.

La muerte es, entre todos los dramas el más trágico por irreversible, un drama que envuelve a los espectadores en un sentimiento melancólico y doloroso.

La no aceptación de la muerte se traduce en una serie de actos conmemorativos que recuerdan al ser querido. Una forma de luchar contra ese monstruo que un día u otro vendrá a buscarnos sin excepción como a tantos seres humanos a los que conocí y que, tras aquellas altas montañas, di cristiana sepultura.

NIEVE BLANCA, NEGRA MUERTE

La nieve se había endurecido tras una noche despejada pero en la que la helada había caído con intensidad, el frío era tan intenso que cortaba el rostro como una espada, penetraba a través de los pañuelos que envolvían las cabezas de las mujeres anudándose en el cuello, debajo de la barbilla dejando caer dos largas puntas y los mantos de lana que cubrían sus hombros y se cruzaban en el pecho para anudarse en la espalda. Los hombres se protegían con gruesos chaquetones.

El camino del campo santo quedó señalado por infinitas marcas, como una alfombra con relieves de figuras geométricas, eran las señales que los tacones de las madreñas iban dejando en la nieve endurecida.

Las madreñas elaboradas artesanalmente con madera de haya o de roble, eran un elemento práctico que mantenía los pies aislados de la nieve, del barro y la lluvia.

Las marcas que el cortejo iba dejando se llenaban nuevamente con la nieve esponjosa que iba cayendo del cielo hasta desaparecer por completo.

Eran como las improntas de las manos del anciano que viajaba dentro de la caja de madera, que recorría por última vez el camino que tantas veces había pisado con su propio pie, eran las huellas de su risa, de sus amores, de sus bromas, de sus rencores... huellas que se irían difuminando, como las pisadas en la nieve.

Los lamentos por la muerte del anciano en señal de duelo se fueron convirtiendo en silencio y el silencio más tarde en risas y como las huellas de las pisadas desaparecían en la nieve, la nieve desaparecía bajo el sol convertida en líquido elemento aceptando el ciclo de la vida, la eterna transformación.

Luego los gritos de alegría de un niño de escasa edad que repetía emocionado mientras jugaba con la nieve:

—¡Ha nacido mi hermanito! ¡Ha nacido mi hermanito!

El anciano Joaquín se había quedado entre los muertos, en aquel rectángulo del cementerio exento de nieve donde la tierra oscura perfilaba su tumba en la nieve blanca. Más tarde los copos fueron poblando el rectángulo dándole un tono difuso, a medida que pasaban los minutos y las horas se iba intensificando la blancura hasta hacerlo desaparecer al igual que las huellas de los tacones de las madreñas en el camino. La tumba desapareció bajo la nieve antes de que llegara la noche, sin una cruz, sin un epitafio sin nada que la distinguiera.

Pero no por eso el anciano Joaquín fue olvidado del todo, su memoria siguió viva en las mentes de los que le conocieron.

Sus allegados explicaban a menudo la historia de su vida un tanto aventurera no exenta de riesgos, de triunfos, de desgracias, como si se tratara de un héroe.

POCA FORTUNA

Con el tiempo, Horacio, el niño que acababa de venir a la vida en el mismo momento en el que el anciano dejaba la suya para siempre, escuchaba con naturalidad y hasta con cierto orgullo como Joaquín le había cedido la antorcha de la vida, y sin haberle conocido sentía cierta simpatía hacia su recuerdo, hacia una vida llena de contrastes. Joaquín había ido a Buenos Aires, había emigrado siendo muy joven, en una época en la que nadie se había atrevido a hacerlo, con el propósito de hacer fortuna y mejorar su vida. Lo tenía todo calculado. Su ilusión era ganar el dinero suficiente para comprar muchas cabezas de ganado y establecerse de nuevo en su tierra. La cría de ganado era una forma de explotar aquella maldita tierra, de la misma manera que lo habían hecho sus antepasados más remotos, los celtas, pues para la agricultura no estaban hechas aquellas montañas. Sus contemporáneos trabajaban la tierra porque no había otro remedio pero los resultados no compensaban el esfuerzo.

Para tener ganado era necesario comprarlo, por lo menos los primeros ejemplares, después se multiplicarían por si solos. Pero, ¿Dónde estaba el dinero para la primera inversión?

En tierras de Sudamérica pensó Joaquín, y con estos pensamientos, una buena dosis de valor y media hogaza de pan negro de centeno, tomó el solitario camino y sin volver la vista atrás para no arrepentirse de aquella decisión, se adentró en tierras de gallegas, caminó hasta Vigo donde tomó un barco y surcó hacia Las Américas.

Allí trabajó en la construcción del ferrocarril, aprendió nuevas formas de cultivar la tierra. Alternó con gente de muchos países, de culturas diferentes, aprendió a leer y escribir, a hablar con refinamiento, incluso adoptó muchas palabras del inglés

Los ocho años que pasó en Buenos Aires fueron muy provechosos para el joven Joaquín, despierto, inteligente, trabajador, conocedor de las miserias de la vida y dispuesto a romper con ellas. Su mente receptiva, abierta a todo lo que viniera de fuera, como una esponja se empapó de nuevos conocimientos, de nuevas formas de hacer, de entender la vida y enfrentarse a las adversidades.

Cuando alguien se encierra en algún lugar, en alguna idea, se pasa la vida cometiendo los mismos errores sin darse cuenta, pero él no estaba dispuesto a cometer los mismos errores que sus antepasados. Estaba dispuesto a cambiar algunas tradiciones si eso servía para mejorar la forma de vivir.

Ahorró todo lo que pudo privándose de lujos y placeres a lo que no le costó renunciar porque no los había conocido antes. Pasó cuatro años trabajando de sol a sol, musculando su cuerpo inmaduro, esbelto y

espigado como una vara verde y volvió hecho un hombre fuerte por dentro y por fuera. Se había ido siendo un muchacho y había vuelto siendo un hombre culto educado, rico y guapo, un triunfador. Eso le tenía situado en el punto de mira de todos los vecinos que lo observaban con admiración y envidia. Con más envidia que admiración.

Compró setenta reses de vacuno que pastaban felices por las montañas, después se casó con Filomena, una moza hermosa de negra cabellera y grandísimos ojos color aceituna con la que había soñado desde que eran niños y a la que había prometido matrimonio, en broma, antes de emigrar a Buenos Aires. Desde entonces, los dos habían madurado, la belleza de sus cuerpos y sus rostros se había incrementado junto a la fortaleza de sus almas.

A los pocos meses del casamiento, la figura de Filomena se fue redondeando, la pérdida de esbeltez, en lugar de restarle hermosura le daba un aire de seguridad, de armonía con la tierra, con los rebaños, que iban engordando al mismo tiempo que ella, albergando promesas de abundancia y prosperidad. Pasados los meses se produjo el alumbramiento, vino al mundo un niño robusto y hermoso que fue mejor recibido que otros niños que nacían en hogares pobres.

Pasadas unas horas, Filomena que tan vital se había mostrado en todo momento, empezó a sentirse decaída, sus mejillas, como pétalos de rosa, pasaban de tener el color de las amapolas cuando la fiebre la invadía, al de la azucenas cuando temblaba hasta rechinar los dientes. Durante varios días permaneció en este estado, alternando el frío y el calor en su cuerpo, mejorando cuando la rociaban con hojas de ortiga para liberarla de la fiebre. Pero recaía enseguida, su sangre volvía a encenderse en sus venas intentando vencer la infección que le devoraba las entrañas.

Filomena murió después de siete días de sufrimiento dejando a Joaquín hundido en un profundo pesar, con un niño de una semana que apenas sabía como alimentar.

Contrató una nodriza de un pueblo vecino pues en Campo de Agua no había en ese momento ninguna mujer con un niño de pecho.

Le pagó los reales que le quedaban pues la mujer tenía que venir andando cada día con su hijo en brazos, un bebé de meses al que también tenía que alimentar.

Fueron pasando los meses y la desgracia, que había puesto un pie en su casa se fue apoderando de ella, las reses adquiridas con el dinero argentino empezaron a enfermar y poco a poco se iban contagiando y muriendo hasta que no quedó casi ninguna. Apuró los reales que le quedaban hasta que no le quedó ninguno, entonces la nodriza dejó de venir.

Se quedaron solos, él y el bebé que ya empezaba a sonreír.

Joaquín comprendió que la tierra se había vuelto contra él, contra su deseo de prosperar, de ser feliz.

En el pueblo, unos hablaban de que una maldición traída de América se había apoderado de él, y otros hablaban de una maldición más cercana producto de la envidia despertada cuando las cosas parecían irle demasiado bien.

De una forma u otra estaba como al principio, como antes de emigrar, solo que antes, su corazón rebosaba de alegría y su cuerpo parecía flotar y ahora se hundía en un profundo dolor y aquellos brazos robustos apenas soportaban el peso del bebé que parecía pesar tanto como la pena de su corazón.

Sintiéndose incapaz de criarlo, tras una larga meditación, ensilló la yegua, envolvió al niño en una manta de lana de oveja hecha por artesanos maragatos, subió a la grupa de la yegua con el niño en brazos y emprendió el camino hacia Villafranca.

A pesar de su carácter resuelto y decidido, por el camino le dominaban las dudas, en varias ocasiones estuvo a punto de dar media vuelta, no se sentía con fuerzas para llevar a cabo la decisión de entregar el niño a las monjas de Villafranca con el fin de que lo cuidaran.

Le dolía profundamente separarse de lo único que le quedaba pero por otro lado, pensaba que la separación sería momentánea, hasta que pudiera alimentarse por sí solo y no necesitara tantos cuidados. Después, lo recuperaría e incluso podría ayudarle en las faenas del campo.

Las monjas lo recibieron de buen grado y aceptaron la condición de poder visitarle una vez al mes; él prometió recompensarles con patatas, grano y otros productos de la tierra, tan preciados en aquellos años de escasez.

El trato se cumplió durante un año entero. El niño crecía de acuerdo a su edad, mostraba en su rostro cierto bienestar a pesar de la palidez de sus

mejillas que a Joaquín le parecía excesiva en contraste con sus propias manos morenas y curtidas, palidez que achacaba a la estancia en el convento tan lejos del sol y del aire de las montañas.

Joaquín jamás logró ver el rostro de la monja que cuidaba de su hijo, solo conocía su voz, una voz pausada y serena a la que asociaba el rostro de Filomena. Cuando se alejaba del convento después de la visita se iba tranquilo, imaginaba que detrás de aquellos muros estaba ella, que era ella quién cogía al niño tiernamente en sus brazos y lo adentraba en los aposentos, quien lo consolaba por las noches cuando lloraba amedrentado.

Los visitas se repitieron varios meses de la misma forma, él dejaba el cesto con las hortalizas en el torno que giraba, entonces podía ver a su hijo que sonriente, balbuceaba algunas palabras incomprensibles,

después, la voz serena de la monja que le anunciaba que había llegado la hora de separarse y Joaquín sin rechistar se despedía del niño hasta el mes siguiente.

Un día, cuando las visitas se habían convertido en un acto casi rutinario y parecía que la vida volvía a su cauce poco a poco, la voz serena de la monja al recibirle sonó más solemne que de costumbre.

Presintió que algo iba mal por el tono de voz de la monja, por el largo silencio a continuación del saludo. Después las palabras sonaron como un martillazo:

-Su hijo ha muerto, señor Joaquín.

No podía creer lo que oía, de hecho, no lo creyó del todo jamás. No podía emitir ni una palabra, ni un gruñido siquiera, tampoco podía ver la cara de la monja para saber si le estaba mintiendo.

Cuando se repuso, preguntó con voz entrecortada:

-¿Qué le ha pasado?

-Meningitis.- dijo la monja secamente.

-¿Puedo verlo?

-No. Está enterrado desde hace cuatro días.

Joaquín no sabía que pensar, ni tenía fuerzas para buscar más pruebas que evidenciaran la muerte de su hijo, tal vez tuvo miedo a la verdad. Optó por creer las palabras de la monja, era bueno para tranquilizar ánimo, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Buscarlo? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Qué podía hacer un hombre solo, que había perdido su fortuna y sus ilusiones? Decidió darle por muerto y no volvió a hablar de él.

Hay quien dice que las palabras de la monja le convencieron, que aceptó la muerte como un hecho natural, como un designio divino al igual que la muerte de Filomena, como la de sus padres mientras estaba en Buenos Aires, la de sus hermanos por el sarampión cuando era adolescente, que aceptó la muerte que tanto le había rondado y a la que parecía haberse acostumbrado.

No era raro que un niño de corta edad falleciera víctima de alguna enfermedad como la meningitis, pero los que le conocían mejor comentaban que una sombra de duda se reflejaba en su rostro moreno y taciturno.

DUELO

La muerte de una mujer joven tras el parto o de un recién nacido sin haber tenido la oportunidad de contemplar el mundo, era un hecho frecuente en aquel tiempo, que escapaba a la comprensión de la mente humana, que respondía rebelándose contra las leyes del universo, contra la justicia divina. En esos casos uno no podía pensar otra cosa, sino que la vida y la muerte se habían equivocado, habían errado su punto de encuentro.

Me viene a la memoria el primer niño que nos dejó casi sin haber llegado, el niño que murió a las pocas horas de su nacimiento, sin tiempo para ver la luz, ni para respirar el aire, ni para ser bautizado. Era el cuarto hijo de Palmira, uno más en una familia numerosa.

Me mandaron llamar con urgencia porque respiraba con dificultad. Me apresuré a acudir dada la gravedad del asunto. Cuando llegué, en el interior del hogar había un silencio sobrecogedor, los otros hijos de Palmira parecían haberse quedado sin respiración.

El hogar estaba iluminado únicamente por el fuego que desprendía anaranjadas llamas.

En un rincón del escaño Palmira se balanceaba con el recién nacido en los brazos. Su marido, daba de comer al ganado en el establo.

Tras unos instantes de silencio Palmira habló con frialdad, sin levantar la vista del suelo.

-Llega tarde señor cura, el niño ha muerto.

El niño había muerto sin bautismo y eso me producía un inmenso malestar.

Pero no solo la muerte del recién nacido dejó huella en mi mente, hubo muchas más que me impresionaron por parecerme innecesarias, por inoportunas. Una de ellas fue la de Magdalena, una mujer joven que acaba de traer al mundo a un hermoso niño.

Durante el entierro los sentimientos afloraban con fuerza en los corazones de familiares y amigos. Las reflexiones concluían en una no-aceptación de los designios divinos, en una falta de fe en un Dios que tan injustamente parecía comportarse.

El llanto, los gritos, los lamentos, la rabia, el desconsuelo fueron protagonistas en los días posteriores al entierro, el pueblo se vistió de luto por una mujer joven que dejaba atrás: madre, hermanos, marido, amigos y un hijo indefenso, difícil de amamantar.

Tomás, el marido de Magdalena, en las semanas que duró el duelo fue paliando su dolor con la oración y el recuerdo, en su casa, cada noche se rezaba el rosario lentamente durante horas, repitiendo día tras día la monótona letanía en latín: "ora pro novis", como se hacía

siempre, con una musiquilla plañidera mientras las miradas quietas, observaban como las llamas consumían los troncos.

Los rituales, las ofrendas de pan y vino por las personas fallecidas se llevaban a cabo en las casas de los familiares de los difuntos, a ellas acudían amigos y enemigos, empezaban siendo reuniones serias y en ocasiones acaban siendo espectáculos patéticos motivados por un exceso de vino por las envidias mal disimuladas y los instintos groseros y veces violentos.

No faltaba tampoco quién se sentía alegre tras unos cuantos vasos de vino.

Recuerdo especialmente la alegría de Paco en el ritual de ofrendas por el alma de Pedro. Cuando influenciado por el exceso de vino se dispuso a dejar aflorar sus dotes para el canto y entonó una bonita canción.

-No cantes Paco que mi corazón está triste.- le reprochó con amargura la viuda.

Pero Paco le contestó con un razonamiento lógico. Con la lógica que aplasta la lógica de los sentimientos:

-Hoy es un día grande y debes estar alegre, porque le hemos demostrado a tu esposo que lo tenemos presente, porque si está en el cielo participará de nuestra alegría y si no ha llegado todavía, después de esta ofrenda, tendrá un lugar privilegiado. Así que no debes ser egoísta y alegrarte por él.

Pero Teresa lloraba con amargura. Su llanto respondía a una lógica distinta, la lógica de los sentimientos que brotan en algún lugar fuera de la razón.

Las ofrendas de pan y vino suponían un gran sacrificio para algunas familias en las que, un puñado de niños tenían que renunciar a sus necesidades más básicas a favor de un rito de purificación. La ofrenda servía de despedida, gracias a ella, el alma del fallecido se desprendía de sus cadenas, de los pecados que le pesaban como el plomo, aplacaba su ira, los posibles rencores, y era libre para desplegar sus alas y emprender el viaje.

EL ÁNIMA QUE PROCEDÍA DEL REINO DE LOS VIVOS

Pero el ánimo en pena que vagaba por los caminos, que yo mismo había llegado a ver a pesar de mi incredulidad no parecía susceptible a las oraciones a los ruegos para que abandonara el mundo terrenal. No dejó de verse esporádicamente caminado erguida, con el cabello suelto y las manos elevadas sujetando el cubo de agua sobre la cabeza.

El pueblo se fue acostumbrando a su presencia y las oraciones perdían protagonismo dada su poca efectividad.

Según la sabiduría de los ancianos solo había que tomar una precaución, no cruzarse con ella y eso era lo que hacían los mozos cuando iban a cortejar a sus novias o los que, en verano, salían a regar en los turnos de noche.

Era suficiente con ocultarse en cualquier recodo del camino o bajo un arbusto, silencioso como un gato, muy quieto, controlando los latidos del corazón y dejar que pasara a su ritmo, sin intervenir en su destino, de manera que ella tampoco tuviera razones para intervenir en el nuestro.

Una noche de Diciembre en la que el invierno parecía haber llegado a su punto álgido, haberse superado a sí mismo en frialdad, me despertaron unos gritos agudos procedentes del camino. Los perros ladraban y no tardó en oírse un gran alboroto humano.

Me puse la sotana encima de los calzones y el tabardo encima de la sotana y salí a la calle a reunirme con los vecinos y ver lo que pasaba. Había helado y en aquel momento comenzaba a nevar, una película fina cubría el hielo como una trampa mortal, en ella los pies se deslizaban como si estuvieran provistos de ruedas. Nada más tomar la calle me resbalé y estuve a punto de dar con la nuca en el suelo.

Los gritos habían cedido pero a unos cincuenta metros de mi casa un grupo de gente cubierta con mantas se apiñaba bajo la tenue luz grisácea del cielo próximo al amanecer.

En medio del corro estaba Sebastiana deshecha en llanto, temblando de frío, presa de una fuerte impresión, su cabello negro suelto sobre la espalda discurría libre sin la opresión del pañuelo que normalmente lo cubría.

Una fina manta cubría sus hombros y por debajo emergía el largo camión blanco que le rozaba los pies ocultando las madreñas.

En el suelo, el cubo de agua volcado, sin agua porque al caer el agua se había derramado.

Sebastiana lloraba asustada de sí misma, le dolía la muñeca izquierda pues al caer había recibido un buen golpe. Era incapaz de comprender aquella situación en la que se hallaba.

Padecía sonambulismo desde niña, pero no era consciente de que la llevara a tales extremos. Sabía que a veces se levantaba dormida, se lo habían dicho sus hermanos cuando vivían en casa, pero hacia años que se habían casado y en casa sólo quedaba ella.

Vivía como los demás vecinos, temerosa de encontrarse con el fantasma de la mujer que deambulaba por los caminos durante la noche sin imaginar que ese fantasma no era otro que ella misma. Nadie podía imaginar que la mujer del cubo procedía del reino de los vivos, pero que alimentaba viejas leyendas, antiguas creencias arraigadas en el subconsciente colectivo.

SAN ANTONIO Y LOS ANIMALES

La misma mujer anciana que dirigía los rosarios en las noches de duelo por los difuntos recitaba innumerables oraciones en latín, muchas de ellas aprendidas cuando era niña gracias a su prodigiosa memoria.

Sabía la oración de San Antonio, un privilegio de muy pocos, una oración que pasaba del maestro al alumno oralmente. Pero el alumno era elegido cuidadosamente ya que en él depositaba toda su confianza y el don que suponía el conocimiento de dicha oración. Esta oración era de gran utilidad porque servía para visualizar mentalmente animales perdidos que estaban en peligro y protegerlos.

Cuentan que una vez se perdió una vaca y encomendaron a Carmen la misión de encontrarla por medio de la oración meditativa. Ella, pidió una hora para retirarse a rezar por ella; al cabo de ese tiempo el dueño esperanzado a pesar de que hacía dos días que el animal se había extraviado, quiso saber noticias de su vaca.

-Hemos tenido suerte. Estamos a tiempo de salvarla - dijo Carmen satisfecha. - Pero hay que darse prisa, la vaca está asustada entre dos matorrales junto al río de la Vega de Olmo, quiere volver a casa pero no se atreve porque está rodeada de lobos, de momento se defiende amenazando con coces y cornadas pero cuando se acerque la noche los lobos atacaran de veras y no tendrá nada que hacer, la oración la protegerá, no obstante, es mejor darse prisa.

Armados con hachas y otras herramientas de trabajo, el dueño de la vaca y otros vecinos emprendieron el camino a toda prisa en su busca, con una fe ciega en las palabras de Carmen.

Cuando se acercaban al lugar descrito, se oían los aullidos de los lobos que se hacían más intensos a medida que oscurecía. Las esperanzas de encontrarla con vida se habrían reducido, la fe se habría desvanecido si no fuera porque la eficacia de la oración de San Antonio y la capacidad de visualización de la rezadora estaban más que probadas, habían dado buenos resultados en otras ocasiones y eso era garantía suficiente para tener esperanza. Efectivamente, la oración había servido para proteger a la vaca, porque allí estaba sana y salva, asustada porque la rodeaba una gran manada de lobos que incomprensiblemente no la habían atacado, no le habían hecho ni un solo rasguño. Un hecho incomprensible para un escéptico, para quién confiaba en la oración de San Antonio el hecho estaba claro.

Las creencias religiosas no nacían porque sí, ni estaban desligadas de una cierta utilidad, del espíritu de supervivencia.

La vida del campo estaba estrechamente ligada a los animales, éstos, pasaban a formar parte de la familia y San Antonio era su protector.

No es de extrañar que fuera entonces un santo al que se le tenía gran devoción.

El día de San Antonio se hacía una fiesta muy emotiva, su imagen esculpida en madera policromada era aireada y exhibida en procesión en agradecimiento por los favores recibidos durante el año por la protección de los animales contra el lobo, enemigo principal de los rebaños, el depredador por excelencia.

Después de la misa tenían lugar las ofrendas. Las mujeres se acercaban al altar portando en sus manos lacones, chorizos, huevos, botillos, etc. Al mismo tiempo que hacían la entrega al santo, rogaban con sus ojos ávidos de prosperidad, protección para sus animales, sus cosechas, para sus hijos, para sus maridos y par ellas mismas, depositaban sus tesoros con una reverencia mística, ancestral, como quién sella un pacto indisoluble.

Al final de la jornada el arca donde se depositaban las ofrendas se había llenado considerablemente. Los alimentos curados con aire limpio y la sabiduría de unas manos expertas desprendían un grato olor.

Este acto repetido cíclicamente me hacía reflexionar sobre el destino de aquellos alimentos que corrían el peligro de echarse a perder pero siempre optaba por hacer con ellos lo que durante siglos habían hecho mis predecesores, lo que se esperaba que hiciera, comérmelos.

Para compensar, ofrecía unas cuantas misas gratuitas, esporádicamente, en honor a San Antonio, agradeciendo que las pérdidas en los rebaños, aquel año no fueran demasiado cuantiosas. Eso agradó a la gente del pueblo, pues en eso si fui pionero y fue un punto a favor para ganarme la confianza de los vecinos.

EL CARBUNCO

Hubo un año en que no hubo motivos para agradecimientos, fue un año de desgracias introducidas en forma de enfermedad, una epidemia llamada carbunco a través de una ovejas compradas en alguna localidad más civilizada, en una feria donde la compraventa e intercambios tan útiles para mejorar la raza puede causar estragos cuando lo que se intercambia son microorganismos infecciosos capaces de asesinar a una población virgen, desprevenida, que no tuvo contacto más que con el aire puro de las montañas.

Aquellas ovejas portadoras de la enfermedad tardaron poco tiempo en desarrollarla, en transmitirla a sus semejantes, y al resto de seres vivos con los que estaban en contacto incluyendo a los humanos.

Los más castigados fueron los niños pues tenían menor capacidad de reacción, pero algunos adultos también sucumbieron en las garras de la infección. En algunas familias no sobrevivió ningún miembro. Falleció hasta el perro.

Algunos murieron por ingerir carne procedente de animales enfermos, otros por una simple picadura de una mosca que se había alimentado con sangre infectada.

Fue un tiempo terrible en el que suspendieron las fiestas para dar paso a los entierros, el cementerio se quedó pequeño y fue necesario ampliarlo para acoger tantos cuerpos inesperados y el pueblo se quedó mustio y solitario sumido en un silencio aterrador que se apoderaba de las casas abandonadas.

Fue entonces cuando una historia casi olvidada acaecida cuarenta años atrás, tomó nueva vida, el recuerdo de un escuálido muchacho forastero que un día pasó por allí pidiendo limosna volvió a las mentes de los que lo habían visto pasar con su burra blanca y a la de los que, siendo más jóvenes, conocían la historia sólo de oídas. Su figura estaba casi intacta, casi igual como la tarde en que atravesó el pueblo de punta a punta, entonces una finísima capa de piel recubría su esqueleto; cuarenta años después, bajo la tierra, la fina capa de piel había desaparecido pero sus huesos estaban bien conservados blancos y duros como piedras.

La ausencia de materia susceptible de descomposición bacteriológica y la sequedad de la tierra favorecieron la conservación.

A medida que los hombres ahondaban en la tierra clavando las palas y los picos, la vergüenza iba ahondando en sus corazones ante la falta de consideración hacia aquel muchacho famélico al que no solo le habían negado un mendrugo de pan sino también un lugar digno donde descansar.

Muchos lo vieron pasar cuando en las más altas cumbres de las montañas estaba a punto de ponerse el sol, cuando la noche estaba a punto de caer como un manto negro y gélido, con sus peligros, con las sensaciones espeluznantes que produce el miedo.

Él y su burra no fueron muy lejos, apenas un kilómetro les separaba del pueblo cuando se decidieron a esperar... Un roble joven, delgado como sus propios miembros no debió ser una mullida cama, ni un lugar seguro ni apropiado para recibir la muerte, sin embargo en su copa se sintió bien, se dejó envolver por el manto de la noche, arrullado por miles de sonidos misteriosos que a medida que se iba adormeciendo le parecieron más dulces, más acariciadores y las promesas de felicidad, seguramente, más cercanas.

Cuando llegó la muerte, le pareció buena compañera y la recibió con una sonrisa. Así fue como lo encontraron a la mañana siguiente. Con una sonrisa en los labios, sentado a horcajadas sobre una rama. Los brazos y las piernas colgaban por los lados, casi se confundían con la fina rama que lo sostenía.

De aquel muchacho nadie sabía nada, ni su nombre, ni sus apellidos, ni su procedencia. Nadie lo reclamó jamás.

Los vecinos, después de reunirse en concejo y en vista de que no era nadie, decidieron enterrarlo fuera del cementerio, consideraron que dentro no había lugar para él, las tumbas estaban recientes y no podían levantarse todavía.

El muchacho escuálido parecía haber venido al mundo privado de todos los derechos. Parecía carecer de una familia que llorara por él, de una patria y se le negaba un lugar sagrado para descansar.

Se le enterró fuera del cementerio, aunque lo más cerca posible, junto a la puerta.

A nadie pareció importarle y allí quedó olvidado hasta que el tiempo que todo lo mueve, todo lo gira hasta que pone las cosas en su sitio, se encargó de darle un lugar adecuado para descansar.

Debido a la propagación del carbunco y las muertes masivas que se produjeron por la epidemia, fue necesario ampliar el cementerio, de esa manera, su tumba quedó integrada dentro del recinto como las demás, como las de los que sucumbían víctimas del carbunco.

A Villafranca llegó la voz de socorro pidiendo un médico o un veterinario.

Fue el veterinario el que acudió primero pues, al fin y al cabo, era una enfermedad de animales pero para entonces ya no se podía hacer nada, la enfermedad se había extendido y no había tratamiento posible. Lo único que se podía hacer era incinerar a los animales muertos y enterrar a los seres humanos a medida que iban falleciendo, con prontitud. Evitando el contacto con las víctimas en la medida de lo posible, tomar algunas medidas de higiene como

desinfectar los establos con zotal, al igual que las viviendas donde había habido víctimas y dejar que todo siguiera su curso. Después todo volvería a la normalidad, una normalidad más silenciosa, más sombría.

EL GARROTILLO

Pero el carbunco no fue la única plaga, ni la única enfermedad de los animales que conocí durante los largos años de mi estancia en Campo del Agua.

Recuerdo de manera especial una tarde en la que Manuel me mandó llamar a través de su hijo Darío. El niño se presentó en mi casa a eso de las cinco de la tarde con el rostro congelado y la voz entrecortada:

- D. Arturo, mi padre le pide que venga.

Yo le interrogué con voz pausada mientras intentaba tranquilizarle.

-¿Qué ocurre, Darío? ¿Es muy grave el asunto por el que te envía tu padre?

Darío no me escuchó y se limitó a decir apresuradamente:

- Traiga agua bendita.

Yo obedecí sin hacer, de momento, más preguntas, aunque estaba un poco sorprendido por la urgencia con que era requerido.

Mi sorpresa se incrementó cuando Darío en lugar de encaminarme a la vivienda me encomendó a la pocilga; en la entrada maloliente, Manuel y su esposa contemplaban el cerdo que, tendido sobre la paja, embetunado con una sustancia roja, respiraba con dificultad mientras un espumarajo blanco le caía de la boca entreabierta. Carmen, junto a él, parecía meditar más que rezar.

No entendía nada, no comprendía lo que estaba viendo y mucho menos, el motivo de mi llamada.

- Usted dirá, Manuel, para qué me ha llamado.

Deseaba terminar cuanto antes con aquella situación que me estaba resultando un tanto incómoda.

-Mire D. Arturo, me gustaría que le echara un poco de agua bendita al cerdo, es simplemente precaución. Carmen ya lo ha encomendado a San Antonio, no obstante, el agua bendita le ayudará.- Rascándose la cabeza pensativo, continuó informándome- Yo creo que lo que tiene es garrotillo, si es eso se curará, ya le he untado con el ungüento, pero como está muy mal y parece que no reacciona he pensado que puede ser otra cosa.

-¿Qué quiere decir con eso?- Pregunté con cierta autoridad, cansado de andar con tantos rodeos, esperando que hablara claro de una vez.

-Verá, esta mañana la puerta de la pocilga quedó mal cerrada y este animal que es más travieso que un chiquillo logró abrirla del todo y salió al corral sin que nos diéramos cuenta, se pasó el día por ahí luciendo sus blancos lomos, rollizos en estas fechas tan próximas a la matanza, ante las miradas de todos los que iban y venían.

-¿Sospecha que le ha echado mal de ojo?- Espeté sin más rodeos. Manuel no se atrevía a nombrar la palabra pero sintió un gran alivio cuando yo me decidí a hacerlo.

-Mire señor cura, hay mucha envidia y los ojos de algunos son capaces de transmitir la maldad. Yo no digo que le hayan echado mal de ojo, pero un poco de agua bendita no le hará ningún mal. Tenemos que intentarlo todo, si el cerdo se muere a estas alturas ya no podemos criar otro y el año que viene pasaremos hambre toda la familia.

Les invité a salir y me quedé solo con el cerdo inmóvil, jadeante, que me miraba con los ojos vidriosos mientras hacía verdaderos esfuerzos por seguir respirando. Derramé sobre él unas gotas de agua bendita, mientras recé una oración improvisada pues era la primera vez que me encontraba con un caso así. Recé sin demasiada convicción en lo que hacía pero deseé de todo corazón que el cerdo se curara, lo deseé con tanta fuerza como si se tratara de un chiquillo, las palabras de Manuel y la idea de que la familia pasaran hambre me conmovía. No sabía que debía hacer pero me dejé llevar por lo que me dictó el corazón.

Luego salí de la pocilga. Fuera, Manuel, Encarnación y Darío apoyaban mis oraciones y confiaban en mi bendición.

- Dios se lo pague.- Dijo Encarnación.

- Me alegro mucho de poder ayudar, si es que el cerdo se salva.

Al día siguiente, después de haber pasado una noche intranquila, preocupado por el cerdo de la familia de Manuel, me levanté temprano y me dirigí a su casa para preguntar por el estado del animal, mis pasos me llevaban guiados por un sincero interés.

-¿Cómo está el cerdo?- Pregunté desde la cancilla .

-Muy bien.- Contestó Manuel desde dentro. - Vaya, vaya usted a verlo, da gusto verlo como come.

No podía dar crédito a lo que veían mis ojos, el animal rollizo que devoraba el contenido de un cuenco de madera, mientras gruñía y miraba con aquellos ojos desconfiados en los que no había ni rastro de agonía, no parecía el mismo animal que el día anterior permanecía postrado sobre la paja más muerto que vivo.

No pude evitar sonreír mientras Manuel me miraba con cara de satisfacción. Encarnación y Darío también miraban con satisfacción desde la cancilla.

Me acerqué a Manuel y poniéndole la mano en el hombro le dije sinceramente:

-Me alegro, de que el cerdo haya mejorado tan pronto. Pero dígame, ¿porqué cree que se ha salvado, por el agua bendita o por el unguento ese que llaman mate rojo?-

Manuel tardó un poco en contestar y por fin dijo con desdén:

-No lo sé, eso no tiene importancia. Lo único importante es que se ha salvado.

- ¿Pero no siente curiosidad por saberlo?

-Mire, D. Arturo, yo no me hago esas preguntas, no tengo la necesidad de saberlo todo. Esas cuestiones son para mentes reflexivas y desocupadas como la suya. Yo voy a lo práctico.

La frase de Manuel: “mentes desocupadas como la suya”, hizo mella en mi cerebro, me hizo pensar que quizá debería ocupar mi tiempo en algo así que volví a releer viejos libros de filosofía que no hacían ningún bien a mi debilitada fe.

A veces me sentía como D. Miguel de Unamuno, como su personaje San Manuel, un hombre que ha perdido la fe pero como sacerdote tiene la necesidad de creer para insuflar esas creencias a las gentes que necesitan de ellas para seguir viviendo, para vencer así sus vicios y sus miserias y como él, tenía miedo de desplomarme algún día intentando transmitir algo de lo que, por más que lo intentaba, no podía estar seguro.

Esos libros me envenenaban y al mismo tiempo me daban vida, como un enamoramiento, un amor imposible.

Quería racionalizar la fe, pero la fe, si se racionaliza se pierde.

LA MATANZA DEL CERDO

El cerdo se salvó, llegó a la matanza más rollizo todavía gracias a la abundancia de castañas y otros manjares reservados para el último momento. El cerdo murió pronto, porque la época de las matanzas estaba próxima, pero lo hizo de la forma más natural como lo habían hecho durante siglos sus hermanos de raza.

La matanza se llevó a cabo de forma similar a otras que yo había presenciado. Se realizó en una mañana que amaneció cubierta de diamantina escarcha resistente a los rayos del sol, en una fecha próxima a la Navidad.

Tanta belleza creada en una sola noche para deleite de los madrugadores pasaba inadvertida para el cerdo, verdadero protagonista que, como el pavo de la paradoja de Russell, esperaba la llegada de su amo, como todos los días, con un cubo de estupendos manjares, como lo había hecho desde el primer día que pisó la granja. Pero aquella mañana cubierta de escarcha el amo no vino sólo, le acompañaban varios hombres fortachones con cara de pocos amigos, las mujeres un poco más atrás se frotaban las manos, quizá por el frío, y el perro más atrás todavía con los ojos, encendidos parecía oler ya la sangre. Uno de los hombres empuñaba un objeto brillante, alargado como una hoja de sauce y eso le produjo un escalofrío.

El cerdo retrocedió ante aquella estampa que le desconcertaba, pero fue inútil, los hombres se abalanzaron sobre él. Esperó en vano una reacción favorable de su dueño, de su dueña, del perro con el que había hecho el camino de Aira de Pedra a Campo del Agua y viceversa, con el que había jugado a perseguirse, pero nadie interrumpió el proceso de los acontecimientos. El hombre del cuchillo hizo un movimiento rápido y el cerdo sintió un dolor agudo en el pecho.

Darío, un poco paralizado miraba con los ojos grandes y redondos, estático hasta que su madre le gritó:

-¡Trae el cubo! ¿No ves que está sangrando?

El chiquillo acercó el cubo a la herida de la que salía sangre a borbotones, el cerdo iba apaciguando el llanto. Darío no se atrevía a mirarle a los ojos. De los suyos iban resbalando gruesos lagrimones que se deslizaban por sus mejillas hasta el cubo de la sangre.

Darío recordaba mientras tanto, la tarde en que vino a pedirme ayuda para salvarle la vida o el día en que el cerdo travieso quiso escaparse de la cuadra y al interponerse él en su camino, el muy tozudo metió el hocico entre sus piernas de manera que él acabó montado sobre el lomo a horcajadas. Darío recordaba como intentaba agarrarse

cogiéndose de las orejas del animal pero no las encontraba porque estaba montado al revés, mirando hacia el trasero del cerdo que tomó velocidad de caballo desbocado.

Darío gritaba :

-¡Socorro, socorrooooo!

Por fin, cayó sobre un charco de cabeza. Al levantarse tenía la cara llena de barro, cubierta por una máscara que le daba un aspecto ridículo, por lo que tuvo que sufrir las bromas y las risas de cuantos presenciaron el espectáculo.

Estos pensamientos, la algarabía de la fiesta y el vino caliente que se serviría en la comida para entrar en calor después del despiece le sirvieron a Darío para olvidar su pena y participar de la alegría de la fiesta.

FIESTAS PAGANAS

Las fiestas durante el invierno eran escasas, destacaban la noche de Reyes con el juego del Burro y los carnavales en Febrero, cuando la primavera estaba próxima a despertar.

En los días próximos a la Navidad se disfrutaba con un buen fuego, asando castañas y contemplando a través de la ventana la belleza de los carámbanos que se formaban durante la noche y que, por la mañana, relucían con transparencia de cristal.

En la noche de reyes una costumbre curiosa y ancestral revivía cada año. Jóvenes, viejos y niños acudían al local donde se celebraba el baile.

Cuando la fiesta estaba más animada, las parejas dejaban que sus cuerpos se rozaran y los niños parecían haber olvidado la razón de haber venido, cuando todos parecían haber bajado la guardia, surgía como de la nada un burro formado por cuatro hombres tapados con una manta, dejando al descubierto solo sus piernas y una cabeza de asno tallada en madera, adornada con aparejos para dar mayor realismo al espectáculo que empezaba a dar coces por doquier mientras la gente gritaba entre divertida y asustada. Los niños más asustados que divertidos intentaban subirse a las mesas para no ser pisoteados por aquel artilugio que danzaba en un ritual profano, procedente de una tradición sin memoria, de la que no había conocimiento claro sobre su procedencia.

Tal vez surgió del deseo de romper el ritmo, de combatir el aburrimiento o asustar a los forasteros.

El juego del burro, estaba envuelto en un cierto halo misterioso, nadie se atrevía a tocar la cabeza de madera, el objetivo del juego era mantener alejados a los curiosos.

¿Tenía algo que ver con el caballo de Troya, el caballo que Ulises creó para engañar a los inocentes troyanos? El juego del burro, al igual como el caballo de Troya era un engaño, pero contrariamente, bajo la fiera apariencia escondía un deseo inocente de divertir, de impresionar, de ocultar bajo la fortaleza del burro la debilidad de los hombres.

Los carnavales, fiesta profana por excelencia, tenían mucho de ritual mágico, de tradición ancestral donde se mezclaban elementos celtas con la imaginación popular que con el paso del tiempo había ido evolucionando.

Grupos de mozos extravagantemente vestidos, con el rostro cubierto por máscaras, danzaban por las calles persiguiendo a los que no tenían edad para disfrazarse, porque esa edad había pasado ya o todavía no había llegado.

Las bromas, salpicaduras de agua o ceniza que los enmascarados propinaban a los que andaban realizando faenas más serias, eran bien recibidas aunque a veces suponían un cierto fastidio.

La gracia del disfraz no residía en la belleza o el lujo, la clave estaba en mantener el anonimato, en ocultar la identidad mediante la máscara. Pero en un lugar donde todos se conocían bien era necesario recurrir a otros artimañas, interpretar el papel de otro, cambiar la forma de andar, los gestos y ademanes para engañar a los espectadores que se empeñaban en desvelar la identidad.

El enmascarado del saco debía estar en buena forma física para defenderse de los espectadores empeñados en incendiar el saco lleno de paja que cargaba a sus espaldas. Un buen truco era remojar la paja para que no pudiera arder pero eso era hacer trampa.

El de la ceniza iba lanzando al aire puñados de ceniza, dejando tras de sí una neblina grisácea, un gesto purificador, de renovación.

Cuando llegaba el atardecer y los cuerpos estaban ya cansados de tanto correr y retozar, cuando los ánimos empezaban a aplacarse, se desvelaban los misterios, se descubrían las identidades que se ocultaban bajo las máscaras. Entonces se rompía el velo, se disipaba la neblina que se interponía entre unos y otros.

Después el grupo daba una vuelta por todo el pueblo, pasando casa por casa, esta vez con la cara descubierta, con la finalidad de recoger alimentos necesarios para celebrar una comilona en la que participaban los más jóvenes.

Una comilona bien merecida después de una actuación que, era bastante más que eso. Era tradición, diversión, purificación, renovación, vinculación con la tierra, con los elementos, con la comunidad, desafío a las fuerzas del mal.

CONFESIONES

El recuerdo de Carolina no me ha abandonado en ningún momento, me ha acompañado en cualquier estación, en cualquier lugar, en cualquier trance.

Con el tiempo su belleza se incrementó más todavía a pesar de ser más mustia, más apagada, más melancólica. Una belleza que alcanzó su máximo esplendor, a pesar de la tristeza, el día de su boda.

Carolina se casó con Martín, un joven tímido y solitario como ella, el carácter retraído les unió.

Las familias vieron con buenos ojos este enlace y no dejaban de repetir que hacían buena pareja. Era cierto, su buena compenetración se demostró a lo largo de los años.

El día de la boda el rostro de Carolina estaba sombrío. El mío también aunque trataba de disimular, pero las manos me temblaban al bendecir la unión y un gusano se revolvía contra el destino, mordía con rabia en mi interior.

Hubiera deseado no ser el cura que unía aquel matrimonio sino el muchacho tímido y retraído de rostro colorado y expresión bonachona que decía: "Si quiero", sin percatarse de que mi voz temblaba desde muy adentro y un sudor frío empezaba a apoderarse de mis manos. Nadie notaba aquella emoción que desagradablemente recorría mi cuerpo porque no sospechaban los motivos. Supuestamente los sacerdotes estamos libres de las garras del amor carnal. Lo había prohibido siempre la iglesia, la moral cristiana. Pero una cosa son las prohibiciones, la moral, la razón y otra los sentimientos. Yo luché contra ese sentimiento pero no lo conseguí, mi instinto de supervivencia me ayudó a sobrevivir con él, controlándolo a veces y dejándome arrastrar otras porque la naturaleza reclama su puesto en la vida, se muestra de manera cruel y dando un puntapié a la razón se impone con violencia.

Nadie excepto Carolina comprendía mis sentimientos y las razones por las que trataba de apurar la ceremonia, de terminar cuanto antes con aquella situación tan embarazosa para mí y para ella. Ella sí que comprendía porque sentía el mismo dolor en su corazón, bastó una mirada furtiva, rápida, instantánea, un momento de fulgor irrepetible pero eterno, que nadie podría arrebatarse, para que todo quedara dicho, para que la música del acordeón sonara de nuevo, solo para nosotros, pero esta vez más triste, más amarga, desgarradora. Carolina sonreía intentando parecer una novia feliz y satisfecha. Trataba de disfrazar con una fingida mueca, la sombra de los recuerdos que se aglutinaban en

aquel momento y que danzarían con ella toda la vida, a veces como un tormento, a veces como un alivio.

A mí también me persiguen los recuerdos, su rostro sin tiempo me acompaña, me atormenta y me consuela. Lo veo en mis sueños y en mis delirios y en todos los rostros, especialmente, en el rostro pálido y pecoso de su hija Mercedes que se parece infinitamente a mi hermana Rosa.

Mercedes, la niña que nació antes de que transcurrieran nueve meses del enlace en matrimonio de Carolina y Martín, fue el testimonio firme de un amor que se alimentaba de recuerdos con los que luchaba inútilmente por transformarlos en olvido.

Nada podía hacer contra ellos, la vida se encargaba de potenciarlos a cada instante de mil maneras diferentes, no pude vencerlos. De la misma manera que no pude vencer el amor años atrás cuando ella era casi una muchacha y yo estaba en la flor de la vida.

Entonces mis manos también temblaban cuando la veía a través de la ventana acercarse con un cesto de víveres en la cabeza, luego hacía girar la puerta sobre las oxidadas bisagras al abrirse produciendo un chirrido estridente como una carcajada diabólica. Eso era el chirrido, una carcajada del diablo que se reía porque de nuevo caeríamos en la tentación de la carne.

Carolina me ofrecía con una sonrisa inocente el cesto repleto de víveres que con un gesto elegante lo hacía descender de su cabeza y lo dejaba en el suelo.

Aquellas visitas eran el motivo de mi felicidad y sufrimientos, despertaban en mí tantos conflictos internos, tal sentido de culpabilidad que no tenía más remedio que imponerme serias penitencias, pero, al mismo tiempo, me proporcionaban tantas ganas de vivir que sin ellas, tal vez, no hubiera soportado la soledad y me habría vuelto loco. Claro que aquello también era una locura.

De cara al exterior, el secreto estaba bien guardado, las visitas de Carolina no parecían despertar sospechas ni dar lugar a habladurías. Las visitas estaban justificadas, sus padres se encargaban de venderme víveres para la subsistencia y ella era la portadora. Periódicamente aparecía exuberante cual diosa de la fertilidad y me ofrecía los frutos de la tierra junto con la fruta prohibida de su cuerpo. Cinco largos años de placeres y tormentos, de gozo y arrepentimiento, de firmes propósitos de ruptura, de continuos deslices y más arrepentimiento.

Durante el invierno pasaba largas horas en el confesionario escuchando las conciencias humanas, participando de las angustias y conflictos de los demás, de los deseos reprimidos, los arrebatos producidos por falta de reflexión, por la debilidad de la voluntad, por el miedo y tantas otras cosas a las que se les daba el nombre de

pecados y eso me permitía, en cierto modo, olvidarme de los míos, permitía, que el tribunal de mi conciencia fuera un poco más clemente conmigo mismo. Al fin y al cabo, yo era humano también, tenía derecho a participar de los vicios y virtudes, de la debilidad y la grandeza, de todas las imperfecciones, de todo lo que hace que el ser humano sea eso, humano.

El invierno era la estación propicia la introspección y la meditación, para reparar los daños de los estragos del verano.

Una mañana de Domingo, contemplé una larga hilera de mujeres envueltas en sus mantos cruzados sobre el pecho que esperaba paciente su turno para tranquilizar su alma. Entre ellas pude observar desde la oscuridad, el rostro de Carolina, serio, taciturno, más apagado que de costumbre.

Cuando llegó su turno se arrodilló cabizbaja, y permaneció largo rato así sin abrir la boca. Cuando le pedí que hablara rompió a llorar con desesperado llanto y salió a toda prisa haciendo gran estruendo con sus madreñas de madera al golpear las losas del suelo de la iglesia.

La actitud atípica me dejó intrigado y levantó en mí la sospecha de que se avecinaban problemas, sospechas que fueron pronto confirmadas. Pronto me revelaría la causa del desasosiego, aunque no bajo secreto de confesión, sino, esa misma tarde cuando regresaba de apacentar su rebaño como cada tarde lo venía haciendo desde que tenía edad suficiente para realizar esa tarea.

Esa tarde para dar mi paseo habitual, elegí el sendero por el que sabía que regresaría Carolina con su rebaño, el camino por donde volvía siempre.

Yo me deshice lo mejor que pude, con evasivas, de los chiquillos que casi siempre me acompañaban gustosamente, pues, en realidad, el motivo de mi paseo era encontrarme con Carolina, y conseguir que me contara aquello que tanto la atormentaba y que no pudo hacer en confesión.

A lo lejos pude observar la silueta de su cuerpo que se erguía por encima de las siluetas de los animales, pero no sobresalía tanto como otras veces. Sus hombros parecían caídos y su cabeza se inclinaba hacia delante denotando la pena de su alma. El perro a su lado caminaba también despacio, la nariz le tocaba el suelo, parecía que el cuerpo le pesara también más que de costumbre, conocedor de la pena de su ama. Incluso las ovejas con su fama de ignorantes parecían estar afligidas.

Al verme, no pudo evitar sobresaltarse pero al mismo tiempo pareció sentir un gran alivio, sin duda tenía algo importante que contarme, un secreto que estaba dispuesta a compartir conmigo.

-¿Qué ocurre?- Pregunté sin andarme con rodeos.

-Estoy embarazada.- Contestó sin vacilación, se notaba que había pensado mucho en el problema y estaba decidida a pedir mi ayuda para solucionarlo.

-¿Qué hacemos, D. Arturo? ¿Cómo vamos a salir de ésta?

-Tenemos que buscar un padre.

Fue una respuesta instantánea, una respuesta que no había meditado pero la mejor que se me podía ocurrir.

-Pero si el padre....

-Ya lo sé. Pero yo soy un cura, no puedo tener hijos, ni esposa, lo que ocurrió entre nosotros fue una locura, ya lo hemos hablado muchas veces. -Interrumpí sin dejar que terminara la frase.

Ella tenía claro que eso era así, era consciente de la situación pero esperaba unas palabras de consuelo, una solución...

-Tenemos hacer algo pronto, en dos o tres meses ya no podré ocultar mi redondez y tendré que responder a las preguntas, a los comentarios y a las insinuaciones.

- ¿Cómo se llama ese joven que pastorea contigo, ese con el que pasas la mayoría de los días?-

-Martín, se llama Martín.

-Martín, eso es, debe ser el padre de tu hijo.

-¡Pero si Martín no me ha tocado nunca!- contestó con cierto enfado.

-Pues debes conseguir que lo haga, insinúate, sedúcelo, debes conseguir que se acueste contigo. Te resultará fácil, tú le gustas, no hay más que ver como te mira, lo que ocurre es que es muy tímido y por eso nunca se ha atrevido a acercarse a ti.

Al principio, me miraba estupefacta, no podía creer las palabras que estaba oyendo, yo tampoco podía creer que aquellas palabras salieran de mi boca. Parecía una crueldad, pero la vida es cruel a veces y hay que buscar salidas crueles. Después de darle vueltas, tanto a ella como a mí dejó de parecerme descabellada.

Cuando nació Mercedes la noticia se extendió como un silbido de pastor entre las montañas silenciosas. Se bautizó a los tres días de nacer porque parecía débil y corría peligro de morir. Los niños que nacían en ese estado debían ser bautizados enseguida para que en caso de fallecer sus almas pudieran acceder al reino de los cielos y no quedar atrapadas en el limbo para siempre.

Con el paso de los días se iba fortaleciendo, mamaba con más ahínco y comenzó a ganar peso, antes de un mes ya estaba fuera de peligro.

Creció muy deprisa, más deprisa de lo que yo imaginaba que crecían los niños. Poseía una belleza muy diferente a la de su madre. Una belleza que me recordaba la de mi hermana Rosa cuando tenía su edad, la palidez de su rostro contrastaba con la tez morena de su madre y todavía más con las mejillas coloradas de Martín. Sus cabellos rizados desprendían reflejos color cobre cuando los bañaba el

sol, y su cuerpo redondo nada tenía que ver con la figura atlética de Carolina o Martín, moldeados a base de saltar por los peñascos y subir por las laderas con la misma facilidad que las cabras.

Mercedes era tranquila, de mirada nostálgica, sentía nostalgia de lo desconocido, de lo soñado. Era aficionada a los libros. Aprendió a leer antes de los seis años.

A medida que la niña crecía aumentaban las habladurías. La naturaleza es cruel y vengativa con los que han errado y para llevar a cabo su venganza se alía con el tiempo. El tiempo es el mejor aliado de cualquiera a la hora de desvelar secretos.

Aquel secreto guardado en caja de Pandora se fue desvelando como si una mano invisible removiera entre todos los males con la intención de extenderlos para romper la calma aparente, solo aparente, mi corazón sufría por la falta cometida, porque tenía una hija a la que no podía confesarle la verdad, porque estaba privado de ella y de su madre, porque otro ocupaba mi lugar y porque el lugar que yo ocupaba no era del todo el mío.

Cuando me encontraba con Mercedes que volvía corriendo a casa y lloraba porque no quería jugar a los juegos crueles de sus compañeros y huía despavorida porque no quería ser víctima ni verdugo de las bromas, fruto de una perversa inocencia, juegos que consistían en inventar coplas donde se ponían en evidencia los vicios, los errores, los deslices y desgracias de la gente, inventarse motes grotescos, imitar a los cojos, a los tuertos o los inválidos, aprovechaba para elevarla en brazos y consolarla con palabras hermosas que la hacían reír, al mismo tiempo que se iba olvidando de la causa de su llanto.

Ella llegó a cogerme cariño antes de descubrir la verdad, antes de que fuera ella la protagonista de una de aquellas coplillas cargadas de humor ácido, mezclado con una buena dosis de malas intenciones.

Aquello le abrió los ojos, fue entonces cuando supo la verdad, cuando comprendió porqué cuando se miraba en los espejos le devolvían la imagen de un rostro redondo de tez blanca y un poco pecosa mientras sus hermanos eran esbeltos, de cara afilada y piel morena.

El único que no parecía enterarse era Martín que adoraba a la chiquilla más que a cualquiera de sus hijos, que aunque más pequeños le superaban en picardía. Estaba inmunizado contra los comentarios, las risas las insinuaciones que los vecinos le hacían respecto a la paternidad de Mercedes en las xuntanzas, en la trilla del centeno, en los días de concejo, en las matanzas, en el bar de Ambrosio si alguna vez acudía allí para jugar a las cartas. Carolina lo llevaba peor, pero se limitaba a hacer oídos sordos a los comentarios.

Yo no tuve que soportar directamente el asedio, no se atrevían a hacerme ningún comentario de mal gusto y me ayudó mucho la fingida ignorancia de Martín y el silencio de Carolina.

Con el tiempo vinieron otros escándalos, no faltó de nada durante aquellos años, asesinatos por un puñado de tierra, suicidios por desamor, adulterios que se repetían en oscuras noches de invierno, madres que daban a luz en soltería, robos a ancianos moribundos... Los comentarios se centraron en sucesos más recientes, en secretos que pronto dejaban de serlo. Luego vino la guerra y los asuntos cotidianos pasaron a perder relevancia ante unos hechos que de verdad iban a tener trascendencia.

TIEMPO DE CAMBIOS

El lento transcurrir del tiempo, los imperceptibles cambios que se producían en la forma de vivir y de pensar situaban a Campo del Agua y a los pueblos cercanos fuera del tiempo histórico, en un tiempo lejano, más cerca de los ancestros que del tiempo de la primera mitad del siglo XX. Solo el suceder de las estaciones, el devenir de la vida y la muerte atestiguaba la existencia de movimiento, pero un movimiento circular, cerrado, un eterno volver a empezar.

Sin embargo en España entonces se producían cambios, movimientos y revueltas que los habitantes de aquel paraíso aislado eran incapaces de imaginar.

La historia hacía años que había pasado de largo, allí no había llegado la invasión árabe ni el feudalismo, ni más renacimiento que el de la primavera, ni ilustración capaz desvelar los misterios de la noche, de la naturaleza y de las mentes arraigadas a un subconsciente colectivo. El romanticismo sí, el romanticismo estuvo siempre presente en el sentido más becqueriano, con el misterio, con las sombras, con la claridad metálica de las noches de verano cuando la luna hinchada convertía el valle en un océano de luz y los fantasmas aprovechaban los refugios que proporcionaban las sombras abundantes para realizar la danza más armónica al son del silencio, la música sin errores, perfecta, música soñada, nunca oída, imaginada ... En aquel estado de ignorancia de lo que no es necesario, los habitantes del pueblo no podían pensar, ni suponer, ni imaginar que el mundo andaba revuelto en los cinco continentes y las revueltas y contrarrevueltas, el fallo de la reforma agraria, el paro, las agresiones y las dictaduras amenazaban la paz.

Pero cuando estalló la guerra civil no hubo barreras, las montañas y los estrechos caminos de burro no fueron impedimento para la llegada de los jinetes uniformados que con una lista en la mano llegaron a cada casa donde había muchachos en edades comprendidas entre los dieciséis y los veintiséis años que asustados abandonaban sus familias ante el terror de sus madres o sus novias. Fue un espectáculo que tomaba matices de tragedia griega con la diferencia que esta vez no eran aceptadas las peticiones de los suplicantes, los dioses no se apiadaban. Volvieron más tarde en busca de los muchachos que no encontraron ese día porque estaban en el monte con los rebaños o habían huido a las montañas para refugiarse para librarse de una guerra que nada tenía que ver con ellos.

Pero los nombres de los escapados seguían estando bien claros en la lista, debían aparecer cuanto antes por el bien de sus familias pues ellas eran las que sufrían las torturas cuando se negaban a facilitar información. Luego cantaban. No hay nada tan efectivo ante un pueblo amedrentado como la fuerza y la violencia.

A partir de entonces ya nada volvió a ser igual, la venda de la inocencia fue rota para siempre y el paraíso fue absorbido por la historia, la historia trágica de España, de Europa, del mundo entero. Las balas horadaron las montañas, abrieron un túnel hacia el mundo, un túnel que ya no dejó nunca de transitarse.

Aquella época trágica vino inesperadamente, aunque hay quién afirma haber recibido señales premonitorias, dicen que algunos vieron como el cielo se teñía de rojo como la sangre pocos días antes de estallar la guerra, los demás solo percibimos un color anaranjado al atardecer, un hermoso atardecer propio de la estación estival, tal vez no supimos interpretar el simbolismo.

Era la época de recogida de las mieses y la tierra generosa elevaba sus brazos colmados de alimento maduro en señal de ofrenda. Pero aquel año los muchachos deberían ausentarse para luchar en algún lugar de la patria y empuñaban el fusil. Las muchachas empuñaron la hoz, la guadaña y el arado, sus brazos se endurecieron y sus manos se curtieron más aún en una guerra mucho más práctica, más productiva, más rentable y eficaz la eterna guerra con los elementos, por la supervivencia, una guerra que no era nueva para las mujeres y que permite que, incluso en tiempo de guerra, se mantenga viva la raza humana.

El aire dejó de ser surcado por las aves de siempre, golondrinas, cuclillos, águilas reales, codornices, petirrojos, etc., fue tomado por pájaros de gran tamaño, aviones al servicio del ejército que surcaban el aire produciendo gran estruendo, dejando a su paso dos negras estelas de aire contaminado como pájaros de mal agüero que sembraban el terror de animales y personas.

He visto a una gallina enfrentarse a un águila defendiendo sus polluelos, jugándose la vida ante un depredador que multiplicaba su tamaño pero ante la presencia de los aviones el pánico era total, ni los perros más valientes se atrevían a lanzar un ladrido, se limitaban a esconderse con las orejas gachas y la cola entre las piernas en un lugar seguro, sin una manifestación de rebeldía.

La guerra civil, como todas las guerras, dejó en la miseria todos los pueblos y ciudades. Campo del Agua no fue una excepción, junto a la escasez de alimento producido por el saqueo vino el miedo. Las despensas, las bodegas y las cuadras quedaban vacías cada vez que los jinetes uniformados aparecían sembrando el pánico.

También los rojos y los que andaban escapados se apoderaban de lo que encontraban a su paso para proseguir el camino por las montañas en su paso hacia Asturias y al mismo tiempo propinaban alguna paliza persuasiva como invitación al silencio. Luego llegaban los falangistas con sus métodos de tortura más sofisticados para conseguir información sobre los fugitivos, los aplicaban con deleite a quién se negaba a romper el silencio prometido a los rojos y para postre se llevaban las provisiones que quedaban pues también ellos necesitaban alimentarse durante la persecución.

Pero ni el silencio ni las palabras libran a la población civil de los palos.

Solo la suerte o la interposición de otra víctima, podía librar a uno de aquellos desagradables encuentros. De nada servía esconderse en las casas, en las cuadras, en los graneros o en el monte, la tenacidad era la mejor virtud de los perseguidores de rojos y fugitivos, a veces rondaban por el pueblo durante días controlando el más mínimo movimiento, preguntando e investigando.

Anselmo, un muchacho de doce años que apacentaba un rebaño de ovejas y cabras cerca del camino tuvo la mala suerte de encontrarse con los rojos que cruzaban las montañas, a punto ya de finalizar la guerra. Fue obligado a punta de fusil a acompañarles a casa y mostrar la despensa donde la familia guardaba los víveres. Como se resistía fue obligado a golpes de culata. Se llevaron lo poco que había, dos hogazas de centeno y unas ristras de chorizos.

La familia soportó el hambre y se tragó la rabia pero continuó con su vida. Tres días después, los falangistas le interrogaron a su manera, no tuvo más remedio que confesar toda la verdad pero de nada le sirvió su confesión y le dieron una brutal paliza de la que no se recuperó jamás. Nadie sabe lo que pasó por su cabeza ni que parte de su cerebro quedó afectada pero jamás volvió a hablar. Su estado no mejoró con el tiempo, sino todo lo contrario, el mutismo producido por un trauma físico o psíquico se convirtió en autismo y el paso de los años y la lejanía de la guerra no fueron suficientes para que Anselmo volviera a relacionarse con los seres humanos. Solo con los animales se entendía bien, hay quien dice que a ellos les hablaba. ¿Habría perdido entonces, toda confianza en el ser humano?

Anselmo murió años más tarde, de una pulmonía que de tanto pasar frío y de tantas mojaduras se hizo crónica. Pero permaneció fiel a su silencio, un silencio que hubiera querido guardar el día que, movido por el miedo, contó a los falangistas como había entregado el pan y los chorizos a los rojos y como habían emprendido el camino hacia el norte por la Braña.

En Abril del año treinta y nueve empezaron a volver los soldados a casa, todos menos los que estaban retenidos porque habían intentado

desertar. Pero las noticias eran buenas, ninguno había fallecido en el frente, dicen que eran tan duros, que su piel estaba tan curtida que las balas en ella resbalaban. Los prisioneros volvieron también aunque años más tarde, después de cumplir condena. No tuvieron tanta suerte los fugitivos de Quilós que andaban por aquellas montañas supuestamente seguras. Los soldados les dieron caza tras una larga persecución y los acribillaron a balazos delante de sus esposas que habían venido a traerles la comida.

La escena fue dramática, escalofriante, todos la recordamos, es imposible olvidar los gritos de sus jóvenes esposas cuyos maridos se consideraban unos cobardes por negarse a separarse de ellas y de sus hijos de corta edad para unirse a un frente que no significaba nada para ellos.

Aquellos hombres cometieron el peor pecado que se puede cometer en tiempo de guerra, el de cobardía, por eso fueron perseguidos como animales durante una cacería y allí mismo fueron enterrados, en el mismo lugar donde se derramó su sangre, estaba prohibido trasladarlos al campo santo, no se merecían ese honor. Luego, sobre sus tumbas cavadas entre arbustos de brezo, creció la vegetación con mayor fuerza, los arbustos que se alimentaban de sus cuerpos crecieron más altos, más verdes, más floridos, la naturaleza quiso que se distinguieran, quiso rendirles el honor que los seres humanos les negaron.

Después de la guerra ya nada volvió a ser como antes, el espíritu de armonía con la naturaleza, con lo ancestral se había transformado. La vida y la muerte se habían visto desde otra perspectiva, desde una perspectiva antinatural donde las leyes no las impone la naturaleza sino el hombre.

Los que habían salido a luchar habían visto ciudades, avenidas, escaparates donde se exponían fetiches de todas clases y los que se habían quedado escuchaban las descripciones de éstos con asombro, con admiración, fascinados por un mundo fantástico que acudía a su imaginación cargado de sensaciones, deseos de conocer y descubrir. La curiosidad había tocado las almas dormidas, cerradas a otros mundos y ya no había manera de detenerla, por eso se produjeron las emigraciones. Hombres y mujeres huían deseosos de encontrar paraísos imaginados, lejos de las rudas faenas del campo, de la dureza del clima, lejos de las barreras montañosas que, aunque amplias, limitaban la vista.

Las raíces se iban secando, intentaban nutrirse en otra parte, en otra tierra más blanda, más fértil.

Hoy Campo del Agua como tantos otros pueblos parece haber cumplido su destino. Primero llegó el abandono, las pallozas se fueron quedando solas paulatinamente. Los habitantes que no emigraron se fueron refugiando en Aira da Pedra.

Ellas envejecieron de repente, los tejados de paja se pudrieron en un tiempo récord, dejando al descubierto las vigas de madera como costillas de un animal devorado por los buitres.

En un intento de recuperar la tradición, la Diputación de León subvencionó su restauración y sus esqueletos se cubrieron con paja de importación.

Pero Campo del Agua ya había perdido su espíritu con las primeras emigraciones y la destrucción se siguió alimentando en sus restos, luego, vino el fuego purificador que con sus rojas fauces todo lo devora y dejó escasos restos, solo las paredes como raíces que se alimentan de una cultura ancestral que se mantuvo pura hasta el final, sin conocer el progreso. Seguramente prefirió morir antes que rendirse a la conquista.

Hoy los turistas recorren sus caminos de arena blanquecina, recorren sus campos, entran en los casones a medio caerse, se llevan las piedras como souvenirs, van y vienen, danzan con los espíritus, unos y otros se cruzan sin verse, sin mirarse, sin comprenderse, en un tiempo que no es de nadie, un tiempo muerto, confuso, un tiempo suspendido. ¿Acaso puede suspenderse el tiempo?

La noción del tiempo tan incomprensible par mí, me lleva de nuevo a leer Las Confesiones de San Agustín buscando respuestas. Retomo el libro por el mismo capítulo donde lo había dejado, leo un párrafo al azar:

“ Lo claro y evidente ahora es que no existe el futuro ni el pasado tampoco se puede decir con exactitud que sean tres tiempos: pasado, presente y futuro. Habría que decir con más propiedad que hay tres

tiempos: un presente de las cosas pasadas, un presente de las cosas presentes y un presente de las cosas futuras.

*Estas tres cosas existen de algún modo en el alma, pero no creo que existan fuera de ella. El presente de las cosas idas es memoria. El de las cosas presentes es percepción o visión. El presente de las cosas futuras es la espera...” *1*

La espera, la espera...

FIN

*San Agustín, Confesiones, Pag. 312